DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

EL HOMBRE DE LAS MIL CABEZAS



El hombre de las mil cabezas

Kenneth Robeson
Doc Savage/19

CAPÍTULO I

CELEBRIDAD

EXISTÍAN varias razones para que el primero de los dos disparos no llamara la atención. Una de ellas la constituían el número de periodistas que sacaban fotografías de la muchedumbre.

Estos empleaban el antiguo procedimiento de magnesio en polvo que producía espeso humo blanco y ruido además de luz.

Allá, en un hangar, funcionaba irregularmente un motor, oyéndose con frecuencia las explosiones de su escape —otro motivo para que no se oyera, el disparo.

—¡Caramba! ¡Cómo zumba, ese moscardón! —exclamó un escribiente, alzando la vista.

Sin saberlo, acababa de oír el zumbido de la bala que se había desviado.

Era de noche y sólo los faros de aterrizaje que marcaban el borde del aeródromo de Croydon, penetraban la neblina de costumbre.

Más tarde, cuando se oyera el ruido del motor del aeroplano que todo el mundo esperaba, se encenderían reflectores que iluminaran todo el campo.

Una muchedumbre aguardaba la llegada del aparato.

El hombre a quien habían ido dirigidos los disparos, yacía de bruces en el suelo, cerca del borde del campo y se estaba llevando las manos a la cara.

La bala le había tirado tierra contra los ojos. Había sido disparada desde cierta distancia.

—¡Sen Gat! —gimió.

No había persona alguna en la vecindad. La oscuridad y la húmeda niebla lo envolvían todo.

—¡Sen Gat! —repitió el hombre, en un rugido esta vez.

Era delgado de cuerpo y largo de brazos y piernas. Resultaba una figura grotesca, tumbado en el suelo, con un impermeable negro echado por encima.

Había esperado que dicho impermeable, junto con la oscuridad, bastarían para ocultarle. El procedimiento había fracasado.

Restregándose los ojos para eliminar el polvo, se echó a un lado arrastrando el impermeable. Luego se puso en pie y echó a correr.

—¡Maldito sea Sen Gat! —exclamó, rechinando los dientes.

Se aproximó a uno de los faros de demarcación, y la luz brilló sobre una mandíbula puntiaguda y una nariz en forma de gancho que tenía reminiscencias de pico de loro.

Su piel parecía muselina que hubiera estado expuesta durante mucho tiempo a las inclemencias del tiempo y apenas había carne entre la piel y los huesos que cubría.

Una de sus huesudas manos tenía un color morado oscuro.

Se apartó de la luz y, cuando se alzó un hangar ante él, vaciló; luego corrió hacia él y se deslizó dentro.

Asomando nuevamente la cabeza, escuchó durante largo rato; pero no oyó sonido alguno que indicara la proximidad de sus perseguidores.

A continuación, intentó percibir el sonido de algún aparato que volara sobre el campo; pero nada oyó.

Nervioso, se puso a rondar por el interior del hangar. Empezó a reír. El mono le iba divinamente cuando se lo probó. Se lo dejó puesto.

Se subió la manga. Llevaba un paquetito pequeño sujeto a la parte superior del brazo con unas gomas. El paquete tendría unos doce milímetros de grueso, y diez centímetros de longitud, e iba envuelto en papel impermeable.

Las gomas, cortándole la circulación, le habían dado aquel color morado a la mano.

Se quitó las gomas y se dio masaje para restablecer la circulación.

—Es una sensación bastante desagradable —murmuró. Luego, agregó:— ¡Maldito sea Sen Gat!

Acabó metiéndose el paquetito en un bolsillo del mono, en lugar de volvérselo a poner en el brazo.

Luego salió del hangar y se mezcló con la gente, pasando inadvertido entre la veintena de mecánicos que por allí andaban vestidos como él.

De todas formas, todo el mundo miraba al cielo, hacia el Sur, con expectación.

El hombre huesudo anduvo de un lado a otro y se detuvo junto a un periodista.

—Oiga —dijo—. ¿A qué viene toda esta expectación?

El periodista pareció escandalizarse.

—¡Caramba! Pero... ¿no lee usted los periódicos?

—¿Los periódicos? ¡No!

El periodista le miró como quien mira a un bicho raro. No se dio cuenta de que lo que pretendía el otro era cansarle.

—¿No ha oído usted hablar alguna, vez de ese yanqui a quien llaman el Hombre Misterioso?

—No.

—¿No? Es un gigante, un hombre enorme. Dicen que ningún ser viviente tiene mayor fuerza muscular que él.

—No he oído hablar nunca de él.

—Le llaman el Hombre de Bronce. ¿Le recuerda eso algo?

—No.

El periodista respiró profundamente y se dispuso a dar aclaraciones.

—Escuche, amigo: —A este hombre, de bronce se le considera como uno de los cirujanos más grandes del mundo. Como químico, ha hecho descubrimientos de los que algún día leerán sus descendientes. EL hombre de bronce está conceptuado como un mago en el campo de la electricidad. Además...

El hombre huesudo le plantó un dedo en el pecho a su interlocutor.

—¿De cuántos hombres me está hablando usted? —preguntó.

—De uno.

—¿Sabe lo que le digo?

—¿Qué?

—Que me está usted tomando el pelo.

El periodista se metió las manos en los bolsillos con hastío.

—Hace unas semanas —observó—, hubo una revolución en el reino balcánico de Calbia. Este yanqui la cortó en seco. Ahora pasa

por aquí camino de regreso. Esperamos la llegada de su aeroplano de un momento a otro.

La mirada del falso mecánico erró por el aeródromo. Era un buen actor. Ni un solo movimiento de sus facciones delataba que habían disparado contra él hacía muy pocos minutos y que temía recibir un balazo de un momento a otro.

—¿A qué se dedica ese hombre de bronce? —preguntó.

El periodista se encogió de hombros.

—Es un hombre sorprendente. Va por el mundo ayudando a la gente que lo necesita.

—Y cobrará buen precio por eso, ¿eh?

—Por el contrario; no acepta remuneración alguna. El hombre de bronce es sumamente rico, según cuentan.

—Escuche —dijo el falso mecánico, con brusca seriedad;— si yo me encontrara en un apuro y fuese a ese hombre de bronce… me ayudaría, ¿no es eso?

—Claro. Doc Savage le ayudaría enseguida.

—¿Dice que se llama Doc Savage?

—Sí.

Más allá se oyó la voz de uno de los empleados del aeródromo gritar:

—¡El aeroplano de Doc Savage! ¡Llega ya!

Una excitación enorme se apoderó de la muchedumbre.

Los periodistas que habían estado sacando fotografías de la multitud, cargaron, apresuradamente, las máquinas con nuevas placas y prepararon el magnesio.

Se encendieron los reflectores del campo de aviación y unos cuantos policías de uniforme empezaron a despejar de público el espacio necesario para el aterrizaje.

Croydon hervía.

Del brumoso cielo nocturno surgió un aparato. Con los motores casi parados, silbando el viento por entre los tirantes y la superficie de las alas, la aeronave patinó de un lado para otro al evolucionar el piloto para perder velocidad.

Era el aparato un trimotor anfibio, construido enteramente de metal y se posó sobre el campo de aterrizaje con la misma delicadeza de un pájaro.

—Tiene una mano extraordinariamente buena el que maneja

esos mandos —observó un piloto que se hallaba entre el público.

El aparato dio la vuelta; era evidente que los ocupantes intentaban esquivar a la muchedumbre.

La multitud se echó hacia adelante, sin embargo y, en un momento, rodeó la aeronave. Se cortaron los motores, para que las hélices no perjudicaran a los individuos demasiado entusiasmados.

El hombre huesudo se acercó con los demás. Iba mirando a su alrededor al correr y, por consiguiente no fue de los primeros en llegar al anfibio.

Gruñendo, intentó abrirse paso a codazos; pero había muchos otros empleando el mismo procedimiento; conque no pudo hacer grandes progresos.

—¡Doc Savage! —gritaba la muchedumbre.

Los fotógrafos querían tomar fotografías, los periodistas clamaban pidiendo entrevistas. Coleccionistas de autógrafos agitaban libros de firmas en la mano.

La policía empujaba y gritaba, esforzándose en restablecer el orden; pero nadie le hacía caso. El tranquilizar a tanto energúmeno parecía tarea superior a toda fuerza humana.

Pero la, muchedumbre guardó silencio de pronto.

Había aparecido el hombre de bronce en la puerta del camarote.

Era sorprendente. Tan llamativo resultaba aquel hombre, que se hizo el silencio. Era un gigante, esto se veía por las proporciones de la puerta del camarote.

Bajo la bronceada piel de su cuello y de sus manos, veíase una musculatura enorme. Los tendones eran como manojos de alambre de piano.

Indicaban una fuerza fabulosa.

Quizá lo que más llamara la atención del público, fueran los ojos del hombre de bronce. Eran singularmente impresionantes. Su color era el de oro en copos. Recogían y reflejaban minúsculas lucecillas de los focos, del campo de aterrizaje.

—¡Doc Savage! —murmuró alguien—. ¡Caramba! Es la primera celebridad que he visto que sea tan grande como su fama.

Un fotógrafo disparó una carga de magnesio. Aquello rompió la tensión.

Entonces se armó un jaleo enorme. Los periodistas querían sacar fotografías y obtener entrevistas. Los coleccionistas de autógrafos

deseaban que Doc Savage firmara en sus libritos.

Otros sólo querían ver. El único deseo de Doc Savage parecía ser alejarse de la muchedumbre.

—Nada de entrevistas —les dijo el hombre de bronce a los representantes de la prensa—. Nosotros no somos amigos de la publicidad.

Sus palabras no parecían gritadas; sin embargo, la muchedumbre las oyó por encima del ruido. La asombrosa voz del hombre de bronce tenía potencia y hermoso timbre.

Doc Savage saltó del aeroplano.

Cinco hombres se apearon detrás de él. Los cinco componían un grupo llamativo, aun cuando la muchedumbre no tuvo mucha ocasión de observarlos.

Uno de ellos casi podía haber pasado por hirsuto gorila. Este individuo tenía un cerdo, evidentemente su mascota, metido debajo del brazo. El animal tenía unas orejas enormes y unas patas muy largas y resultaba tan feo ejemplar de la raza porcina como lo era su amo de la humana.

Otro era un hombre alto y ancho, de manos extraordinariamente grandes, mientras que un tercero era de una delgadez y una estatura sorprendentes.

De la pareja restante, uno era pálido y de delicado aspecto; el otro vestía con elegancia y llevaba un bastón negro.

—Los cinco ayudantes de Doc Savage —dijo alguien.

—¡Hombre! ¡Si yo creí que trabajaba solo! —exclamó otro.

—No; esos cinco hombres le ayudan. Cada uno de ellos es un hombre de ciencia famoso.

Doc Savage y sus cinco hombres formaron una cuña compacta; luego se abrieron paso por entre la muchedumbre.

El hombre huesudo hizo desesperados esfuerzos por llegar al lado de Doc Savage; pero el grupo del hombre de bronce acertó a tirar en dirección opuesta.

El hombre delgado miró, frenético, a su alrededor; su mirada tropezó con un tractor que se empleaba para meter aeroplanos en los hangares y sacarlos.

Vaciló, como si temiese exponerse por encima de la muchedumbre; luego subió al tractor.

—¡Doc Savage! —gritó.

Pero muchas otras voces estaban gritando también y el hombre de bronce no hizo caso.

Metiéndose la mano en el bolsillo del mono, el hombre huesudo sacó el paquetito envuelto en papel impermeable, calculó cuidadosamente la distancia, y lo tiró. El objeto dio a Doc Savage.

AL tropezar con su hombro, el paquetito rebotó. Pero el hombre de bronce alzó una mano y lo cogió antes de que cayera fuera de su alcance.

Lo hizo con tal rapidez, que los que le vieron parpadearon con incredulidad y muchos ni llegaron a darse cuenta del movimiento siquiera.

Doc Savage medio se volvió y sus extraños ojos dorados descubrieron al hombre huesudo. Éste accionó violentamente, dando a entender que Doc Savage debía guardarse el paquete.

—¡Guárdeselo! —gritó—. ¡Por favor! ¡Iré a su hotel a darle explicaciones!

Es muy dudoso que el hombre de bronce distinguiera las palabras. Pero le fue posible entender lo que el otro decía, porque era maestro en el arte de leer el movimiento de los labios. Se guardó el paquete y la cuña humana siguió adelante, con él metido en el centro.

El hombre huesudo miró cómo se alejaba el hombre de bronce. Parecía feliz, pues en su demacrado rostro apareció una expresiva sonrisa.

Ésta se convirtió, de pronto, en horrible mueca. Un grito agudo, un ruido como el golpe de una mano, y el hombre cadavérico, alzando los brazos, cayó de espaldas. Chocó, violentamente, contra el suelo.

Alguien le ayudó a levantarse. El hombre se alejó tambaleándose y agarrándose el hombro izquierdo con ambas manos.

Un líquido encarnado empezó a escapársele por entre los dedos y deslizársele muñeca abajo. Había recibido un balazo en el hombro.

Al igual que el disparo anterior, éste pasó inadvertido en el tumulto.

El herido llegó al borde del campo de aviación de Croydon.

—¡Maldito sea Sen Gat! —masculló.

La niebla y la oscuridad lo envolvieron.

CAPÍTULO II

EL PALO NEGRO

MÁS tarde, un taxi se detuvo en una bocacalle sombría del barrio de Shoreditch de Londres.

El hombre huesudo se apeó y pagó. El coche se marchó.

El hombre se había quitado el grasiento mono y se había puesto el impermeable negro. El bulto que se notaba por el hombro, indicaba que llevaba vendada la herida.

Evidentemente, ésta no era muy grave, porque el hombre andaba con paso vivo al avanzar por la calle. Las sombras le cobijaban la mayor parte del tiempo —ya tenía él buen cuidado de eso.

Aquél barrio londinense era punta de residencia de muchos extranjeros. Los orientales se habían apartado en la localidad inmediata.

Figuras que arrastraban los pies y que llevaban las manos metidas en anchísimas mangas y el peculiar aroma de incienso daban al lugar un carácter tan remeta de Londres coma si se tratara de una calle de Hong —Kong.

El hombre se metió por un callejón empedrado. Se agachó, buscó una piedra floja y la arrancó. Era ésta tan grande como sus dos puños juntos.

La oscuridad de un portal le ocultó unos momentos después. Llamó y, después de una breve pausa, se oyó ruido y un oriental de rasgados ojos abrió.

—Sen Gat —dijo el hombre huesudo.

El semblante del oriental no cambió de expresión.

—Sentil mucho —dijo en sonsonete—, no encontlal homble así aquí.

EL desconocido frunció el entrecejo.

—Tú dile a Sen Gat que estoy aquí, si no quieres que te dé un disgusto.

El amarillo asió la puerta como para cerrarla.

—Usted equivocalse sin embalgo. Aquí no Sen Gat…

El hombre huesudo disparó la piedra, alcanzando al oriental de lleno en la cabeza, dejándole sin sentido.

Un breve examen le convenció de que el hombre no se hallaría en condiciones de molestar a nadie en un buen rato. Avanzó, pues, silenciosamente.

El suelo estaba cubierto de lujosas alfombras. Perfume e incienso saturaban el aire. En una de las habitaciones la luz estaba encendida.

Sendos tapices adornaban las paredes —ricos tejidos con dragones que escupían fuego y grotescos caracteres orientales— adornos que sólo a un oriental podían resultar atrayentes.

Veíanse cojines por los suelos; imágenes colocadas sobre pedestales; y un taburete servía de descanso a una bandeja ocupada por un servicio de té, dulces y pepitas de melón.

A ambos lados de la puerta de este cuarto había una armadura china completa, con dagas y espadas cortas. El hombre rondó por el cuarto, de puntillas. Apartó un tapiz tras otro, hasta dar con lo que buscaba.

Detrás de uno de ellos encontró una caja de caudales empotrada en la pared.

Hizo girar varias veces la combinación; pero sin obtener resultado alguno.

Volviendo a las armaduras, cogió una espada. Luego se colocó junto a la puerta y se dispuso a esperar.

Reinó un profundo silencio en el aromático interior de la casa; pero no duró mucho tiempo.

Se oyó el chasquido de la cerradura al entrar alguien en la casa. Luego el ruido que produjo la puerta al cerrarse nuevamente. Se oyeron pasos arrastrados, los de un solo hombre. Éste se fue acercando despacio hasta entrar en el cuarto.

El hombre huesudo se adelantó, acercó la punta de la espada al estómago del recién llegado y le dijo:

—¡Quieto, Sen Gat!

Parecía el recién llegado un cuervo. Tenía facciones de asiático y piel de un indígena de Nubia, por su negrura. Sus manos resultaban fantásticas, pues anillos cuajados de pedrería adornaban casi todos sus dedos.

Lo que más llamaba la atención, sin embargo, eran sus uñas. Tendrían aproximadamente, unos quince centímetros de longitud y estaban arrolladas, cuidadosamente, dentro de protectores de oro que iban colocados como dedales en la punta de los dedos.

Sen Gat alzó las grotescas manos al tocarle la punta de la espada en la cintura.

—«Selamat datang» —dijo, con una mueca.

—¡Habla claro! —ordenó el otro.

—Bienvenido seas —murmuró, lacónicamente, Sen Gat.

—¡Claro que sí! —La punta de la espada atravesó la tela y se hundió unos seis milímetros en la carne—. ¡No te muevas!

Sen Gat se quedó inmóvil y el otro le registró. De uno de los bolsillos extrajo una pistola; de una vaina, un kris de hoja de serpentina; de un bolsillo oculto en el forro, un cordón de seda —magnífico para estrangular.

Sen Gat no abrió la boca mientras duró el registro. Los protectores de oro de las uñas daban a sus manos un carácter singular, un aspecto de inhumanidad.

—Abre la caja de caudales —ordenó el hombre huesudo.

Sen Gat le miró y la expresión que vio en el demacrado semblante no debió ser muy tranquilizadora. Reflejaba violenta determinación y odio.

Después de fruncir el entrecejo durante un largo momento, el oriental se encogió, levemente, de hombros.

—Como quieras —dijo.

Se acercó a la caja, de caudales, seguido del hombre de la espada.

—Ya sabes lo que quiero. No pierdas el tiempo abriendo la caja si lo que busco no está ahí dentro.

Le dio otro pinchazo con la espada.

Sen Gat nada dijo; pero se apartó del acero.

—Es más —prosiguió el otro:— si abres la caja de caudales y no está ahí, te mataré, con toda seguridad.

—Sí que está ahí.

El negro oriental apartó los tapices de la caja de caudales, moviéndose lentamente para no excitar al otro.

Al abrir la caja, se veía bien que no tenía la costumbre de usar los dedos con mucha frecuencia. En efecto, las largas uñas le entorpecían de tal suerte los dedos, que casi resultaban inútiles. Para hacer girar la esfera, empleó los lados de las manos.

La caja se abrió. Colocando las manos de forma que el otro pudiera verlas, las metió en la caja y sacó un paquete.

Tendría éste unos doce milímetros de grueso y unos diez centímetros de longitud y estaba envuelto en papel impermeable. Era casi un duplicado del que el hombre huesudo le había tirado a Doc Savage.

Sen Gat se lo ofreció.

—Aquí tienes, Maples —gruñó, entre dientes.

La pálida y exótica luz que iluminaba e cuarto hacía que la mano de Maples pareciese más cadavérica que nunca al tomar el paquete.

Sus huesudos dedos eran ágiles a pesar de su falta de carne. Empleando una sola mano, desenvolvió el papel impermeable y sacó su contenido: un palo negro.

Era redondo; pero toscamente trabajado como si lo hubieran hecho metiéndolo entre las palmas de las manos. Incluso se discernían las señales de las yemas de los dedos en la substancia de que estaba compuesto.

La composición en sí se parecía a caucho vulcanizado y, sin embargo, no era caucho. Tenía cierto brillo grasiento.

—Esta es una de ellas —dijo Maples, suavemente, mientras lo envolvía.

—Una de las tres llaves —afirmó Sen Gat retrocediendo, levemente—. Las tres llaves negras del secreto del Hombre de las Mil Cabezas.

Maples le dirigió una mirada malévola.

—Indigo te dijo eso, ¿eh?

Sen Gat retrocedió otro paso. La alfombra del cuarto tenía una grotesca figura oriental, imagen de alguna, deidad o de algún ogro.

—Indigo me lo dijo todo —dijo Sen Gat—. Indigo me es completamente fiel.

Maples soltó un rugido. Se desabrochó el cuello de la camisa de

un tirón. La piel parecía estar muy estirada por las costillas y el pecho. En él aparecían largas ronchas rojas e inflamadas, que se cruzaban unas con otras. Las señales eran recientes y tenían el aspecto de haber sido producidas por un hierro candente.

—Indigo es todo demonio— —dijo Maples—. Me torturó después de haberme oído soñar en voz alta.

Sen Gat se echó a reír.

—Apostaría, a que Indigo averiguó cuanto sabes.

Moviéndose otra vez, el oriental puso un pie sobre la oreja del ogro bordado en la alfombra.

—Indigo lo averiguó todo —gruñó el otro—. Calvin Copeland, su esposa, los otros… lo que les ocurrió… tuve que decirlo todo.

—¡Cuán triste relato! —murmuró Sen Gat, burlón.

Y, al hablar, pisó la otra oreja del ogro.

—¡Maldita sea tu estampa! —rugió Males:— ¡A ti te tiene sin cuidado lo que sea de Copeland, de su mujer y de los otros! ¡Lo que tú quieres es llegar al Hombre de las Mil Cabezas con estas tres llaves!

—Me juzgas mal… —murmuró el hombre.

No acabó la frase, porque Maples saltó bruscamente y le dio un golpe en la cara. Sen Gat cayó de espaldas.

El miedo de romper las asombrosas uñas pareció ser el motivo de que no usara las manos para atenuar la caída. Cayó pesadamente.

Maples alzó la alfombra. Debajo de las orejas del ogro bordado había dos minúsculos timbres. Sen Gat podía haberlos hecho funcionar sin dificultad.

—Llamaste pidiendo, auxilio, ¿eh? —rugió Maples.

Se abalanzó sobre el otro, le asió de la garganta, y lucharon. Sen Gat era el más fuerte de los dos; pero no usaba las manos, eso le colocaba en situación de inferiodidad.

Dándose cuenta Maples de pronto de que su enemigo tenía un miedo cerval de romperse las uñas, agarró los dedalillos de oro y los retorció.

Sen Gat dio un grito y, para evitar que se le rompieran las uñas, se dejó conducir hacia la puerta.

De pronto entraron varios hombres en la habitación.

El primero de ellos era ancho de espaldas muy fuertes. Sus

facciones no eran feas; pero se combinaban dos cosas para hacerlas repulsivas: tenía la piel anormalmente pálida, y la barba áspera y de un negro azulado.

—¡Indigo! ¡Socorro! —gritó Sen Gat.

El hombre barbudo hizo un movimiento hacia adelante. De su mano derecha colgaba un arma única en su género: un pesado, trozo de acero sujeto a una larga correa, que medía casi un metro. Hizo girar la correa y la soltó.

Indigo era experto en el uso de semejante arma. El pedazo de acero alcanzó a Maples en la sien, derribándole aturdido.

Entraron más hombres en el cuarto Éstos eran todos orientales. Ninguno de ellos tenía una cara muy agradable.

Sen Gat retrocedió mirándose con temor, las uñas. Su semblante reflejó un alivio inmenso al comprobar que ninguna de ellas se había roto.

Después de la vida, aquellas uñas eran lo que más apreciaba.

Maples había dejado caer el palo negro. Indigo lo recogió y se lo entregó a Sen Gat. Éste le dirigió una mirada, malévola a su secuaz.

—Te había ordenado que siguieses a Maples y le hicieras prisionero.

—Ya sé. Cuando con él topo, me resulta mucho listo. Él en cabeza metería gris mucha tiene. Dos veces en campo vuelo le disparamos. Demasiado vivo. Balas no dar.

Indigo hablaba, terriblemente mal.

—¡Regístrale! —ordenó Sen Gat—. Debe de llevar otro palo negro. Así tendremos dos de las llaves. La otra la tiene la muchacha.

—Sí; palo tres pertenece a Señorita Lucila Copeland. No muy bueno.

Se inclinó sobre Maples, que casi había perdido el conocimiento y le registró. Le volvió los bolsillos del revés; le arrancó la camisa, dejando al descubierto las señales de tortura. Y la herida del hombro.

—Bala de campo de vuelo dar a este hombre después de todo —rió Indigo.

Pero no apareció más palo negro por mucho que le registraron. Este hecho llenó de consternación a los hombres. Los orientales se pusieron a parlotear en sus dialectos respectivos.

Predominaba el malayo. Evidentemente, todos ellos habían

estado con Indigo en el aeropuerto.

Sen Gat, escuchando su charla, recogió una brizna de información.

—¿Decís que Maples se subió a un tractor y tiró algo? —dijo.

—Me parece que así es. Tal vez —confesó Indigo.

—Hazle hablar. Averigua qué hizo de la otra llave negra.

Indigo salió, regresando luego con un brasero encendido. Echó más carbón en él y sopló y, cuando lo encontró lo bastante caliente, metió en él la punta de la espada que había usado Maples.

Maples volvió en sí del todo y contempló los preparativos. Cuatro hombres le sujetaron de manos y pies. Los ojos del hombre se abrieron desmesuradamente. Se retorció, como si las cicatrices hubieran empezado a dolerle de repente. Se pasó la lengua por los labios numerosas veces.

—No vais a adelantar nada con eso —exclamó, desesperado.

Indigo sacó la espada del fuego, vió que la punta apenas estaba roja, y volvió a meterla.

—Tal vez quizá —dijo— lengua se te suelte.

Maples se mordió el labio hasta hacerse sangre.

—No puedo soportar que me quemen otra vez —gimió—. Escuchad, estáis perdidos; nada adelantaréis torturándome.

Sen Gat se acarició, con cuidado las uñas.

—Doc Savage tiene el palo negro que yo llevaba.

Las palabras de Maples no produjeron alegría alguna. Los orientales hablaron animadamente; Indigo se frotó la barba; Sen Gat miró al prisionero con ira.

—¿Le tiraste tu llave a Doc Savage? —inquirió.

Maples paseó la mirada Por los rostros que le rodeaban, se estremeció y dijo: —Sí.

—¿Por qué?

—Ya puedes suponértelo, ¡qué rayos! Quería que Doc Savage me ayudara. Si hay algún hombre en el mundo capaz de salvar a Copeland, a su mujer y a los otros, ese hombre es Savage. Fui al aeródromo a verle. No pude acercarme a él; conque le tiré el palo Y le grité que iría a verle más tarde al hotel.

—¿Tú habla verdad? —inquirió Indigo, con aspereza.

—Dice la verdad —intervino Sen Gat—. Tiene demasiado miedo de que le señalen para mentir.

—Mucho lío grande estamos —gruñó Indigo.

Con un ademán de la mano. Sen Gat separó a cinco orientales de los demás.

—Vosotros id a quitarle ese palo negro a Doc Savage —ordenó.

—¿Dónde se encuentla, este homble Savage? —inquirió uno de ellos.

—Aguardad —dijo Sen Gat.

Y salió del cuarto.

Un cambio ominoso se operó en algunos de los orientales cuando se hubo marchado su jefe. Se miraron unos a otros y susurraron entre sí.

—Nosotlos hacemos todo tlabajo —dijo uno—. Sen Gat se queda ganancias. No me gusta.

—No necesitamos al jefe —aseguró otro.

—Todo es muy fácil. Cogemos tles llaves neglas y vamos al Homble de las Mil Cabezas. Muy sencillo.

—No necesitamos al jefe —asintió el primero.

Indigo les escuchó con creciente ira.

—¡Imbéciles! ¡Habla así otra vez y yo digo Sen Gat!

Reinó un profundo silencio.

Volvió Sen Gat, acariciándose las uñas, y dijo:

—He telefoneado a un periódico y me han dicho en qué hotel se aloja. Doc Savage. Es el Piccadilly House. Id allí Y traed el palo negro.

Los orientales salieron, con cara sin expresión, pero determinados.

Indigo miró a los que quedaban, entre los que figuraban los dos que habían exteriorizado su descontento.

Dándose cuenta de la mirada del hombre, la pareja se agitó, inquieta, preguntándose si el otro iría a contarle a Sen Gat lo que habían dicho.

Pero Indigo no repitió su conversación.

—¿Tiene nosotlos que hacel algún tlabajo? —preguntó.

—Tendréis que encargaros de obtener la tercera llave, que se halla en posesión de la muchacha —contestó Sen Gat—. Maples debe saber dónde vive. Oblígale a que te lo diga.

Indigo sacó la espada del brasero; la punta estaba como al rojo blanco.

Maples, viéndolo, intentó gritar pero uno de los orientales le metió un trapo en la boca.

CAPÍTULO III

EL SEGUNDO PALO NEGRO

EL Piccadilly House parecía encontrarse en estado de sitio, puesto que la gerencia se negaba a permitir que fotógrafos y periodistas pisaran el vestíbulo siquiera; éstos se habían reunido delante de la puerta y expresaban su opinión de los gerentes del hotel en general y de cierto yanqui misterioso en particular.

—¡Es absurdo! —declaró un periodista—. ¿Cuándo se ha conocido un norteamericano que no fuera amante de la publicidad?

Los secuaces de Sen Gat llegaron y echaron una mirada a la escena.

Hablaron en sonsonete entre sí; luego intentaron entrar en el hotel. Se les rechazó. Sólo les estaba permitida la entrada a los que se alojaban en el hotel.

Formaron un grupo y uno de ellos tuvo una idea buena. Bajando la calle llegaron a una tienda de ocasión, donde cada uno de ellos compró una maleta, de segunda mano, llena de etiquetas de hoteles y de líneas de vapores.

Se metieron por una callejuela y llenaron el equipaje de piedras hasta darle un peso razonable.

Regresaron al hotel, pidieron habitaciones y se les dejó entrar. Se veía tan a las claras que no eran periodistas, que apenas se les interrogó.

Pidieron y obtuvieron cuartos pequeños situados en la parte de atrás. Pero no permanecieron mucho rato en ellos.

Sólo se quedaron el tiempo necesario para examinar sendos revólveres y ver si se deslizaban bien los krises en sus vainas. Luego salieron al corredor.

Se hallaban en el pasillo cuando se les presentó un dilema.

A pesar de todas las precauciones se habían olvidado de averiguar en qué piso estaba instalado Doc Savage. Pero otra conferencia bastó para solucionar la dificultad.

Bajaron a la gerencia y pidieron un cambio de habitaciones. Discutieron algo acerca de los pisos.

—Lo siento mucho, pera no puedo darles el último piso —les comunicó el empleado—. Doc Savage lo tiene alquilado todo.

Los orientales ya sabían lo que les interesaba saber.

Se cambiaron a otro piso y, cinco minutos más tarde, subían la escalera que conducía al piso superior. Subieron abiertamente.

Uno de los ayudantes de Doc Savage ocupaba una silla en el pasillo. Era un hombre que tenía unos puños increíblemente grandes.

Le descansaban sobre las rodillas y parecían tan grandes como su cabeza, que nada tenía de pequeña.

Su cara también se salía de lo corriente: era larga y con expresión de indescriptible melancolía. Parecía como si acabase de perder un pariente muy querido.

Tan interesante resultaba aquel hombre, que los orientales no se dieron cuenta de la existencia de dos cajas de metal que había colocadas una a cada lado de la escalera.

Les hubiera interesado mucho lo que estaba pasando en uno de los cuartos al pasar ellos delante de las cajas.

En aquel momento, Doc Savage se hallaba de pie ante una mesa de escritorio. Sobre ésta había otra caja de metal abierta.

Unos alambres tan delgados que apenas se notaban, salían de la caja, pasaban por debajo de la alfombra —donde habían sido colocados apresuradamente— y salían al corredor, yendo a morir en las dos cajas mencionadas.

Los empleados del hotel tenían la orden de no conducir a nadie a aquel piso.

Por consiguiente, ya que en el ascensor no podían subir, todo el que ascendiera tenía que hacerlo por la escalera, pasando, entre las dos cajas.

La caja que había sobre la mesa tenía una bombilla encima. Esta dio una luz encarnada en el momento en que los orientales llegaban al descansillo.

Doc Savage se irguió.

—¿Quién viene? Asómate a ver, Monk.

«Monk —Andrew Blodgett Mayfair— era el velludo gigante que parecía un gorila y que era propietario del cerdo patilargo. El animal estaba dormitando a sus pies. Monk se levantó y se dirigió a la puerta.

El cabello rojizo y áspero de Monk le empezaba a crecer casi en las cejas, dando la impresión de que carecía por completo de frente.

Esto le daba aspecto de embrutecido. El aspecto de Monk había engañado a mucha gente.

Era químico y figuraba entre les más eminentes.

Llegó a la puerta y se asomó.

—Cinco tipos de ojos rasgados —le dijo a Doc—. Indochinos o malayos.

Doc Savage nada dijo, pero extendió ambas manos y las cerró y abrió rápidamente.

Monk comprendió el significado de aquella pantomima.

—No llevan nada —dijo.

Doc accionó como si se sacara cosas de la boca, se encogió de hombros, movió negativamente la cabeza y extendió los brazos con un gesto de ferocidad.

Monk se echó a reír. Había de sonsacar todo lo posible a los recién llegados.

Y si no hablaban, debía asustarles para que se fueran.

Doc Savage se dirigió a la ventana. Estaba abierta. Salió por ella. La pared era de ladrillo; el friso saliente —decorativo tenía menos de media pulgada de anchura.

Pero el gigantesco hombre de bronce se asió a él y se echó a un lado de la ventana, por fuera.

Permaneció allí colgado con una facilidad que demostraba que la enorme fuerza representada por los marcados músculos de su mano era muy real.

Desde allí, le era posible escuchar cuanto se hablaba en la habitación.

Todo esto se había hecho rápidamente. Doc había salido del cuarto antes de que los orientales llegaran junto al hombre de los puños enormes que estaba sentado en la silla del comedor.

—¿Usted homble Doc Savage? —inquirió uno.

—No, soy Renny… el coronel John Renwick.

Su voz parecía un bramido y, por su forma de hablar, nadie hubiera dicho que se trataba de uno de los ingenieros más famosos del mundo.

Monk se asomó a la puerta y dijo: —Doc acaba de salir.

Si Renny se sorprendió, no dio muestra alguna de ello, aun cuando sabía que Doc no podía salir de la forma normal sin pasar por delante de su silla.

—¿Doc Savage volvelá plonto quizá?

—Tal vez. ¿Qué quieren ustedes de él?

—Doc Savage tiene palo negro —repuso uno de ellos—. Palo tenel mucho valol. Venimos ayudal a gualdal palo.

Monk se echó a un lado para que pudieran entrar los hombres. AL entrar, todos conservaron las manos cerca de los bolsillos, y éstos abultaban como si contuviesen armas. Entonces comenzó Monk a comprender. Las dos cajas de metal que había en el pasillo formaban parte de un mecanismo inventado por Doc Savage.

Una de las cajas producía un campo magnético; la otra contenía un galvanómetro súper sensitivo.

Cualquier metal introducido en el campo magnético causaba un cambio que el galvanómetro registraba, cerrando un circuito que encendía una lámpara encarnada sobre la mesa de escritorio.

Tan complicado aparato no tenía más función que la de avisar a Doc Savage si alguno de sus visitantes llevaba armas de fuego o blancas.

Los recién llegados se sentaron.

Monk entró en el cuarto vecino en el que los otros tres ayudantes de Doc se hallaban instalados.

Uno de ellos, el que vestía con elegancia y llevaba el bastón negro, miró a Monk agriamente. Su expresión era la del que contempla a un insecto bastante indeseable.

—Terrible error de la Naturaleza —dijo.

Monk rió, alegremente, al oír el insulto. El que hablaba era Ham, —el general de brigada Theodore Marley Brooks— lumbrera de la carrera de leyes norteamericanas.

Uno de los otros dos era extremadamente alto, y más delgado de lo que parecía compatible con la existencia. Un monóculo (en realidad era una potente lupa) colgaba de su solapa, sujeto a una cinta. Era, <Johnny> —William Harper Littlejohn— famoso

geólogo y arqueólogo.

El tercero era Long Tom Roberts —mago de la electricidad, hombre que ya se había conquistado un puesto entre las celebridades del mundo.

¡Pasa algo! —susurró Monk.

—¿El palo negro envuelto en papel impermeable que le fue tirado a Doc en el aeródromo? —inquirió Ham—. Me daba el corazón que eso significaba jaleo.

—¡Chitón! —contestó Monk—. Sólo quería avisaros de que puede haber jaleo. Estos orientales van armados.

Volvió al cuarto en que aguardaban los emisarios de Sen Gat, y preguntó:

—¿Dicen que han venido aquí para ayudarnos a guardar un palo negro?

—Sí.

—Pero... ¿qué significa todo esto?

—Palo neglo lo quiele mucho cielto holmble.

—¿Quién?

—Sentil mucho. No podel decil. Jefe vendlá aquí más talde. Quizá él lo dilá. ¿Complende?

—¡Hum!

Monk contempló las larguísimas oreja de su cerdo.

—¿Doc Savage peltenece palo neglo? —preguntó uno de los orientales.

—¿Quiere decir que si lo tiene él? Ante de que yo diga una palabra, tendrán ustedes que contarme algo que tenga sentido común y signifique algo. ¿Quién es el que dio su palo a Doc Savage?

—Jefe —contestó el oriental.

—¿Cómo se llama?

—No podel decil nomble.

—¿Qué es el palo negro pues?

Los orientales reflexionaron, mirándose unos a otros. Luego se encogieron de hombros.

—Sestil mucho. No podel decil.

Monk se rascó la cabeza; luego se puso en pie y paseó por el cuarto. Su paseo, al parecer sin objeto, le condujo a un cuarto contiguo. Acercándose rápidamente a la ventana, asomó la cabeza y vió a Doc Savage.

—No logro sacarles nada, Doc —susurró—. ¿Les asusto para que se vayan?

—Sí.

Habían hablado en voz tan baja, que era imposible que los orientales les hubiesen oído.

Monk volvió al cuarto. Se rascó la cabeza y dio un puntapié al cerdo, para molestarle.

Los orientales le miraban con rostro sin expresión. Quizá fuera que ocultaban la risa; porque la fealdad de Monk era cómica y más de una persona se había echado a reír a carcajada limpia al verle.

Pero Monk era la mar de amable y no se preocupaba por tan poca cosa.

Monk se dirigió a un montón de cajas de metal que había en un rincón.

Contenían éstas el equipo de Doc Savage. Inclinándose sobre un montón, abrió una de ellas y se escondió en la palma de la mano un objeto cilíndrico de metal.

Los orientales no se dieron cuenta ello.

Cuando se volvió, estaba metiéndose un puro entre los labios y encendiéndole. Si los visitantes hubieran conocido algo de sus costumbres, el hecho de que estuviera fumando les hubiera puesto en guardia.

Normalmente ninguno de los ayudantes de Doc fumaba.

Monk volvió a su asiento y, durante unos instantes, nada ocurrió.

—¿Doc Savage viene aquí a comel? —inquirió uno de los hombres, con impaciencia.

Monk se encogió de hombros.

—Nunca sabe uno cuándo estará Doc de vuelta.

El químico aspiraba prodigiosas cantidades de humo, exhalándolo luego sobre las manos que tenía cruzadas sobre el chaleco. Empujó al cerdo con la punta del pie, y éste se levantó. Con el mismo pie, Monk señaló a los orientales.

Aquel cerdo era mascota, del químico desde hacía mucho tiempo. Se había pasado muchas horas enseñándole.

Como consecuencia, Habeas Corpus (pues tal era el nombre con que le había bautizado) poseía bastante inteligencia. El movimiento de su amo bastó para que se pusiera a mirar a los amarillos.

Estos le devolvieron la mirada. Parecían fascinados.

Monk exhaló una nube de humo sobre sus manos. Se oyeron dos chasquidos muy débiles —tan débiles que nadie los oyó más que Monk.

Dos de los orientales sufrieron un leve sobresalto. Ambos se rascaron: uno en la pierna, el otro en el pecho. Ambos palidecieron de súbito y parecieron ponerse enfermos.

Monk exhaló más humo y sonaron otros dos chasquidos, tras los cuales otros dos hombres dieron muestras de incomodidad. Durante todo este tiempo, Habeas Corpus seguía mirándoles con fijeza.

—Es la mar de raro este cerdo —observó Monk, sin dejar de fumar—. Lo compré en Arabia. Es un puerco la mar de especial. Oí decir una vez a un individuo que Habeas daba mal de ojo, que les ocurrían cosas terribles a todos aquellos a quienes miraba. Claro está que todo eso es una tontería.

Los secuaces de Sen Gat se pusieron a pensar y, cuanto más pensaban, mayores incomodidades sentían.

Eran de una raza dada a creer en embrujamientos y toda suerte de cosas, por el estilo. Por añadidura, veían claramente que algo le estaba ocurriendo a una parte de su grupo. Por fin, no pudieron más.

—Nosotlos vendlemos otlo lato —gimió uno de ellos, poniéndose en pie de un brinco.

Los demás salieron tras él del cuarto, bajaron la escalera y salieron a la calle.

Los que habían sido alcanzados, apenas podían caminar.

Una sonrisa expansiva iluminó el simiesco rostro de Monk. Se le abrió la boca de oreja a oreja. Abrió una mano y contempló el cilíndrico objeto de metal sacado de las cajas del rincón.

Era una minúscula pistola de aire comprimido, uno de los numerosos aparatos singulares que Doc Savage había perfeccionado.

Las balas que disparaba tenían una longitud de doce milímetros y eran poco más gruesas que agujas.

Había un buen surtido de ellas en la caja, cubiertas de drogas cuyos efectos oscilaban entre la pérdida instantánea del conocimiento y la intoxicación que obligaba a los afectados a reír a carcajada limpia.

Monk había empleado balas de un tipo que producía, gran

incomodidad física. El humo del tabaco había servido para ocultar sus manejos.

Se acercó a la ventana y se asomó. Doc Savage estaba bajando por la pared del hotel.

CAPÍTULO IV

VINO DULCE

MONK observó, con interés, la hazaña de Doc Savage; Pero no dio muestras del asombro que un extraño hubiera experimentado.

El químico de aspecto de gorila había estado asociado con Doc Savage el tiempo suficiente para comprender la fabulosa naturaleza de la fuerza del hombre de bronce. Monk le había visto hacer cosas mucho más peligrosas.

A un lado de la ventana, una serie de ladrillos salientes formaba una procesión ornamental de arriba abajo de la fachada. Sostenido por los dedos, que parecían cables de acero, Doc se estaba descolgando de ladrillo en ladrillo.

El hecho de que un descuido pudiera causarle la muerte o, por lo menos, producirle heridas graves, parecía tenerle sin cuidado por completo.

Alzando la vista, el hombre de bronce vió el vehemente movimiento de cabeza de Monk, que le dio a comprender que los orientales se habían marchado. Luego continuó descendiendo.

Aterrizó en el tejado de un edificio contiguo, que no tenía más que planta baja, se deslizó hacia la parte de atrás y se dejó caer en un patio. Contenía éste huacales de plátanos, cajas de té vacías y otros desperdicios de una tienda.

Abriendo una puerta, Doc entró en un establecimiento. El propietario y los dos dependientes le miraron boquiabiertos cuando atravesó la tienda y salió a la calle.

Su mayor sorpresa era debida al tamaño y evidente fuerza del hombre de bronce más bien que a su súbita aparición.

Los periodistas y los fotógrafos seguían estacionados delante del hotel; conque Doc cruzó la calle y se metió detrás de un coche que

había parado.

Cometió un error típicamente norteamericano; demostrando así que no tenía nada de infalible.

Preocupado, se olvidó de que, en Londres, los motoristas llevan la izquierda y no la derecha. Tuvo que dar un brinco para que no le atropellaran.

Desde detrás del coche, vigiló el hotel. Se llevó la mano al bolsillo y sacó el objeto que el hombre huesudo le había tirado en el aeródromo. Desenvolvió el papel impermeable y escudriñó el palo negro, dándose cuenta de que era muy grasiento. La presión de sus uñas hizo una señal en la oscura composición.

Prestó especial atención al hecho de que el palo había sido moldeado con la mano.

Los orientales salieron en aquel momento del hotel, abriéndose paso a codazos por entre los periodistas.

Uno de éstos echó mano a uno de los orientales con la esperanza de averiguar algo de los movimientos de Doc Savage y atrajo sobre sí toda suerte de maldiciones con ello.

Cuatro de los hombres de Sen Gat se tambaleaban al andar. Pararon dos taxis y subieron a ellos.

El conductor del tercer taxi que pasó se llevó un susto. Oyendo cerrarse de golpe la puerta de su coche, volvió la cabeza y se encontró con un pasajero: el gigantesco hombre de bronce de aspecto la mar de llamativo.

Sen Gat recibió a sus secuaces en el vestíbulo, cargado de incienso, de su casa de Shoreditch.

—¿De vuelta tan pronto? —murmuró, frotándose las manos, pero procurando no tocarse las uñas—. ¡Dadme la llave negra!

Los hombres se miraron unos a otros con inquietud, y guardaron silencio.

Los alcanzados por los proyectiles de Monk, se habían restablecido, ligeramente.

—¡Dádmela enseguida! —ordenó Sen Gat.

—Lo siento mucho… —respondió uno de ellos.

—¡Apa Fasal! —exclamó Sen Gat—. ¿Qué ocurre?

—Nosotlos encontlalnos con mal de ojo.

Lleno de ira, Sen Gat les condujo al cuarto en que había sido hecho prisionero Maples. Éste no se encontraba ya allí.

Tampoco estaba Indigo, ni ninguno de los otros, entre los que se encontraban los dos que habían pronunciado palabras de rebeldía contra Sen Gat. El único ocupante era el desgraciado a quien Maples había derribado de una pedrada. Alrededor de la cabeza llevaba una enorme venda.

Sen Gat dirigió una mirada malévola a sus compañeros. Luego dijo:

—He visto entre mis hombres a algunos que creen poder hacer las cosas mejor sin mí. ¿Sería vuestra intención traicionarme quizá? Esa no es cosa muy buena para la salud.

—Celdo da mal de ojo —insistió el hombre.

Contó detalladamente lo ocurrido mientras Sen Gat escuchaba, primero con escepticismo, luego con sorpresa y, por último, con preocupación.

—¿Decís que sentisteis primero una especie de calambre? ¿Dónde?

Las víctimas señalaron el lugar.

El jefe les arrancó la ropa, y encontró, en cada caso, una señal que parecía de un alfilerazo. Cogió un cuchillo y, sin hacer caso de los gritos de dolor, extrajo uno de los proyectiles.

—¡Maldición! —exclamó.

—Celdo da mal de ojo...

—¡Qué mal de ojo ni qué niño muerto! —rugió Sen Gat, tirando el cuchillo—. Ese hombre que decís que parecía un gorila os ha tomado el pelo. Os disparó esas agujas y os hizo sentiros enfermos. Pero... ¿Por qué?

—No sé —dijo uno.

—He oído hablar de este Doc Savage. He oído decir que sus procedimientos son increíbles. No cabe la menor duda de que fuisteis engañados.

Sen Gat reflexionó, y llegó a una conclusión errónea.

—Los hombres de Doc Savage deben de haber creído que podían deshacerse de nosotros y os asustaban. Se equivocaron. Necesitamos las tres llaves negras. Pueden ser necesarias las tres cuando lleguemos al Hombre de las Mil Cabezas. Las conseguiremos.

Las víctimas de los proyectiles de Monk no parecían muy optimistas.

—Un poco de vino os animará —dijo Sen Gat, mirando al

hombre de la cabeza vendada—. Trae el vino... La botella que acabamos de abrir en el cuarto de atrás.

—¡Porque logremos apoderarnos de las tres llaves negras! —brindó Sen Gat.

Y todos bebieron, incluso el criado que había traído el vino dulce.

El efecto fue casi instantáneo. Los hombres se tambalearon, hicieron muecas raras y cayeron al suelo. Sus ojos seguían abiertos.

No perdieron el conocimiento. Hablaban incoherentemente y se retorcían por el suelo. Su proceder tenía algo de estúpido.

Hubo movimiento en la puerta; pero ninguna mirada se dirigió a ella.

Ninguno parecía darse cuenta de que el gigante de bronce de quien habían estado hablando se hallaba ahora en la entrada.

Doc Savage llevaba en la mano un estuche plano y almohadillado lleno de numerosos pomos. Estaba metiendo un frasquito vacío en el estuche que, a continuación, se guardó en el bolsillo.

Se movió con una agilidad y un silencio que explicaban cómo había podido andar por la casa sin que le oyeran. La cerradura de la puerta de la calle había, ofrecido poca resistencia, porque Doc había hecho un estudio muy completo de la cerrajería y aquella cerradura era de un tipo muy sencillo.

Su retirada a la habitación de atrás para echar la droga en el vino dulce —después de haber oído a Sen Gat ordenarle al criado que fuera a buscarlo— había requerido una velocidad sorprendente, sin embargo. Cogió a Sen Gat y le arrastró a un lado. Las singulares uñas llamaron su atención durante unos instantes. Conocía su significado. Los orientales consideraban tales uñas como prueba de que su poseedor era un caballero, puesto que demostraban que no había trabajado en mucho tiempo.

Registró a Sen Gat y halló el palo negro que Maples había intentado quitarle, sin éxito. Se lo guardó en el bolsillo junto con el que Maples le tirara en el aeródromo.

—Oí algo de la conversación —dijo a renglón seguido. Su voz denotaba una energía enorme—. Estos palos negros son llaves. ¿De qué?

Lo que ocurrió a continuación le hubiera causado rabia a Sen

Gat si se hubiera halado en estado normal. Porque contestó la verdad, lentamente y vacilante, es cierto; pero, no obstante, dijo la verdad escueta y sin adornos.

—Son las llaves que dan paso al misterio del Hombre de las Mil Cabezas —dijo.

—¿Quién es ese Hombre de las Mil Cabezas?

—Es una leyenda de mi país.

Sen Gat cerró los ojos. El acento del hombre de bronce parecía producirle una sensación de apacible bienestar.

Doc conservó serena la voz.

—Háblame de esa leyenda.

La droga que había vertido en el vino era una composición especial suya del producto químico que la policía norteamericana conoce bajo el nombre de «suero de la verdad».

Esta composición no era perfecta y habría que manejar cuidadosamente a Sen Gat. De lo contrario, saldría por la tangente y diría un conglomerado incoherente de una serie de hechos sin relación entre sí.

—Hace varios centenares de años existía una ciudad en lo más profundo de las selvas indochinas —contestó Sen Gat, con voz aturdida—. Era una ciudad muy grande. La habitaba un pueblo próspero y feliz. Sus habitantes eran muy sabios.

Su voz, que se había ido haciendo, gradualmente más baja, se apagó por completo.

—Prosiga —le instó Doc.

—Cierto día, entró algo en la ciudad… algo tan terrible, que la población en masa huyó y no volvió más a la ciudad.

—¿Fue abandonada la población?

—Se encuentra allá en plena selva, nadie sabe dónde, exactamente igual que el día en que la abandonaron sus habitantes. Dice la leyenda que sólo una persona vive en ella.

—¿Un hombre?

—Sí… El Hombre de las Mil Cabezas.

Doc Savage no se movió ni habló en voz excesivamente alta, porque existía la posibilidad de que el hombre se excitara y quedaran anulados los efectos del suero de la verdad.

—¿Cómo es que a tres palos negros se les da el nombre de llave de la legendaria ciudad?

—Durante siglos, cuantos se acercaron al Hombre de las Mil Cabezas murieron. Estas llaves tal vez sean un talismán. Si lo son, valen la vida de incontables personas. Las tres llaves… mis hombres consiguen… la tercera…

—¿Quién tiene la tercera llave? —inquirió Doc.

—Indigo y.. y mis hombres… a estas horas —contestó Sen Gat, con dificultad.

—¿Qué quiere decir con «a estas horas»?

—Indigo… mis hombres… fueron a Lucila Copeland… La muchacha tiene… otra llave… Se la dará a… Maples si éste…, se la pide. Por eso… Indigo se llevó…, a Maples.

Semejante información no produjo cambio alguno en las facciones metálicas de Doc. Rara vez daba muestras de emoción.

—¿Podría ayudarle a la muchacha si fuese a su casa ahora? —inquirió.

Sen Gat dijo algo muy bajo y Doc entendió la palabra: <Quizá>.

—¿Dónde vive?

—En el número 90… de Wallabout Street.

Doc Savage empleó tiras arrancadas de los tapices de seda para atar fuertemente a Sen Gat y a sus secuaces y para amordazarles.

Los arrastró a todos a un cuarto pequeño sin ventanas, los encerró en él, se aseguró de que quedaba espacio suficiente por debajo de la puerta para que pasara el aire y salió de la casa.

A penar de lo fascinador que resultaba el relato de una ciudad en la selva, completamente abandonada y habitada tan sólo por un hombre de mil cabezas, Doc había decidido aplazar oír el resto del relato para poder ir en auxilia de Lucila Copeland.

CAPÍTULO V

«UNA VOZ DE MUJER»

EL número noventa de Wallabout Street resultó ser una casa que había visto tiempos mejores. Estaba situada en una calle modesta a cierta distancia de Regent's Park. Cada casa se hallaba rodeada de un jardín.

Abundaban allí los arbustos y matorrales que daban muestras de un gran abandono AL acercarse a la casa, Doc Savage anduvo por entre los matorrales de la parte posterior de varias casas. La niebla se había hecho más espesa, y si la intensidad de la oscuridad podía tomarse por guía, el cielo debía estar cubierto de densas nubes.

Doc contó los bultos grisáceos que sobresalían en las sombras. Los faroles apenas lograban hacer que se destacaran las siluetas.

Llegó al bulto que, según sus cálculos, debía de ser el número noventa. Una larga rosaleda le cerraba el paso. Saltó por encima de ella, de lado, después de haber calculado la altura. Quedó parado e inmóvil en el punto en que aterrizó.

Una vez al día desde la infancia, Doc se había pasado dos horas haciendo gimnasia científica intensiva. Ello explicaba sus facultades. Una parte de sus ejercicios los dedicaba a probar de identificar diversos aromas, para desarrollar el olfato. Había logrado tal desarrollo hasta un punto increíble.

En aquel preciso instante, asaltaba su olfato un intenso olor a rosas... y a otra cosa. Se trataba también del aroma de una flor... pero de una flor que no se cultivaba en Inglaterra.

¡Perfume!

Se oyó una especie de zumbido a un lado, en las tinieblas. El sonido puso a Doc en guardia. Sus desarrollados músculos se contrajeron, empujándole hacia un lado.

Una maza larga, o algo así cayó sobre el lugar en que había estado. Luego se oyó ruido de pasos que corrían alocadamente hacia la casa.

La persona que esgrimiera la maza se había dado a la fuga.

Doc corrió en su persecución. AL cruzar por el sitio en que había caído la maza, se agachó y exploró con las manos, para averiguar si había sido abandonada el arma con que le habían atacado.

Un palo redondo y largo de madera dura, yacía sobre la hierba humedecida por la niebla. No era muy pesado. De haberle dado, lo más que hubiese podido hacer hubiera sido dejarle sin conocimiento.

Sacó una lámpara de bolsillo. El hilo de luz que despidió fue a caer sobre la persona que huía.

Era una muchacha alta. Corría con la agilidad de un hombre en lugar de emplear los pasos cortos característicos de una mujer. Tenía el cabello oscuro y ondulado, despeinado por su carrera. Llevaba un vestido gris.

Se volvió, alzando una mano para protegerse contra la deslumbradora luz de la lámpara. Su otra mano alzó un revólver niquelado. Se vió un fogonazo y el ruido de la detonación repercutió por entre las casas.

EL proyectil, al dar a uno de los matorrales cerca de Doc hizo un ruido parecido al de un beso violento. El hombre de bronce apagó la lámpara, después de haberla echado un instante hacia la izquierda para crear la impresión de que había saltado en dicha dirección. Luego saltó hacia la derecha.

Se oyó otro disparo. EL proyectil fue a incrustarse a tierra. La muchacha corrió hacia la casa.

Doc Savage, al perseguirla, tuvo que dar la vuelta a un macizo de arbustos.

Esto lo retrasó un poco.

En las ventanas de las casas vecinas empezaban a verse luces. Se oyeron gritos amortiguados de los vecinos y algunas ventanas se abrieron.

Los disparos habían llamado la atención.

Doc llegó a la puerta posterior del número noventa y asió el pomo. No tenía, echado cerrojo ni llave. Al abrirla, se echó a un lado para que no le alcanzara ningún disparo. Chirriaron las

bisagras.

El interior de la casa estaba a oscuras. Llenaba el aire un olor a comida guisada. No notó el menor rastro del perfume que usaba la muchacha.

Éste había parecido oriental... Probablemente sería de sándalo. Escuchó con atención. En la parte delantera se oía el ruido de pasos que se arrastraban.

Entró en la casa; pisó el linóleo de una cocina. La llama piloto de una cocina de gas despedía una luz mortecina.

A tientas, dio con otra puerta y una alfombra amortiguó sus pasos. El olor a jabón y el goteo de un grifo a la izquierda indicaba que allí había un cuarto de baño.

La puerta de delante se abrió y se cerró y oyóse ruido de pasos que se alejaban.

Apretó el paso, tiró una silla al pasar y tropezó con algo que había en el suelo. Se detuvo y sacó la lámpara del bolsillo.

Había tropezado con un cadáver. El muerto tenía los ojos rasgados, pómulos salientes y piel amarilla. Lo habían hecho tres heridas en el pecho y una en la garganta.

El desgarre de las heridas indicaba que las había producido un kris.

Doc se acercó a la puerta y salió a la calle.

Calle abajo, se oyó el ruido de un arranque eléctrico y un motor se puso en marcha. Las puertas de un automóvil se cerraron de golpe.

Se encendieron unos faros, proyectando un brillo deslumbrador sobre los árboles que orillaban las aceras.

El coche estaba ligeramente torcido hacia la acera: de forma que los faros bañaban la fachada de la casa de luz. Durante un breve instante se le vió claramente a Doc Savage. Se aplastó contra la pared ornamental que rodeaba el porche.

El automóvil se puso en marcha. Pasó por delante de la casa, adquiriendo velocidad.

Doc echó a correr, vió que le sería imposible alcanzar al vehículo. Se detuvo y sacó una diminuta granada de gas del bolsillo. Una bolita que tenía por uno de los lados regulaba el intervalo de la explosión.

Hizo girar la bolita y tiró violentamente la granada, para que

cayera delante del coche. Los árboles resultaban un obstáculo, y a duras penas logró que pasara por debajo de las ramas sin tocarlas.

Pero la granada falló. Estalló un poco demasiado tarde. Y, como el automóvil que era un sedán —tenía las ventanillas cerradas, el gas,— que hubiera dejado sin conocimiento a los que alcanzara — no logró penetrar al interior.

El coche siguió adelante y dobló la esquina.

El hombre de bronce permaneció inmóvil un instante. Había podido ver el número de matrícula y lo estaba repitiendo unas cuantas veces para no olvidarlo. El número pudiera resultar útil o no.

No le había sido posible ver quién ocupaba el sedán.

Volviendo a la casa, Doc encontró a otros dos muertos, tres en total. La pareja aquella, compuesta de orientales, yacía en la habitación contigua en que estaba el primer cadáver.

Ambos habían caído víctimas de un kris.

Aplazó el registro de su ropa y se dirigió a la puerta de atrás. Empleó la lámpara de bolsillo para iluminar el suelo de la cocina.

El linóleo estaba, cubierto de pisadas húmedas: pero eran las suyas nada más. La humedad de la hierba del jardín le había mojado los zapatos.

No cabía la menor duda de que la muchacha se habría humedecido los pies también.

Doc apagó la lámpara y se oyó un sonido bajo y fantástico. Era una especie de trino con cierta calidad exótica que resultaba indescriptible.

Tan bajo era, que bien hubiera podido pasar por producto de la brisa si la hubiese habido, pero en aquellos momentos no la había.

Llenaba toda la habitación. Recorriendo toda la escala musical, no poseía tono definido alguno.

Este trino era una característica de Doc Savage tan sólo, singular nota, musical que emitía inconscientemente en momentos de excitación mental.

Sonaba cada vez que hacía un descubrimiento de importancia; a veces era precursor de un plan de acción. Podía significar la mar de cosas.

En aquel preciso instante, el trino expresaba disgusto. La ausencia de las pisadas de la, muchacha era prueba evidente de que

ni siquiera había entrado en la casa. Se habría limitado a abrir la puerta y cerrarla de golpe para crear la impresión de que había entrado.

Saliendo de la casa, Doc permaneció inmóvil unos momentos en la oscuridad, escuchando. Ya no se notaba revuelo alguno en la vecindad.

Seguramente habían acabado por achacar el ruido del disparo al del escape de un automóvil. Luego puso a recorrer el jardín, haciendo uso de sus oídos, del olfato y ocasionalmente, la lámpara. Pero no halló rastro alguno de Lucile Copeland, si era ella la muchacha que tan aprisa sabía correr.

Volviendo a la casa, registró a las víctimas del kris; pero nada halló en sus bolsillos que pudiera servir para identificarles.

Sin embargo, sabía que se trataba de secuaces de Sen Gat, puesto que la ropa de los muertos tenía el mismo olor a incienso que la casa de dicho oriental.

No encontró por parte alguna el arma que había servido para darles muerte.

Descubrió, con ayuda de la lámpara, que las habitaciones de la casa estaban adornadas de una forma muy poco corriente. El suelo de una de ellas estaba, cubierto de pieles de tigre, león, oso polar y otros animales, mientras que cabezas de «ovis poli», carneros de largas astas, «wapiti» y otros trofeos de distintos climas adornaban las paredes, junto con pesadas lanzas del Congo, cerbatanas del Amazonas y espadas chinas primorosamente talladas.

Daban una nota singular los numerosos ejemplares de tejidos hechos a mano, que hacían las veces de tapices, cortinas, centros de mesa y otros artículos de adorno.

Estaban hechos de toda suerte de materiales, desde las colas de caimán hasta las tiras cortadas de la piel de serpiente boa..

Era evidente que el amo de la casa era aficionado a tejer a mano.

Había vitrinas con insectos, muestras de maderas y de minerales, no faltaban bibliotecas llenas de volúmenes científicos.

Doc examinó estos últimos y encontró un libro de recortes. Contenía numerosos trozos de periódico y los repasó rápidamente, comprobando que todos ellos hablaban de un explorador llamado Calvin Copeland.

De su lectura dedujo que Copeland había recorrido numerosos países. Su esposa Fayne y su hija Lucile acostumbraban a acompañarle. Había una fotografía de los tres.

Calvin Copeland era alto, de facciones agudas y algo grueso. Fayne era tan alta como su esposo. Tenía el aspecto algo varonil pero ello obedecía tal vez al traje. Parecía atractiva y muy bonita.

Lucile era la muchacha con quien se había encontrado en el jardín. La fotografía daba una idea más exacta de su aspecto. Parecía muy competente y muy bonita.

El último recorte llevaba la fecha de cerca de un año antes. Decía, simplemente, que Copeland, su mujer y su hija marchaban a la Indochina.

El explorador se había negado a dar a conocer el objeto de su expedición.

Fuera en la calle, se detuvo un automóvil.

Con un dedo, Doc apartó la cortina de la ventana La niebla hacía, parecer extrañamente largo el coche que estaba parado en la calle. Los faros llevaban la luz amortiguada. Entre ellos brillaba una luz accesoria roja.

El faro rojo delataba a un automóvil de la policía.

Sonaron pisadas y aparecieron los policías como fantasmas en la niebla.

Doc se metió en el cuarto delantero. Sus dedos hallaron la cerradura y echaron silenciosamente la llave.

La puerta tenía un entrepaño de cristal esmerilado y en él se veían en silueta los cascos de varios policías.

Unos nudillos llamaron a la puerta. No lo hicieron muy alto. Aquellos guardias londinenses no armaron jaleo. Al cruzar el jardín ninguno de ellos llevaba siquiera la pistola en la mano.

Doc Savage cruzó la casa y abrió la puerta de atrás y salió.

—No se mueva, amigo —ordenó una voz, con autoridad.

Al hablar, el hombre invisible encendió una lámpara de bolsillo. Pero lo hizo demasiado tarde: Doc había vuelto a meterse dentro de la casa.

—¡Caramba! —exclamó el policía—. ¡Alguien abrió la puerta de la casa!

—Debió de abrirla el aire —dijo otra voz.

Detrás de la lámpara se vió el brillo de los botones y chapas de

la policía londinense.

Dentro, Doc recapacitó sobre la situación. Algún otro vecino habría avisado, tal vez, a la policía; aun cuando, si tal era el caso, debían de haber llegado antes.

Si se le encontraba, a él en la casa acompañado de los tres cadáveres, se vería obligado a contestar a muchas preguntas. Ni la influencia de Doc Savage bastaría para causar impresión alguna en aquellos guardias.

Se dirigió al teléfono que había encontrado cuando registraba la casa y llamó a Piccadilly House. La voz de Monk, sorprendente melosa para su tamaño y su aspecto, le contestó.

—¿Queréis un poco de ejercicio? —preguntó Doc.

—No nos iría mal.

Doc le dio las señas de la casa de Sen Gat.

—Hay un tal Sen Gat y unos cuantos de sus hombres atados allí. Con toda seguridad estarán saliendo ahora de los efectos de una dosis de suero de la verdad. Vigiladles.

—De acuerdo.

—Un momento. Dadles otra dosis de suero y a ver lo que podéis averiguar.

—Bien.

—Preguntadles por un hombre de mil cabezas.

—¿Eh?

—Un hombre de mil cabezas y tres llaves negras.

—¿Tres llaves negras?

—Tengo ya dos de ellas. Las llaves son unos palos negros. Uno de ellos nos fue tirado en Croydon.

Monk soltó un resoplido.

—Este es un asunto de locos —dijo.

—Y de sangre —asintió Doc—. Han muerto apuñalados tres hombres hasta la fecha. Andad con ojo, pues los secuaces de Sen Gat pudieran presentarse de improviso. Hasta, es posible que lleguen a casa de Sen Gat antes que vosotros.

—¡Muy aprisa tendrán que ir para eso! —aseguró Monk.

Y colgó el auricular.

Doc volvió a la habitación delantera. Los guardias habían dejado de dar golpes en la puerta. Hablaban entre sí en voz normal.

—Tenemos rodeada la casa —decía uno de ellos—. No puede

escaparse nadie. Claro está que pudiera ser todo esta un error.

Doc, escuchando, reflexionó. Aquellos guardias ingleses trabajaban sin olvidar el respeto que los ciudadanos honrados merecen. Tal vez fuera por eso que los ingleses les tenían tanto cariño a sus policías.

Unos nudillos llamaron nuevamente a la puerta.

Doc dejó que siguieran llamando. Quería saber por qué habían ido allí y esperaba que acabaría por averiguarlo. Así fue, en efecto.

—Fue una voz de mujer la que telefoneó la noticia —dijo uno de los guardias.

—Sí —agregó otro;— dijo que un yanqui llamado Doc Savage había matado a tres hombres a puñaladas aquí dentro.

Doc no sufrió sobresalto alguno Siguió tan impávido como antes. Ello no significaba que no estuviese preocupado. Los guardias le detendrían como le encontraran allá dentro. La policía inglesa hacía las cosas bien.

¡Una voz de mujer había telefoneado la noticia! Y Doc se había encontrado con Lucile Copeland en el jardín.

—Más vale que forcemos la entrada —dijo uno de los guardias —. Entrad algunos de vosotros por la otra parte de atrás.

Empezaron a hacer fuerza contra la puerta.

Doc se dirigió al despacho, se acercó a una vitrina que contenía armas y escogió una escopeta de caza. Había cartuchos en un nicho, a su lado.

Cargó el arma, deshizo lo andado y apuntó hacia la puerta, muy por encima de la cabeza de los guardias.

La escopeta hizo una explosión ensordecedora cuando la disparó.

Los guardias se retiraron.

—¡Tiene la intención de hacerse fuerte ahí dentro! —gruñó uno de ellos—. ¡Mandad llamar la brigada de ametralladoras, y bombas de gases!

Se alejaron unos pasos para cumplir la orden.

—¡Entréguese pacíficamente —ordenaron desde afuera.

El hombre de bronce hizo caso omiso de la orden. Cargando nuevamente la escopeta de caza, entró en el despacho y recogió otros cuatro rifles y escopetas.

Luego entró en el cuarto de baño. Había un tocador y, encima,

un frasco de perfume de sándalo Ello indicaba, que aquel era el tocador de Lucile Copeland. Encontró unas medias de seda y las usó para atar todas las armas en un manojo.

A continuación subió al piso. Desde la ventana, pudo observar que las lámparas de bolsillo habían sido empleadas para iluminar los macizos de arbustos.

Normalmente, parte de la iluminación hubiera llegado al tejado; pero la niebla era espesa y el tejado, hasta desde la ventana del piso, se veía sumida en la sombra.

Logró abrir la ventana sin hacer mucho ruido. Se oía una sirena en la distancia, la de los coches de la Brigada Volante. El sonido le ayudó.

Saliendo silenciosamente por la ventana, se puso en pie en el alféizar, sujetándose con una mano por dentro, y se agarró al alero del tejado.

Un instante después saltaba la ventana, sostenido por la enorme fuerza de una sola mano.

Alzó los pies y se quedó colgado con la cabeza para abajo. Era un trabajo bastante arriesgado, porque aún llevaba el pesado manojo de escopetas.

Lentamente se izó al tejado. No era éste tan pendiente que no pudiese andarse por él. Pero las tejas rechinaban bajo sus pies, a pesar de todas las precauciones.

—¿Qué ruido es ése? —preguntó uno de los guardias.

Doc se irguió y corrió hacia adelante. Tomó carrerilla, llegó al borde del tejado y se lanzó al vacío.

En mitad del aire, se las arregló para sujetar el manojo de escopetas entre las piernas, quedándose con las manos libres.

Los árboles próximos a la calle tenían enormes ramas. Ninguna de ellas, sin embargo, tocaba la casa, ni llegaban siquiera hasta cerca de ella.

El salto del hombre de bronce, sin embargo, le llevó hasta ellas.

Los musculosos brazos soportaron la primera sacudida del choque No le era posible ver nada más que el bulto que hacían los árboles.

Asió una rama y, cuando ésta se rompió, agarró otra y saltó hacia una tercera que ofreciese mayor resistencia.

Debajo de él se oían voces alzadas en grito; pero no sonó un

disparo siquiera. Lámparas de bolsillo empezaron a proyectar embudos de luz hacia arriba.

—¡Está en el árbol!

—¡Usad las luces! ¡Pronto, muchachos!

Doc dejó caer el manojo de escopetas, que aterrizó de golpe, junto a un guardia; éste dio un salto atrás.

¿Qué es esto? —exclamó—. ¡Escopetas!

—¡Vigilad la casa! ¡El tejado! —aulló otro—. ¡Es una estratagema!, ¡Tiró las escopetas al árbol para distraer nuestra atención!

Que era precisamente lo que Doc quería que creyesen.

Concentraron todas las luces y todo su interés en la casa. Les intrigó no descubrir a nadie en el tejado.

Con la sirena sonando se detuvo el coche de la policía y empezó a vomitar hombres uniformados.

Los recién llegados eran gente de acción. Echaron bombas de gases lacrimógenos dentro de la casa; luego se pusieron caretas protectoras y entraron. Las bombas aquellas hicieron la mar de ruido; las voces aún más.

A cubierto de todo aquel ruido, Doc Savage se pasó a otro árbol y luego a otro, de rama en rama. Se deslizó por el tronco hasta el suelo y desapareció en la niebla.

La noche se lo tragó.

CAPÍTULO VI

LA ESTRATAGEMA DE LOS GUARDIAS

LA casa de Sen Gat, en Shoreditch, estaba a oscuras. Ningún oriental pisaba la calle, pues era ya hora avanzada.

En la esquina, una manzana más allá, un oriental, encorvado y lleno de arrugas, estaba agazapado junto a una bandeja que contenía dulces.

Apenas podía esperarse que pasara comprador alguno a aquellas horas; pero el hombre seguía sentado pacientemente, con la cabeza, inclinada, como si confiara en que los espíritus de sus antepasados se apiadarían de él y le mandarían algún parroquiano.

Sus ojos eran, agudos bajo el sombrero de fieltro que llevaba echado sobre sus ojos. Vigilaba la puerta de la casa, de Sen Gat y rara vez se apartaba de ella.

Un taxi se detuvo ante la puerta y se apearon de él tres hombres. Uno de ellos era alto e increíblemente delgado; el segundo un gigante con enormes puños; el tercero, uno que parecía un gorila y a cuyos talones trotaba un cerdo bastante feo.

Johnny, Renny y Monk subieron las escaleras y entraron. Llevaban la mano metida debajo de la chaqueta, puesta sobre un arma que parecía una pistola grande, pero que, en realidad, era una superpistola, capaz de descargar proyectiles a una velocidad mayor que una ametralladora militar.

Aquellas superpistolas eran invención de Doc Savage; los proyectiles que disparaban no eran de la clase corriente, sino balas que hacían perder instantáneamente el conocimiento sin inferir herida alguna.

—¡Mucho ojo! —susurró Monk.

Ham y Long Tom, los otros dos ayudantes de Doc Savage, se

hallaban junto a la puerta posterior.

Monk y los dos que le acompañaban no prestaron al buhonero la atención que merecía..

Éste recogió sus dulces y se marchó.

—¿Dónde dijo Doc que estaban Sen Gat y los otros? —bramó Renny, el de los enormes puños.

—No lo dijo —contestó Monk, sacando una lámpara de bolsillo —. Parecía tener prisa. ¿Se encontraría en algún apuro?

—Si se encontrara ya saldría de él —observó Renny.

Empezaron a registrar y pronto dieron con el cuartito interior en que Doc había dejado a Sen Gat y a los otros. Se hallaba vacío. Las ligaduras se veían en el suelo. Monk las examinó.

—¡Han sido cortadas!

—En tal caso, alguien nos ha pillado la delantera —bramó Renny.

—Las pruebas circunstanciales corroboran semejante afirmación —asintió el huesudo Johnny, a quien le inspiraban un profundo horror las palabras cortas si podía acordarse de otras largas.

Ham, acompañado de Long Tom, entró por la puerta posterior.

Inmediatamente, él y Monk se pusieron a dirigirse miradas malévolas.

—No debías de arrastrar a todas partes ese maldito cerdo —dijo Ham.

—¿No? Pues resulta la mar de útil con frecuencia.

—Dejaos de discusiones —gruñó Renny—. Me hace muy poca gracia esto. Registremos la casa a ver lo que podemos averiguar.

Se diseminaron e hicieron un registro que hubiera, envidiado cualquier funcionario de Scotland Yard. Luego se reunieron para comparar notas.

—Los documentos que encontré en una mesa —dijo Long Tom —, demuestran que Sen Gat es un impostor. Comercia en mercancías de la Indochina..

—Tiene una cuadrilla completa en su casa, a juzgar por el número de camas —agregó Renny.

—Es una personalidad belicosa si han de servirnos de elemento de juicio las armas de fuego y municiones —observó Johnny.

—Pero nada hay acerca de un hombre de mil cabezas ni de tres palos negros que son llaves —gruñó Ham.

—¡Eh, muchachos! ¡Fijaos en esto!

Monk exhibió un recorte de periódico que había encontrado. Se reunieron a su alrededor y leyeron:

GRUPO DE EXPLORADORES PERDIDO

«Se experimenta cierta ansiedad respecto a la suerte de Calvin Copeland, quien, con su mujer y su hija, salió de expedición con el propósito de penetrar en el interior de las selvas de Indochina.

»El único blanco que acompañaba a los Copeland era Rex Maples, un inglés muy familiarizado con el bosque indochino.

»El hecho de que los Copeland no dieran la menor información acerca de su destino hace que resulte imposible salir en su busca.»

El recorte llevaba la fecha de cuatro meses antes y era de un periódico de Londres.

—¿Qué es todo este...?

Monk no acabó la frase y miró hacia la puerta.

Varios hombres entraron, procedentes de la calle.

Los recién llegados vestían uniforme de policía. Eran hombres fuertes y determinados. Uno de ellos, evidentemente el jefe, iba delante.

Éste era enormemente alto y ancho de espaldas. Sus brazos parecían vigas; su cabeza un pegote sin cuello visible, los puños retorcidos, —las orejas deformadas y la nariz aplastada indicaban que anteriormente había ejercido una carrera íntimamente relacionada con la lucha física.

El gigante tenía un sorprendente parecido con Monk, salvo en una cosa: No tenía el vello del químico Era tan grande y posiblemente tan fuerte como Monk.

—¿Los ayudantes de Doc Savage? —inquirió.

—Sí —reconoció Monk.

—Soy el sargento Evall. Doc Savage nos dijo que les encontraríamos a ustedes aquí.

Monk parpadeó.

—¿Les ha enviado Doc?

—Sí; el hombre de bronce se encuentra, en apuros.

—¿En apuros?

—Una muchacha llamada Lucile Copeland le acusa, de haber apuñalado a tres hombres en su casa. Le hemos detenido. Dice que ustedes cinco pueden probarle la coartada declarando dónde se

hallaba cuando se cometieron los asesinatos.

Monk se rascó la cabeza.

—¿Cuándo,ocurrieron los asesinatos? —preguntó.

Evall se encogió de hombros.

—Lo siento, caballeros Más vale que nos acompañen ustedes a la comisaría, y declaren a qué horas han estado con Doc Savage esta noche. Si logran dar cuenta de la hora del crimen, muy bien: le pondremos en libertad. De lo contrario, tendremos que encerrarle.

—Iremos.

Los otros cuatro ayudantes asintieron con un movimiento de cabeza y se dispusieron a acompañar a los hombres uniformados.

—¿Tienen detenido a Doc ahora? —inquirió Renny.

—Sí —repuso Evall;— se entregó tranquilamente en el lugar de la tragedia.

El grupo salió de la casa de Sen Gat. Los hombres uniformados se distribuyeron, colocándose cada uno de ellos al lado de uno de los ayudantes de Doc Savage.

Parecía como si se hallaran detenidos. La calle estaba preñada de oscuridad y de malos olores. Se había levantado viento.

El buhonero, con su miserable bandeja de dulces, no se hallaba en la esquina.

La niebla había humedecido el empedrado, empapando el polvo y convirtiéndolo en barro.

Johnny, el alto y delgado geólogo, contempló la esquina en que se había hallado el buhonero. Sus dedos juguetearon inconscientemente con el monóculo lupa que colgaba de su solapa.

—Un momento —dijo, parándose en seco.

—¿Qué —inquirió Evall.

—No cerramos las puertas —contestó Johnny—. Voy a volver a cerrarlas.

Los otros cuatro ayudantes de Doc dieron muestras de tensión. Johnny había hecho una declaración muy sencilla, pero se había olvidado de usar palabras largas como de costumbre. Nunca hacía una cosa así más que cuando estaba excitado.

Johnny se volvió y echó a andar.

—Le acompañaré yo, amigo —murmuró un hombre uniformado, echando a andar tras él.

El geólogo entró en casa de Sen Gat, y dijo:

—Más vale que cierre la puerta y las ventanas de atrás también —y cruzó hacia la parte posterior. Se metió una mano debajo de la chaqueta. Ni a él ni a sus compañeros les habían quitado las pistolas super ametralladoras. Johnny asió la culata.

Se había acordado de pronto del buhonero. Su ausencia le resultaba sospechosa.

Parándose de pronto, descolgó un teléfono. Agitó el gancho del auricular hasta que contestó la Central.

—¡Con la Policía! —dijo.

El guardia que le acompañaba se movió inquieto. Cerró los puños; volvió a abrirlos. A juzgar por su expresión, se encontraba en un dilema.

Empezó a decir: —Eh, amigo, ¿qué...?

—¿En qué comisaría está detenido Doc Savage? —inquirió Johnny, con la mano puesta en su pistola.

—Está... —el hombre no supo qué decir.

Johnny comprendió que sus sospechas eran fundadas. Sacó el arma de debajo de la chaqueta.

Simultáneamente, el falso policía echó mano a su pistola. Logró sacarla. Su expresión indicaba bien a las claras que tenía intención de usarla.

La super ametralladora de Johnny emitió una especie de gemido singular y ensordecedor.

Era como si hubieran acariciado durante un instante el bordón de un violón gigantesco. Empezaron a salir rápidamente casquillos por la parte superior de la pistola.

El falso policía se estremeció violentamente. Algunas de las balas soporíferas le habían alcanzado en las piernas.

Se le extendieron, rígidamente, los brazos; se le doblaron las piernas. Rodó por el suelo sin conocimiento ya.

Se oyó un jaleo enorme en la calle. Sonaron pistolas, super ametralladoras, gritos de hombres y maldiciones en malayo.

Renny y Monk hicieron oír sus voces exigiendo la rendición.

Johnny cruzó la casa, salió a la calle corriendo y vió que la lucha había terminado. Había sido sorprendentemente corta.

Dos de los supuestos policías yacían en el suelo sin conocimiento. Los otros habían soltado las armas y alzaban los brazos.

La estratagema había fracasado.

Monk sonrió expansivamente al ver aproximarse a Johnny.

—¿Cómo te diste cuenta de la superchería? —preguntó.

—El celestial suministrador de dudosas exquisiteces había emigrado —contestó Johnny, volviendo a su acostumbrado lenguaje.

—¿Crees que el buhonero ese era un espía? —inquirió Monk.

—Conjetura es esa que los acontecimientos han justificado.

—En tal caso —intervino Renny,— estos hombres deben de ser secuaces de Sen Gat.

—Fue una estratagema para apoderarse de nosotros —dedujo Long Tom.

La lucha había sido todo, menos silenciosa. Ningún curioso había aparecido en la calle sin embargo, ni se había encendido luz en ventana alguna.

Los orientales que vivían en Shoreditch no se diferenciaban en nada, por lo visto, de los demás del planeta. Raza inescrutable, era partidaria de no entrometerse en asuntos que no fueran de su incumbencia.

Monk echó mano al policía que tenía cierto parecido con él.

—¿Trabajas por cuenta de Sen Gat?

El interpelado le dirigió una mirada, de rabia.

—¡Quítame las manos de encima, amigo, o te rompo las narices!

Monk hizo flexión con los brazos. Algunos de sus músculos hubieran podido servir de pelota.

—¡Ya puedes intentarlo cuando quieras! —gruñó.

—¡Haz el favor de estarte quieto, Monk! —bramó Renny.

—Deja que se peleen —intervino Ham, esperanzado—. Tal vez le quiten a Monk la cabeza de un puñetazo. Así escarmentaría.

—¡Quiá! —respondió Renny—. Nos los llevaremos a casa de Sen Gat otra vez. Tenemos que averiguar qué ha sido de su jefe.

—Y hay el asuntillo del hombre de las mil cabezas y de las tres llaves negras —agregó Long Tom.

—Sin mencionar cierto explorador llamado Copeland y un hombre que responde al nombre de Maples —dijo Renny.

Echaron a andar hacia la casa, Pero hubo una interrupción. Se oyeron pasos presurosos. Salió corriendo de la niebla una figura vestida de guardia.

—Oyó los disparos —dijo Monk.

El recién llegado se echó hacia atrás el casco.

—Oigan —dijo—, ¿qué está ocurriendo aquí?

—Un juego de sorpresas —anunció Renny—. Se juega de la siguiente manera: primero nos sorprenden ellos a nosotros; luego les sorprendemos nosotros a ellos.

El guardia miró de cerca a los prisioneros. Se quedó boquiabierto. Los ojos se le abrieron como platos.

—¡Rediez! —exclamó—. ¡Estos son pájaros de cuidado! Hace tiempo que Scotland Yard tiene ganas de verlos. Pediré ayuda.

Se metió un silbato entre los labios y sopló.

Esto sirvió para disipar por completo la desconfianza de los ayudantes de Doc. Creyeron que el recién llegado llamaba a más policías.

Un instante después el guardia se sacaba un revólver del pecho y les amenazaba.

—¡Manos arriba! —ordenó.

Reinó un silencio de sorpresa durante unos momentos. Luego Monk y sus compañeros alzaron lentamente los brazos.

No eran tontos. Sólo un revólver les amenazaba; pero contenía cinco proyectiles y, si ofrecían resistencia, alguno de ellos saldría mal herido.

Se oyeron pasos en la oscuridad. Aparecieron varios hombres corriendo, pistola en mano.

Sen Gat iba a la cabeza del grupo, Indigo se hallaba a su lado. Los otros eran sus secuaces; todos ellos de origen oriental.

Sen Gat y aquellos de sus satélites que sucumbieron después de beber el vino se habían restablecido por completo.

—¡Excelente labor! —le dijo Sen Gat al último guardia falso.

Se acercaron varios coches grandes, cerrados Se obligó a los cinco ayudantes de Doc Savage a que subieran, haciéndolo tras ellos toda la cuadrilla.

Los automóviles se alejaron inmediatamente de la vecindad.

CAPÍTULO VII

CORDON

NO tardó mucho Doc Savage en llegar a la casa de Sen Gat en Shoredich. Se presentó unos diez minutos después de haber caído prisioneros sus ayudantes.

El hombre de bronce se apeó de un taxi unas cuantas manzanas más allá y recorrió a pie el resto del camino Una vez cerca de casa de Sen Gat, anduvo por la sombra. Su mirada perdía muy pocos detalles.

El buhonero oriental, con su bandeja de dulces, se hallaba nuevamente en la esquina. Doc Savage escudriñó al hombre y luego dirigió su atención a la casa. No se oía el menor ruido en ésta.

Doc se acercó al buhonero.

Un coche de la Brigada Volante dobló la esquina, ocupado por guardias de uniforme.

Parecían andar buscando algo cuando se detuvieron junto al vendedor ambulante.

—¿Dónde han sido los disparos? —preguntó uno de ellos. Doc Savage, que se hallaba a pocos metros de distancia, oyó claramente las palabras.

—Yo cleo que luido pum pum no peltenece pistola —contestó el hombre, en sonsonete.

—No le hemos preguntado lo que opinaba usted —declaró el guardia—. ¿Dónde fue el jaleo?

EL buhonero señaló con la mano.

—Luido en esa dilección —dijo—. Tal vez tles cuadlas más allá. Tal vez seis. Siento mucho no sé.

Los guardias hablaron entre sí en susurros.

—¿No vio usted ocurrir nada por aquí, buen hombre? —inquirió

uno de ellos.

—Muy quieto esto. ¿Tal vez compla usted un dulce? Son muy buenos.

Los guardias rechazaron el ofrecimiento; su coche siguió adelante. El espía de Sen Gat había logrado engañarles.

Doc Savage avanzó lentamente, sin hacer el menor ruido, y, un momento después, estuvo seguro de que el arrugado oriental vigilaba la casa de Sen Gat.

Tan absorto se hallaba en tal menester que Doc pudo avanzar sin ser visto ni oído hasta encontrarse a la luz de un farol, a menos de dos metros del hombre.

—¿Marcha bien el negocio? —preguntó.

El buhonero se sobresaltó. Se volvió, vio al hombre de bronce y su rostro reflejó un horror que demostraba claramente que le temía y, por lo tanto, debía de ser uno de los secuaces de Sen Gat.

—Tiene las arrugas postizas —decidió Doc, hablando en alta voz y mirando atentamente al hombre—. No está mal hecha la caracterización. ¿Qué significa eso?

Por toda contestación, el otro se metió la mano entre la ropa y sacó un kris.

Estaba sentado en la, acera, con las piernas cruzadas. Sujetando el arma con las dos manos, pegó un salto hacia adelante y hacia arriba.

Si el hombre de bronce no se hubiera movido, le hubiera abierto en canal.

Pero no permaneció inmóvil. Hizo un esguince y dio un salto. AL fallarle el golpe el oriental se quedó perniabierto en el aire, como una rana, y Doc dejó caer las dos manos sobre su espalda, tirándole de bruces con tanta fuerza que el hombre se quedó sin respiración y sin cuchillo.

Doc le cogió y se lo metió debajo del brazo, ejerciendo tal presión que el hombre no pudo soltar un grito. Luego recogió el kris, lo dejó caer en la bandeja y se llevó esta última al dirigirse a la casa con su carga.

Dejó la bandeja en el vestíbulo. Luego, sin soltar a su prisionero, hizo un rápido registro.

Encontró las ligaduras cortadas y comprendió que habían sido liberadas las víctimas del suero de la verdad. Los casquillos de la

super ametralladora de Johnny le dieron a comprender que sus ayudantes habían estado allí y luchado.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó a su presa.

—<Kurang perekra> —aulló el hombre, en malayo.

—Conque no lo sabes, ¿oh?! Ya te haré yo cambiar de tono!

Le ató con unas tiras arrancadas a los tapices de seda de Sen Gat. Luego cogió la botella de vino dulce, sin dejar de mirar al prisionero.

El miedo que brilló en sus ojos indicó que sabía lo que les había ocurrido a su jefe y a sus compañeros después de beber de aquella botella.

—Ya sabes —dijo Doc Savage, enseñándole el frasco—, lo que les ocurrió a Sen Gat y a los otros después de beber de aquí.

El hombre nada contestó.

Doc movió levemente la botella.

—Puedes escoger: o hablas ahora o te daré una dosis de esto.

El prisionero reflexionó largo rato, haciendo gestos de ira. El ver la botella a dos dedos de sus narices, sin embargo, surtió el efecto apetecido, porque murmuró, de mala gana: —¿Qué quiele sabel?

—¿Qué se oculta tras todo ese asunto del Hombre de las Mil Cabezas?

—Mí no sabel.

—Más vale que recapacites —le aconsejó Doc.

—Calvin Copeland encontló Homble de Mil Cabezas una vez yo cleo —dijo, de mala gana, el prisionero—. Copeland en aeloplano. Otlos dos con él, piloto y mecánico. Algo malo le oculió. Sólo Copeland escapa.

—¿Cómo sabes tú todo eso?

—Sen Gat dice.

—¿Dónde lo averiguó Sen Gat?

—De Indigo que obliga a Maples a decil.

Doc Savage guardó silencio, repasando mentalmente aquella información.

Así, pues, Calvin Copeland había visitado una vez al Hombre de las Mil Cabezas por aire y había perdido piloto y mecánico.

—¿Qué tienen que ver los tres palos negros con el asunto?, —preguntó, de pronto.

—Copeland hizo palo pala selvil de llave cuando vuelva a

ciudad del Homble de las Mil Cabezas.

—¿Llave? Eso no tiene pies ni cabeza.

—Homble de las Mil Cabezas tiene algo que Calvin muchas ganas de tenel. Sen Gat, él también quiele. Esta cosa es de mucho valol.

—¿Cómo sabes tú que es de valor? ¿De qué se trata?

—No sé qué cosa es. Sen Gat vivil antes en selva indochina. Él escucha mucho hablal de Homble de las Mil Cabezas. EL habla con indígena que ha estado allí. Sen Gat él sabe qué tiene Homble de las Mil Cabezas. Él no decilnos qué es.

Doc, vigilando atentamente al hombre, decidió que le estaba diciendo la verdad.

—¿Dónde está Calvin Copeland ahora? —inquirió.

—ÉL va a buscal Homble de las Mil Cabezas a Indochina.. No volvel. Su mujel se pielde también. Señolita Lucile Copeland y homble Maples, los dos salil del bosque. ¿Complende?

Doc, entendió de todo aquello que la expedición Copeland había sido víctima, de un desastre cuando buscaba la ciudad del Hombre de las Mil cabezas en la selva de la. Indochina y que sólo Lucile y Maples habían logrado escapar.

—¿Cómo se puso Sen Gat en contacto con Maples y con la muchacha? —inquirió el gigante de bronce.

—Lucile y Maples intentalon encontlal alguien que buscala homble peldido en la selva. Hablan Indigo, él dice Sen Gat. ¿Complende?

Doc comprendía. Lucile Copeland debía de tener sus motivos para creer que sus padres estaban vivos aún. Gran parte de aquella historia andaba muy lejos de estar clara; pero habría que esperar a más tarde para aclorarla, porque era mucho más importante averiguar qué había sido de los cinco ayudantes de Doc.

—¿Dónde se llevó Sen Gat a mis cinco ayudantes?

El hombre se negó a contestar. Temía poner a Doc sobre la pista de su jefe.

Doc le dejó para que recapacitara. Salió a la calle y examinó los adoquines con ayuda de la lámpara de bolsillo. Prestó particular atención a la humedad y a la porquería, porque en esto encontraba, huellas que le indicaban lo ocurrido.

Las señales de los neumáticos de los coches que se habían

llevado a sus hombres, podrían no servir de gran cosa; pero se las grabó en la memoria por sí acaso. Luego siguió las huellas hasta la esquina para asegurarse qué dirección habían tomado los vehículos.

El hecho de que siguiera, las huellas explica que se hallara a cierta distancia de la casa cuando desembocaron en la calle dos coches de la policía.

Recordando que una voz de mujer había, telefoneado a la policía acusándole de asesinato, Doc se ocultó en las sombras.

Los automóviles se detuvieron delante de la casa de Sen Gat.

—No ha habido retrasos esta vez —gritó un guardia.

—No; la mujer telefoneó por segunda vez diciendo que pillaríamos a Doc Savage aquí si nos dábamos prisa.

Los policías (esta vez no cabía la menor duda acerca de su autenticidad) entraron en casa de Sen Gat pistola en mano. Sus gritos de excitación anunciaron que habían descubierto al buhonero. Alguien ordenó que lo desatasen.

Doc Savage volvió hacia la esquina procurando no hacer ruido. Probó varias puertas, encontró una abierta y entró.

El edificio aquel hacía tiempo que se destinaba exclusivamente a orientales pobres. Una escalera oscura conducía hacia arriba.

Los dedos de Doc encontraron lugares en que el yeso había caído de los listones. La alfombra estaba, agujereada en algunos puntos y en otros estaba casi desgastada, que necesitaba muy poco para romperse.

Había otro tramo y luego un tercero. Después, una compuerta daba al tejado.

Entre casa y casa mediaba un espacio; pero el hombre de bronce los saltó sin dificultad.

En la calle, unos guardias corrían de un lado a otro con lámparas de bolsillo.

Doc Savage llegó al tejado de la casa, de Sen Gat, después de descubrir una fuerte plancha que hacía de puente entre ella y el edificio vecino.

Evidentemente se trataba de una de las precauciones tomadas por Sen Gat para escapar.

La compuerta del tejado no estaba sujeta. La abrió y bajó. A los pocos momentos oyó al buhonero hablar excitadamente.

—Homble de blonce sale calle —insistia—. Ustedes le cogelán

enseguida.

—¡Ya lo estamos intentando! —exclamó irritado un guardia—. ¿Dice usted que fue Doc Savage quien le ató?

—Sí.

—¿Por qué?

—Siento mucho no sé. Tal vez homble de blonce está mal de la cabeza. Yo no complendo pol qué la hizo.

Doc bajó más. El buhonero era listo y, probablemente, sabría dónde se hallaban los cinco ayudantes suyos.

Doc tenía la intención de llevárselo, en las propias barbas de la policía.

Llegando a una puerta, se asomó. Había dos guardias con el buhonero. Uno de ellos estaba de espaldas a la puerta, a menos de un metro suyo.

EL hombre de bronce dio un salto hacia adelante. Sus manos tocaron su espalda. El empujón que dio al hombre fue terrible. El guardia salió disparado, chocó con su compañero, y rodaron ambos por el suelo.

El buhonero, aulló un instante, antes de que le agarrara Doc. Continuando su avance, Doc describió un círculo y volvió a la puerta por la que habían entrado. Llevaba al buhonero consigo.

Cerró la puerta tras sí y echó el cerrojo. Luego subió la escalera.

El oriental gritó, dio puntapiés y puñetazos. Doc le apretó un poco más y el hombre dejó de forcejear, paralizado en parte por la enorme fuerza de aquellos brazos de bronce. Ya no pudo hacer más que soltar gemidos.

Negra niebla envolvió a Doc al salir al tejado. Intentó volver por el camino que había venido; pero no llegó muy lejos.

Algunos de los guardias habían sido lo bastante previsores para subir al tejado. Probablemente habrían seguido la misma ruta que Doc.

Los ruidos que estaba haciendo el oriental llamaron su atención.

Encendieron sus lámparas de bolsillo, iluminando al hombre de bronce.

Sonó un disparo… otro… Ambas balas silbaron muy lejos de su blanco.

Evidentemente las habían disparado como aviso.

Doc se dejó caer boca abajo sobre el tejado. Con una mano

intentó cerrar la compuerta.

EL oriental se aprovechó de su preocupación. Retorciéndose, logró darle a Doc un puntapié en pleno rostro. Así logró quedar en libertad.

Con frenético apresuramiento, el buhonero cruzó el tejado.

Doc hubiera podido volverle a coger sin dificultad, de no haber sido por una cosa. Uno de los guardias se subió a una chimenea y, desde aquel sitio, logró descubrir al hombre de bronce, con ayuda de su lámpara de bolsillo.

Apuntó y disparó. El proyectil agujereó la tela e hizo una ranura a todo lo largo del hombro de Doc.

Éste dejó escapar al oriental y buscó dónde esconderse. No le quedaba otra solución. Aquellos guardias sabían disparar.

El oriental decidió ser aventurado Mientras corría, vió el espacio que mediaba entre los edificios y debió de creerlo más estrecho de lo que era en realidad. Intentó franquearlo de un salto.

Sus pies apenas tocaron el tejado vecino. No fue suficiente su impulso para alcanzarlo del todo. Giraron sus brazos. Se dobló, intentando agarrarse al alero; pero fracasó. Cayó por el hueco, de cabeza.

Gritó durante todo el rato que duró su caída y su grito cesó al oírse un ruido como el que hubiera podido hacer al tocar el suelo un paquete que contuviera una botella llena de líquido.

Doc Savage permaneció completamente inmóvil. La pared tras la cual se había cobijado, no tendría más que unos treinta centímetros de altura y ocupaba todo el largo de la casa; era una prolongación de las paredes.

Los guardias que se hallaban en el otro tejado no avanzaban. No tenían la menor intención de correr riesgos innecesarios, pues suponían que Doc llevaría pistola. En realidad, éste no llevaba arma alguna, ni siquiera una de sus pistolas super ametralladoras.

Llevaba, sin embargo, un chaleco con muchos bolsillos por debajo de la ropa, de forma que apenas se notaba.

Rebuscó en los bolsillos ocultos y de uno de ellos sacó lo que a simple vista, parecía un globo de juguete, de color bronceado.

Cuando lo infló, sin embargo, resultó ser una obra de arte. Era una copia bastante fiel de la cabeza y facciones de Doc.

El quitarse la chaqueta detrás de la minúscula pared resultó un

trabajo bastante complicado. Cuando se la hubo quitado, la ató fuertemente a la parte inferior del globo.

Poco a poco fue apartando chaqueta y globo de la pared. Escuchó atentamente.

—¡Caramba! —exclamó uno de los guardias.

Doc dejó de empujar. ¿Dispararían, a aguardarían la llegada de refuerzos?

Se oyeron murmullos. Pensaban esperar evidentemente, creyendo que el globo era Doc.

Éste se deslizó hacia atrás, sin asomarse.

—¡Está muerto ese hombre! ¡La caída le ha matado!

Este grito, surgido del hueco entre ambos edificios, significaba que el buhonero había quedado eliminado como manantial de información. Era una lástima.

Llegando al borde posterior del tejado Doc Savage se descolgó. Las grietas de entre los ladrillos y los alféizares de las ventanas le proporcionaron medio de introducir los dedos para bajar.

La luz de las lámparas de bolsillo que se veían en la callejuela demostraba que la policía había acordonado el edificio que vigilaba. Evidentemente se había hecho correr la noticia de que el hombre de bronce seguía en el tejado.

—¡Están en camino las bombas de gas lacrimógenos! —gritó alguien.

Doc Savage llegó a la calle, sacó su lámpara de bolsillo, la alzó por encima de la cabeza, y concentró el haz luminoso a la parte de atrás del tejado.

—¡Iluminad la parte de atrás, idiotas! —gritó.

Su voz, imitación casi exacta de la del guardia que había anunciado la muerte del buhonero, engañó a los guardias, haciéndoles creer que su compañero había salido del espacio comprendiendo entre dos casas. Las lámparas se alzaron, iluminando el tejado.

Mientras la atención de la policía concentraba allí, Doc —halló facilísimo salir por entre ellos y perderse en la noche.

CAPÍTULO VIII

EL RELOJ

PICCADILLY House seguía sitiada por periodistas y fotógrafos. Habían acampado delante del hotel.

No se notaba excitación extraordinaria alguna, prueba evidente que los apuros de Doc Savage no habían llegado a su conocimiento. La policía de Londres sabe trabajar sin intervención de los periodistas.

Mezclados con éstos, sin embargo, había varios caballeros bien vestidos y de aspecto determinado que hacían algunas preguntas, pero que no contestaban ninguna.

Un poco antes habían enseñado sus chapas y entrado en el hotel, haciendo un breve registro de las habitaciones y del equipaje de Doc Savage.

Eran detectives de Scotland Yard, que intentaban dar con el paradero de Doc Savage y de sus cinco ayudantes. Estaban vigilando la puerta principal y la de servicio, en espera de que se presentara el hombre de bronce.

Ni la propia gerencia del hotel sabía que la Policía buscaba, a Doc Savage.

Esto estaba de acuerdo con la política seguida por la Policía de tener en cuenta los sentimientos de los demás. Si se le detenía a Doc y éste resultaba inocente, nadie más que la Policía sabría una palabra del asunto.

Nadie vigilaba el lado del hotel que no tenía escalera de escape, pero que sí tenía una hilera de adornos de ladrillo que podía servirle de escalera a una persona que fuera lo bastante ágil.

Por consiguiente, nadie vió al hombre de bronce escalar la pared para llegar a sus habitaciones.

El regreso al hotel hubiera podido parecer un riesgo estúpido, pero se hallaba en uno de los cuartos el laboratorio portátil de Monk.

Dicho laboratorio era notable. De un tamaño poco mayor que una maleta, contenía los ingredientes para numerosas composiciones químicas así como un aparato para efectuar análisis electra espectroscópicos.

Dicho aparato era el orgullo de Monk. Con su ayuda, podía averiguar en unos segundos cuáles eran los ingredientes de cualquier composición química. Esto era lo que buscaba Doc.

Aún tenía los dos palos negros y era su propósito averiguar de qué se componían.

Entró por una ventana, cruzó el cuarto y se asomó a la sala. Dos personas se hallaban sentadas allí, esperándole evidentemente.

Una era Lucile Copeland, la muchacha alta con quien se había encontrado Doc Savage en la niebla. La otra era un hombre increíblemente delgado —el mismo que le había tirado el palo negro en Croydon.

Escuchó Doc unos instantes para asegurarse de que no había nadie más.

Luego entró en la sala.

—¿Aguardaban ustedes algo? —preguntó.

La muchacha soltó una exclamación de sorpresa y se puso en pie. Echó mano a su bolso y sacó una pistola.

—¡Un momento! —dijo el hombre delgado, poniéndose delante de ella—. ¡Éste es Doc Savage!

—¡Oh! —La muchacha bajó la mano—. Entonces me…

—Se equivocó posiblemente —asintió Doc..— Es decir, si se refiere usted a que disparara contra mí entre los arbustos del jardín de su casa.

Cruzó el cuarto y salió a echar una mirada de un lado a otro del pasillo.

Estaba desierto. Volvió a la sala.

—No sé una palabra de nada. —dijo.

—Ésta es Lucile Copeland —dijo el hombre delgado—. Yo me llamo Maples… Rex Maples.

La muchacha empezó a decir:

—Señor Savage, mi padre y mi madre… Necesito su ayuda para

encontrar..

—Aclaremos lo otro primero —le interrumpió Doc con dulzura —. ¿Qué ocurre en su casa?

Maples empezó la explicación.

—Parte de la cuadrilla de Sen Gat, a las órdenes de un tal Indigo, me condujo a casa de la señorita Copeland. Querían apoderarse de su palo negro. Me obligaron a que los introdujese en la casa, como si fueran amigos míos.

Maples se estremeció y se retorció las manos.

—Me tenían aterrorizado —prosiguió;— me amenazaron con quemarme con hierros candentes si me negaba. Me lo habían hecho una vez ya… lo había hecho Indigo… y no podía soportar… Espero… no había otra cosa…

El hombre hablaba sin coherencia. Parecía haber sufrido horriblemente en el pasado y casi había llegado al límite de su resistencia.

Doc miró a Lucile Copeland. Las fotografías de los periódicos no le habían hecho justicia. Tenía esa belleza que las máquinas fotográficas son incapaces de captar, una atracción nacida de la finura de su cutis y de la fuerza de sus facciones.

—¿Por qué no lo cuenta, usted? —insinuó.

—Creí que eran amigos del señor Maples cuando llegaron —explicó la muchacha—. Les di el palo negro. Entonces se pusieron a pelear entre sí. Dos de ellos intentaron apoderarse del palo.

—Dos de los secuaces de Sen Gat habían decidido traicionar a su jefe —murmuró Maples.

La muchacha movió, afirmativamente, la cabeza y dijo:

—Hubo lucha. El hombre de la barba azul —negra, Indigo, mató a los dos, pero no antes de que ésos hubieran matado a otro.

—Eso explica el que hubiera tres muertos en su casa —dijo Doc.

—Sí; hubo la mar de jaleo durante la lucha. Maples y yo logramos escapar. Salimos por la puerta de atrás y tomamos distintas direcciones. Entonces me encontré con usted, no le reconocí, y le hice entrar en la casa mediante una estratagema. Luego huí. Maples y yo habíamos acordado reunirnos aquí, en su hotel. Así lo hicimos…

—Y hemos estado aguardándole —agregó Maples.

Doc reflexionó. El relato era, la mar de complicado; pero la

forma en que se lo habían contado parecía indicar que era verdad.

—Así, pues, ¿Sen Gat tiene el tercer palo negro? —inquirió.

—No; lo cogí durante la pelea y me lo llevé.

La muchacha metió la mano en el bolso y sacó un paquetito envuelto en papel impermeable.

Sonó el timbre del teléfono.

Doc Savage se acercó, rápidamente, al instrumento, descolgó el auricular, y murmuró:

—¿Diga?

—Sen Gat al habla —le contestaron.

—Diga. —La voz de Doc no varió.

—Tengo palabras de sabiduría…

—¡Y yo también! Voy a darle un consejo.

—No necesito consejos. Pero tal vez los agradecería la Policía londinense. Por ejemplo, si se le advirtiera que se encuentra, usted en su hotel…

—Mi consejo —prosiguió Doc—, es que ponga usted en libertad a mis cinco ayudantes.

—Quería discutir ese punto precisamente.

Doc no respondió inmediatamente. El teléfono era muy sensitivo y se estaba oyendo, en aquel instante, una nota, muy débil, como de un batintín, repetida a intervalos regulares.

—Diga —repitió Doc.

—Espero que podremos llegar a un acuerdo —dijo Sen Gat.

Doc hizo otra pausa. Estaba contando las notas que se oían.

—¿Qué acuerdo?

—Le entregaré sus cinco hombres a cambio de tres palos negros.

El singular sonido cesó.

—¿Cómo se efectuaría el intercambio?

—¿Acepta?

—Los pensaré.

Sen Gat soltó una maldición.

—¡Imbécil! ¡Tiene todo en contra suyo! Sus cinco hombres se hallan impotentes en mis manos y la Policía anda buscándole a usted por asesinato.

—Eso último fue una jugada bonita, Sen Gat.

El oriental se echó a reír.

—Sí que lo fue. Llamó a la Policía una mujer: Lucile Copeland.

—Naturalmente —dijo Doc.

EL tono de su voz parecía indicar que consideraba al otro un embustero.

—¡Conque sabe usted que no fue Lucile Copeland! —exclamó Sen Gat—. Así, pues, debe haberla visto. ¿Dónde la vió? ¿Ha visto a Maples?

—Llámeme dentro de dos horas —le repuso Doc.— Le daré una contestación a su ofrecimiento entonces.

Sen Gat volvió a proferir una blasfemia.

—No puede usted luchar conmigo, Doc Savage. Mi habilidad es igual a la suya. ¿Le extraña que fuera una voz de mujer la que llamara a la Policía? ¡Escuche!

Se oyeron unas palabras atipladas, que bien hubieran podido pasar por las de una mujer. Era Sen Gat. Parecía saber cambiar de voz a su antojo. Sen Gat se echó a reír.

Doc Savage cortó la comunicación. No colgó el auricular, sino que se limitó a oprimir el gancho con un dedo; luego lo soltó otra vez y, al responder la Central, pidió comunicación con Scotland Yard.

Recibió respuesta a los pocos segundos. Pidió que le pusieran en comunicación con el hombre que tenía el mando general en aquellos momentos. Luego dijo:

—S X 73182 al habla.

El que se hallaba al otro extremo de la línea pareció sorprenderse. Su «¡Diga!» revelaba, asombro.

—Necesito información —dijo Doc, consultando su reloj—. En algún punto de Londres hay un reloj de campana que está dando la hora con sesenta minutos de retraso. El reloj en cuestión debe ser muy grande y, probablemente, estará colocado en la fachada de algún edificio. Quiero saber dónde está.

—Daremos un aviso general para que se nos proporcione esa información —contestó el funcionario de Scotland Yard—. Dentro de quince o veinte minutos lo sabremos con toda seguridad.

—No lo olvide: se trata de un reloj de campana que va una hora atrasado.

—De acuerdo, ¿Dónde quiere que le llamemos para darle la información que pide?

—Ya llamaré yo.

Doc colgó el auricular. Viendo que Lucile Copeland y Maples le miraban con asombro, el hombre de bronce explicó:

—Hace algunos años, hice algo que fue de gran utilidad para el Servicio Secreto inglés o Servicio de Espionaje, si prefieren llamarlo así. Como consecuencia, me hicieron miembro honorario, cosa bastante fuera de lo corriente tratándose de un norteamericano El número que di por teléfono era mi número de identidad.

—¡Pero Scotland Yard puede buscar el número ése y enterarse de que es usted quien ha llamado! —exclamó Lucile Copeland.

Doc movió la cabeza negativamente.

—No; los nombres están guardados en ficheros secretos, que sólo unos cuantos altos funcionarios pueden consultar.

—No comprendo eso del reloj —observó Maples.

Doc, fingiendo no oír estas palabras, miró a sus visitantes y les preguntó:

—Los tres palos negros son llaves, ¿no?

Lucile afirmó con la cabeza.

—Sí; en la selva indochina, según la leyenda, hay una población en la que vive un hombre que tiene mil cabezas.

—Ya he oído hablar de eso. Su padre encontró la ciudad, perdió su piloto y su mecánico, logró escapar él y volvió. Lo que deseo saber es lo siguiente: ¿por qué quería volver?

—Dijo que creía que piloto y mecánico se hallaban vivos aún.

—¿Era ése su único motivo?

Lucile Copeland vaciló y dijo:

—Mi padre decía que ese era el único motivo. Pero yo creo que existía otra... atracción. Era algo tremendo, señor Savage. Le producía un efecto singular a papá. Hablaba... no pensaba más que en llegar al Hombre de las Mil Cabezas.

—Sen Gat debe saber qué es, exactamente, lo que encierra la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas —dijo Doc, pensativo—. De lo contrario, no tendría tantos deseos de apoderarse de las llaves.

Se acercó a la ventana y vió que los periodistas y los detectives de Scotland Yard seguían a la puerta. Consultando su reloj, vió que sólo había transcurrido parte del cuarto de hora señalado.

No le costaría trabajo alguno a Scotland Yard averiguar lo que le había pedido; sólo era cuestión de interrogar a los policías. Un reloj que diese mal las horas tenía que haber llamado la atención.

—¿Cómo obró su padre después de volver de la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas? —inquirió.

Lucile retorció sus manos con nerviosidad.

—Tenía fiebre. A veces le cogían paroxismos y la cabeza... bueno, que no estaba muy bien de la cabeza. No quería hablar. Por ejemplo, no quiso decirnos lo que había dentro del saquito que trajo de la Indochina.

—¿Saquito?

—Sí. No sé lo que contenía. Lo que sí sé es que hizo experimentos con su contenido, encerrándose en casa, aquí en Londres. Pero trabajó en secreto.

—¿Cuándo entraron los tres palos negros en el asunto por primera vez?

—Algún tiempo después, cuando nos encontrábamos en Indochina.. El señor Maples y algunos indígenas fueron contratados para formar parte de la expedición.

—¿Por qué no usaron aeroplanos?

—Porque, francamente, no teníamos el dinero necesario.

—Comprendo.

—Omitiré los detalles del viaje por la selva. Fue largo y duro. Conocí cuándo nos aproximábamos a nuestro objetivo por el proceder de mi padre. Empezó a excitarse. Luego, una noche, distribuyó los palos negros: uno a cada uno.

—¿Explicó lo que eran?

—Entonces no. Sólo dijo que eran llaves con las que podía pasar uno a presencia del Hombre de las Mil Cabezas sin morir. Dijo que nos enseñaría a usarlos en cuanto amaneciese.

—Una de las llaves debe bastar —dijo Doc.

—¡Es verdad! —exclamó Maples—. Sen Gat anda equivocado. ¡Creía que las tres eran necesarias!

—Concluya, su relato —ordenó Doc.

—Ahora viene la parte peor —dijo la muchacha, entrelazando las manos—. Papá dijo que explicaría cómo se usaban las llaves al día siguiente. Pero, aquella noche, ocurrió algo.

—¿Qué quiere decir, con eso?

—Oímos un ruido extraño y sibilante, y como rumor de hojas. Papá despertó a todo el mundo Empezó a gritar algo acerca, de los palos negros; luego... me puse bruscamente enferma. Empezó a

darme vueltas la cabeza.. No me era posible coordinar las ideas. Recuerdo que eché a correr. Luego hubo un largo período del que nada, recuerdo.

Maples movió afirmativamente la cabeza, con vehemencia y dijo:

—Eso es, exactamente, lo que me ocurrió a mí.

—No sé cuánto tiempo andaría errante por ahí —prosiguió la muchacha, estremeciéndose—. Cuando recobré el conocimiento, me encontré con Maples y con otro hombre. Ambos habían sufrido, mucho más que yo, los efectos.

—Los efectos... ¿de qué?

—De lo que fuera aquello, que se presentó en la noche.

—¿No tiene idea de lo que era?

—Ni la menor idea.

—¡Es singular!

—Y horrible. Cuidé a Maples lo mejor que pude. Intenté salvar al otro hombre; pero... murió.

—Así quedan explicados los tres palos —observó Maples—. La señorita Copeland llevaba uno, yo el otro y el pobre hombre que murió, el tercero. Nos llevamos el suyo.

—Intentarnos encontrar a mi padre y a los otros —continuó diciendo Lucile;— pero no pudimos. Tampoco pudimos dar con el Hombre de las Mil Cabezas ni con su ciudad. Con el tiempo, logramos llegar a la costa. Intentamos contar lo ocurrido; pero nos tomaron por locos Procuramos conseguir que se interesara alguien y mandara una expedición, pero fracasamos.

—Conque volvimos a Inglaterra —dijo Maples.

—Y procuramos encontrar aquí quien quiera preparar una expedición —afirmó Lucile.

—Y así fue como conocí a Indigo —dijo Maples, sombrío—. ¡Es un verdadero demonio! Le pregunté si sabía de alguien que pudiera interesarse en el asunto. Me siguió la corriente, me sonsacó un poco y luego me hizo prisionero. Me atormentó con hierros candentes, ¡Fue horrible!

—¿Le obligó Indigo a entregarle uno de los palos negros? —inquirió Doc.

—Sí; y debió dárselo a Sen Gat. Indigo pertenece a su cuadrilla, naturalmente.

—Desde entonces Sen Gat había estado intentando conseguir los otros palos, ¿no es eso?

—Justo —asintió la muchacha.

—Cuando supimos que iba usted a llegar a Londres, señor Savage, tuvimos una gran alegría —declaró Maples—. Fui al aeródromo a encontrarme con usted. Los hombres de Sen Gat debieron seguirme la pista. Lo demás ya lo sabe usted.

Doc Savage se colocó los tres palos, uno al lado del otro, en la palma de la mano, y los miró.

—¡Singular relato! —murmuró, pensativo.

¿Usted cree que sus padres y los demás están vivos aún, señorita Copeland?

—Lo... lo espero. No tenemos... pruebas. Mi esperanza se basa en el hecho de que mi padre creía que el mecánico y el piloto estaban vivos aún.

—Y... ¿no tiene usted la menor idea de lo que contiene la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas?

—No.

Doc le entregó los tres palos.

—Guárdelos.

—Pero yo...

—Estarán más seguros en sus manos —le aseguró Doc—. Yo voy a luchar con Sen Gat. Siempre cabe la posibilidad de que él me haga prisionero y me quite los palos.

A continuación, se acercó al teléfono y llamó a Scotland Yard.

—S X 73182 al habla —dijo.

—Hemos conseguido la información que usted necesitaba —le contestaron—. Que hayamos podido averiguar, sólo hay un reloj que esté dando la hora con sesenta minutos de retraso.. reloj de calle, naturalmente.

—¿Dónde está?

—En el número 13 de Old Crossing Lane.

—Gracias —dijo Doc.

Y colgó el auricular.

—Quédense ustedes dos aquí —les dijo a Lucile y a Maples—. Si viene la Policía, no digan una palabra. Limítense a declarar que son conocidos míos y que me están aguardando.

Ambos afirmaron con la cabeza.

Doc Savage entró en la alcoba, se asomó a la ventana y, después de escudriñar cuidadosamente los alrededores, descendió por la pared.

La niebla, que era más negra que nunca y la noche, cuya oscuridad parecía haberse acentuado, le ocultaron mucho antes de que llegara a la calle.

CAPÍTULO IX

EL MONK FALSO

LUCILE Copeland y Rex Maples se arrellanaron cómodamente en sus asientos y se dispusieron a esperar. Como medida de precaución, sacaron las sillas al pasillo. La muchacha conservó el bolso abierto sobre su falda, para poder sacar la pistola aprisa de ser ello necesario.

Allá en la calle, el ruido del tráfico sonaba con menos volumen.

La silla de Maples chirrió al moverse el hombre y decir:

—¿Sabe usted, señorita Copeland, que Savage se olvidó de decirnos si pensaba ayudarnos o no?

La muchacha no pareció preocuparse.

—Nos está ayudando ya —observó—. ¿No es esa suficiente contestación?

Tocó los tres palos negros, pensativa.

—Ojalá supiéramos qué son estos palos en realidad.

Maples se miró los huesudos dedos.

—Esa ciudad del Hombre de las Mil Cabezas... ¿Qué es lo que habrá ahí dentro en realidad?

—Muerte extraña que atraviesa la selva.... —Lucile metió, nerviosa, los palos en el bolso:— Mis padres estarán allí también, o así lo espero por lo menos.

—Y algo más que ellos... Algo que quería su padre. ¿Qué?.

—¡Chitón! —murmuró la joven.

Unos pasos subían la escalera. Eran pasos pesados y rápidos.

La muchacha metió una mano en el bolso y tocó la pistola. Un hombre apareció en el pasillo. Era bajo, pero de espaldas extraordinariamente anchas.

Su frente era estrecha. Enormes manos le colgaban más abajo de

la rodilla.

El recién llegado sonrió expansivamente.

—¿Dónde está Doc? —preguntó.

Llevaba un cerdo debajo del brazo. El cerdo era Habeas Corpus e iba sujeto por el cuello con una delgada cadena.

—¿Quién es usted? —preguntó Maples a su vez, con desconfianza.

—Monk, naturalmente. ¿No recuerda haberme visto en el aeródromo?

Lucile y Maples se miraron.

—Usted vió a Doc Savage y a sus ayudantes en el campo de aviación —dijo la muchacha—. ¿Es éste Monk?

Maples le miró. La luz no había sido muy buena en el aeródromo; pero las proporciones del hombre se destacaban bastante.

—Parece Monk —decidió.

El otro sonrió.

—Claro que soy Monk.

Lucile Copeland exclamó, bruscamente:

—Yo creí que estaba usted prisionero, en manos de Sen Gat, junto con sus cuatro compañeros.

—Nos escapamos —rió Monk—. Oiga, ¿dónde está Doc?

—Fue a salvarles a ustedes.

—¿Sí? Y... ¿dónde fue?

Lucile y Maples volvieron a mirarse.

—Se abstuvo de decírnoslo —contestó Maples.

En aquel preciso instante sonó el teléfono.

El hombre entró en el cuarto y descolgó el auricular.

—¡Hola, Doc! —dijo, en voz bastante alta—. ¿Dónde estás?

Escuchó unos instantes, con el auricular fuertemente pegado a la oreja.

—¡Magnífico, Doc! —exclamó—. ¡Conque encontraste a Renny y a los otros tres...! ¿Qué he de hacer yo ahora?. ¿Quieres repetirlo?

Volvió a escuchar.

—He de coger a Lucile y a Maples y largarme en un aeroplano, ¿eh? —dijo, como si repitiera las instrucciones que le estaban dando —. Hemos de volver a Indochina, a la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas, ¿No vas tú a acompañarnos?

—Ya —murmuró, después de haber escuchado un buen rato—. Nos seguirás en otro aparato, procurando que no se te vea. Eso es para evitar que Sen Gat se meta con nosotros, ¿eh? Buena idea.

Escuchó un rato más.

—De acuerdo —dijo, por fin—. Marcharemos inmediatamente.

Colgando el auricular, se volvió hacia la señorita Copeland y su compañero:

—Doc quiere que marchemos los tres en aeroplano a la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas. Va a seguirnos y vigilar por el camino.

—Así, pues, ¿vamos a partir enseguida? —inquirió Lucile.

—Inmediatamente.

El hombre había dejado al cerdo en el suelo. Éste intentó, inmediatamente, morder a su dueño; pero la cadenita se lo impidió.

—¡Déjate de bromas, Habeas! ¡Guárdate eso para Sen Gat!

El trío se dispuso a marchar del hotel. El hombre dirigió una mirada a las cajas que constituían el equipaje de Doc Savage.

—Más vale que nos dejemos esto —decidió—. La Policía está a la puerta. Tal vez no nos dejara salir con él.

—¿Qué piensa hacer Doc Savage de lo de la Policía? —inquirió Lucile con ansiedad.

—No se preocupe usted de eso, señorita. Doc lo arreglará todo. Lo que nos interesa ahora es llegar al aeródromo. Doc se ha encargado de que nos espere un aeroplano.

Abandonaron el hotel.

Un taxi les condujo de través de la ciudad. Pasaron por delante de la casa de Lucile; pero viendo policías por los alrededores, no entraron ni se apearon siquiera.

—Pero... ¿qué haremos sin ropa y demás cosas necesarias? —preguntó Lucile.

—Tendremos que recogerlas por el camino. Doc va a cargar equipaje en el aparato.

Dirigieron el taxi a un aeródromo. No a Croydon, sino a uno más pequeño y apartado. No había mucho tráfico debido a lo avanzado de la noche y no tardaron en llegar a su destino.

—¿No vamos a ver a Doc Savage antes de marcharnos? —inquirió Lucile.

—No. Doc cree que a lo mejor le estará vigilando Sen Gat y, si

nos reunimos, Sen Gat se pondría sobre nuestra pista.

Un aparato les esperaba, un aparato todo de metal, con alas bajas y tres motores. Parecía completamente nuevo. En la parte posterior del camarote había rifles, cajas de municiones y ropa tropical.

Lucile quedó encantada al encontrar botas, pantalones de montar, blusas y un kepis que eran casi de su medida.

—Doc piensa en todo —observó el hombre de aspecto de gorila —. Pongámonos en marcha.

Tomaron asiento en el aparato.

—¿Tiene usted los tres palos negros? —preguntó el hombre.

Lucile vaciló, luego afirmó con la cabeza.

—Sí —dijo.

—Bien. ¡En marcha, pues!

El aparato corrió por el campo y despegó.

CAPíTULO X

EL HABLADOR

DOC Savage estaba explorando en la vecindad del número 13 de Old Crossing Lane. Era ésta una calle de casas de comercio decadentes y grandes almacenes que, durante el día, parecían colmenas de actividad, pero que a aquellas horas estaban completamente desiertas.

En cuanto al número trece, resultó ser la tienda de un relojero. En la fachada había un reloj como anuncio. Las manecillas del mismo señalaban la hora exacta; pero, por lo visto, el mecanismo que hacía sonar las campanadas no funcionaba bien.

El reloj daba una hora menos de lo que marcaba. Mientras Sen Gat le telefoneaba a Doc Savage, había dada la hora un reloj y el hombre de bronce, después de contar las campanadas, había solicitado la ayuda de Scotland Yard.

Estaba bastante seguro de que Sen Gat telefonearía desde aquella vecindad; pero existía la posibilidad, naturalmente, de que no hubiera hecho más que detenerse allí para hacer la llamada, y que luego se hubiera marchado.

Procuró no ser visto mientras escudriñaba las ventanas cercanas, buscando una que estuviese abierta. En la lejanía, Big Ben, el reloj del Parlamento, dio la hora, reverberando las profundas campanadas por toda la ciudad.

Un instante después, el reloj de la tienda empezó a sonar. Dio una campanada menos de lo que correspondía.

La mayoría de las ventanas de los alrededores, todas ellas, cubiertas de mugre, estaban cerradas.

Pero de trecho en trecho, había alguna entreabierta y fueron éstas las que con más atención escudriñó. Sólo se veía luz en una de

ellas.

Se acercó a la puerta de la casa, escuchó atentamente unos instantes y quedó convencido, por los leves sonidos que oyó, que había un hombre al otro lado, de centinela.

Llamó a la puerta. No obtuvo contestación.

Doc Savage hablaba numerosos idiomas con la facilidad de un natural del país. Hizo uso de la lengua malaya.

—¡Un mensaje, perro! —dijo, en voz baja—. ¡Abre!

Hubo una larga pausa. Luego sonó una voz al otro lado de la puerta.

—Un mensaje… ¿para quién?

—Para Sen Gat.

—Sen Gat no está aquí.

—¡Abre la puerta, hijo de gusano! Se me dijo que viniera aquí.

El hecho de que Doc hablara perfectamente el malayo fue lo que más contribuyó a disipar la desconfianza del guardián.

Se abrió la puerta. El centinela tenía una pistola en la mano; pero no tuvo la menor ocasión de usarla.

Una silenciosa tempestad de bronce pareció colarse por la abertura. Fue asida la pistola; un pulgar que parecía de hierro impidió que cayera el gatillo y le fue arrancada al arma de la mano.

Los dedos de Doc hallaron la garganta del guardián y ejercieron presión.

El hombre era delgado y de facciones salientes. Cayó sin ruido. Doc, con sus extensos conocimientos de anatomía humana, había encontrado y oprimido ciertos centros nerviosos, haciéndole perder, rápidamente, el conocimiento.

Subió la escalera.

Los escalones de madera estaban desprovistos de alfombra, linóleo o estera.

Chirriaron a pesar de cuantas precauciones tomó Doc. Llevaba la pistola del guardián en la mano, cogida por el cañón.

Se abrió una puerta en el descansillo y asomó una cabeza. Era la de Indigo.

—Eh, amigo —dijo—, ¿qué significar ruido?

Doc tiró la pistola Le alcanzó a Indigo en la mandíbula. El golpe le hizo caer hacia atrás, dentro del cuarto.

Doc subió a toda velocidad el resto del tramo. AL llegar al

descansillo, se metió en el cuarto. Había dos orientales allí.

También estaban sus cinco ayudantes, atados de pies y manos y amordazados.

Uno de los orientales alzó una pistola y apuntó. Monk y Ham, haciendo un movimiento simultáneo, le dieron un puntapié en las espinillas.

El hombre se tambaleó, no disparó, ni intentó apuntar de nuevo. Un instante después se desmoronó bajo el impacto del puño de Doc.

El hombre de bronce se movió con sorprendente velocidad. Se abalanzó hacía el segundo oriental. Éste tenía en la mano un kris malayo.

El kris se tiró a fondo, hendió perpendicularmente el aire e hizo molinetes.

Pero sólo topó con el aire. El hombre empezó a soltar maldiciones en su lengua, asombrado de la manera en que el gigante de bronce esquivaba sus golpes.

Doc, acercándose más a él, dejó que el arma le pasara por encima del hombro. Asió al hombre por los tobillos y tiró, haciéndole caer pesadamente al suelo.

Echó el kris a un lado, asió la muñeca y la retorció. El kris salió disparado de un extremo a otro de la habitación. Un golpe bastó para dejar sin conocimiento al hombre.

Cogiendo el kris, Doc cortó las ligaduras de sus hombres.

Monk fue el primero en ser desatado. Se levantó, agitando los brazos y dando golpes en el suelo con los pies para restablecer la circulación. Los demás siguieron su ejemplo..

Doc, miró hacia la abierta ventana. Había un teléfono junto a ella y al otro lado de la calle, se veía el reloj. Descolgó el auricular, llamó al Piccadilly House, y pidió que le pusieran en comunicación con sus habitaciones.

El telefonista llamó varias veces y luego dijo: —No contestan.

—Es raro —murmuró Doc Savage, pensativo—. Lucile Copeland y Maples habían de aguardarme allí.

—¡Sen Gat! —gruñó Monk.

—¿Qué pasa con él?

—Si quieres que te dé mi opinión, algo se llevaba entre manos cuando salió de aquí.

—¿Cuánto tiempo tardó en marcharse después de haberme

telefoneado?

—Se marchó enseguida.

Doc bajó a la puerta, cogió al guardián, lo subió, le echó al lado del que había manejado el kris y luego agregó el cuerpo de Indigo al grupo.

Sonó el teléfono.

Se acercó al instrumento, descolgó el auricular, reflexionó unos instantes y luego habló usando una voz que resultaba una buena imitación de la de Indigo.

—¿Sí…?

—El acuerdo no es necesario ya —dijo la voz de Sen Gat—. ¿Comprendes lo que eso quiere decir?

—Tal vez. Usted dice cinco amigos Doc Savage no necesitar ya. ¿No?

—Precisamente. Quítalos del paso. Una puñalada primero; luego el Támesis. ¿Comprendes?

Doc empleó su voz normal para contestar.

—Quiere usted que sean asesinados los cinco, ¿eh?

Hubo un silencio de estupor. Luego Sen Gat susurró: —¡Doc Savage!

Se cortó la comunicación. Probablemente Sen Gat habría recibido muchas sorpresas en su vida; pero era muy posible que aquella fuese la más grande de todas.

Dejando el aparato, Doc se volvió hacia sus cinco ayudantes.

—Sen Gat acaba de ordenar que se os quite la vida —dijo.

Renny abrió y cerró sus enormes manos.

—Eso significa que ha hecho algo gordo.

Doc afirmó, lentamente, con la cabeza.

—Me gustaría saber qué ha hecho —murmuró.

—Se largó con mi cerdo Habeas Corpus —gruñó Monk—. Tal vez tenga eso algo qué ver con el asunto.

Long Tom, el mago de la electricidad, señaló en dirección a Indigo.

—¿Y si les hiciéramos hablar a éstos?

—Es buena idea —asintió Doc.

Por medio de un hábil masaje, hizo que Indigo volviera en sí. La pistola le había aflojado unos cuantos dientes. Sentía un dolor bastante grande.

Con los enormes puños preparados, Renny se dejó caer de rodillas al lado del hombre.

—¿Y si le diéramos una buena paliza, Doc?

Indigo miró los puños aquellos y dio muestras de terror.

—¡Dejarme libertad! —exclamó.

—¡Claro! —contestó Monk, burlón;— en eso estábamos pensando precisamente.

Hacía tiempo que descubriera Doc la importancia de hacer hablar a la gente y, en consecuencia, había aprendido numerosos medios para conseguirlo, empleando suero de la verdad, hipnotismo y otros sistemas.

Sabía mucho de la psicología del miedo y cómo podía aplicarse al cerebro de un hombre para hacerle hablar.

Se puso a trabajar en las articulaciones y centros nerviosos de Indigo, produciéndole dolores terribles pero inofensivos. Los otros presenciaban la operación hablando y dando a entender en su conversación que Indigo tenía muy pocas probabilidades de salir con vida de todo aquello.

Por su propia naturaleza, la mentalidad humana es flexible y capaz de adaptarse a circunstancias variantes; de forma que no tardó mucho Indigo en adquirir la convicción de que, en efecto, se hallaba muy cerca de la muerte.

El terror se apoderó de él. Empezó a buscar el medio de salvarse y no tardó en soltársele la lengua.

—¿Qué querer saber? —gimió—. Tal vez yo habla si no mata.

—¿Qué es lo que Sen Gat se trae entre manos? —inquirió Doc.

—Sen Gat manda Lucile y Maples barco volante Indochina.

—¡Doc! —explotó Renny—. ¡Ha mandado a Lucile Copeland y a Maples a Indochina en aeroplano! ¿Cómo lo consiguió?

—Hombre guardia falso lleva cerdo. ÉL dice es Monk.

—¡Rayos! —rugió Monk—. ¡Uno de los hombres de Sen Gat se está haciendo pasar por mí! ¡Por eso se llevaron a Habeas Corpus!

Poco a poco, a fuerza de preguntas, fueron sacándole toda la historia a Indigo. El plan de Sen Gat era muy sencillo; pero muy eficaz si salía bien.

Lucile y Maples, con toda la inconsciencia del mundo, guiarían a los hombres de Sen Gat a la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas.

Doc Savage encargó a sus ayudantes que se pusieran al habla

por teléfono con todos los aeródromos de Londres. A cada uno de ellos se preguntó si habían salido en aeroplano un hombre de aspecto siniestro y dos personas cuya descripción concordara con la de Lucile y la de Maples.

A los pocos minutos supieron que había despegado un trimotor con los personajes en cuestión. Fue Monk quien hizo el descubrimiento e inquirió, a renglón seguido, la velocidad del aparato.

—¡Rayos! —gimió, colgando el auricular—. ¡Su aparato es la mar de veloz!

—¿Cuánto?

—¡Puede volar a más de doscientas millas por hora!

Doc guardó silencio unos instantes.

—Así, pues —dijo, por fin,— resulta que tiene tanta velocidad como el nuestro. Trabajo nos va a costar darle alcance.

El hombre de bronce le hizo unas cuantas preguntas más a Indigo.

—Mataste tú a esos tres hombres en casa de Lucile Copeland, ¿verdad?

Indigo, como es natural, lo negó.

—¡No, no! ¡Usted equivoca!

—Entonces, ¿quién los mató? El asesinato se cometió con tu kris.

Indigo pensó desesperadamente y, con la sana intención de sacudirse las pulgas, señaló a su compañero.

—Este hombre, él coge mi kris y mata.

—¡Mentila muy glande! —aulló el oriental.

Los prisioneros se pusieron a acusarse mutuamente.

Cuando Doc Savage les entregó a la Policía, aún estaban discutiendo. Ello bastaba para demostrar la inocencia de Doc.

Sin embargo, se vió obligado a celebrar una conferencia que duró varias horas con la Policía para que las cosas quedaran explicadas satisfactoriamente.

La Policía de Londres tendió una red para pillar a Sen Gat; pero Doc Savage tenía muy poca esperanza de que le cogieran, pues lo más natural era que el hombre tomase sus precauciones en vista de que algunos de sus planes habían sufrido tan ruidoso fracaso.

En efecto, la Policía no halló ni rastro de Sen Gat. En algunos sentidos, el barrio oriental de la ciudad era como una máscara

inescrutable.

Sen Gat se ocultó tras ella y no se le pudo encontrar.

Doc Savage y sus hombres se trasladaron, inmediatamente, al aeródromo de Croydon, donde habían dejado su aparato. Cargaron el equipaje, se cuidaron de combustible y lubricante, y despegaron con rumbo a la Indochina.

CAPÍTULO XI

EL REINO DE LA AMENAZA

EMPRENDIERON el vuelo poco antes del mediodía en un aeroplano que podía mantener una velocidad de doscientas millas por hora. Cruzaron el Canal de la Mancha, pasaron por la punta de Holanda, Alemania y Polonia y se hallaban por encima de Rusia cuando cayó la noche.

EL aparato de Doc Savage llevaba radio y se mantuvo en comunicación con las estaciones de tierra; por regla general con las que se hallaban muy por delante aún. Su propósito era dar con el paradero del falso Monk y de sus dos compañeros, si era posible, y hacerles detener.

Durante varias horas, no recibieron noticia alguna, de los que seguían.

—¿Crees tú que Indigo nos engañó? —dijo Renny.

—No es fácil. Sea como fuere, el hecho es que despegó, efectivamente, en aeroplano en el que viajaban Lucile Copeland, Maples y un hombre que se parecía a Monk. Los empleados del aeródromo nos lo dijeron.

—¡Maldita sea la estampa de ese individuo! —gruñó Monk—. ¡Dios quiera que esté cuidando como es debido a Habeas Corpus!

Aterrizaron a primera hora de la noche en una ciudad del Sur de Rusia, donde adquirieron gasolina. A fin de ganar tiempo, Doc había pedido por radio que se la tuvieran preparada.

EL comisario de la localidad les aguardaba con cierta información. Sabía hablar perfectamente el inglés.

—Tres aeroplanos aterrizaron en una población al Oeste de ésta hace unas tres horas —explicó—. Como saben, no está permitido que aparatos extranjeros vuelen sobre territorio ruso sin permiso.

Doc movió, afirmativamente, la cabeza. Él tenía un permiso que había solicitado en Moscú por telégrafo antes de que saliera de Londres.

—Esos tres aeroplanos querían gasolina y se negaron a enseñar su permiso —prosiguió el comisario—. Hubo una pelea en la que dos oficiales de aquí recibieron un tiro. Luego los tres aparatos cargaron gasolina y continuaron su viaje.

—¿Puede usted describirme a los ocupantes?

—Sí; recibí la información por telégrafo.

El comisario describió a varios orientales y europeos que se parecían, vagamente, a los componentes de la cuadrilla de Sen Gat. Luego acabó diciendo:

—El jefe de todos, llamaba la atención por una cosa. Llevaba una especie de dedales de oro en los dedos... seguramente para protegerse las uñas.

—¡Sen Gat! —exclamó Monk, que había estado escuchando.

Evidentemente, Sen Gat había conseguido aeroplanos y emprendido el vuelo antes que ellos, siguiendo a su secuaz, el hombre que se parecía a Monk.

Doc reanudó el vuelo inmediatamente. Voló muy alto para pasar por encima de las montañas y procuró ir casi a toda velocidad.

Renny examinaba los mapas. En el camarote no reinaba silencio ni mucho menos. A tan gran velocidad, se veían obligados a gritar para poderse oír.

—Doc, ¿tienes tú idea de dónde puede estar la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas? —bramó Renny.

—Sólo conozco la leyenda.

—¿Sirve eso, de algo?

—Apenas. Si sirviera, la Ciudad en cuestión hubiera sido hallada hace muchos años.

—¿Crees que existe semejante ciudad?

Doc tardó en contestar.

—Sólo sabemos lo que nos ha dicho Lucile Copeland.

El aparato voló sobre un trozo de Abisinia durante la noche y siguió por encima de las selvas de la India. AL amanecer, se hallaban a gran elevación, volando por entre nubes que parecían de algodón.

Con ayuda de prismáticos pudieron ver poblados hindúes bajo

ellos, junto con sus artísticos templos. Hacía calor. Los indígenas más pobres apenas llevaban ropa, mientras que los más prósperos iban envueltos en voluminosos vestidos. Todos llevaban turbantes.

Doc Savage contempló la esfera que marcaba, el contenido del depósito de gasolina con inquietud. La aguja iba bajando.

Empleó el aparato de radio, poniéndose en contacto con Delhi, Calcuta y otras estaciones más cercanas del Ejército. Sólo había una población en que pudiera adquirirse gasolina. Doc aterrizó en ella.

Mientras tomaban la, gasolina, hicieron un descubrimiento. Otros aeroplanos habían estado allí antes que el suyo.

El primero, que iba sólo, había aterrizado siete horas antes. Lo ocupaban una muchacha alta, un hombre que era casi todo huesos y pellejo y otro que parecía un gorila.

—Estamos sobre la pista —observó Long Tom, sombrío.

Unas horas después del primer aparato, habían aterrizado otros tres. Por segunda vez las uñas de Sen Gat sirvieron para identificarle. Todos los aeroplanos habían tomado gasolina.

Ham acarició su bastón estoque —había logrado encontrarlo en la casa de Sen Gat, en Londres. Luego dijo:

—Estamos ganando algo de terreno, aunque poco.

La gasolina de aviación se conservaba en aquel poblado en un depósito de metal, montado sobre soportes al lado del campo de aterrizaje.

Doc se quedó con toda la que había, y aún faltaban varios litros para que quedase lleno el depósito del aparato; pero la cantidad era suficiente para que pudieran llegar a la siguiente parada.

Despegaron, volando sobre la selva.

—Es concebible que demos alcance a Sen Gat antes de que llegue a su destino —murmuró Johnny, limpiando, pensativamente, su lupa— monóculo.

Monk empezó a decir: «Sí...» y calló de pronto.

Los tres motores habían empezado a soltar explosiones y a fallar. Luego se pararon uno detrás de otro.

—¡Es esa gasolina nueva! —gritó Monk—. ¡Maldito sea Sen Gat! ¡Debe de haberle echado algo dentro!

Renny abrió una ventanilla y miró hacia la selva.

—¡Cielos! —exclamó.

Desde aquella altura, el terreno que había debajo de ellos

parecía una esponja verde gigantesca. A mucha distancia a la derecha, sin embargo, había campos cultivados.

—¿Podremos aterrizar aquí? —gritó Monk.

Doc no respondió. Hizo que el aparato empezara a planear. El aeroplano estaba pesadamente cargado y había sido construido para desarrollar grandes velocidades más bien que para planear.

Las nubes, como espuma arrancada de una gigantesca brocha, parecieron alzarse por encima de ellos. La tierra se hinchó; la selva empezó a cobrar detalle.

—No lograremos llegar —decidió Monk. Pero llegaron, aun cuando el tren de aterrizaje arrancó hojas y pequeñas ramas a las copas de los árboles que bordeaban el arrozal. Por suerte, éste no estaba inundado; pero estaba muy esponjoso.

Una yunta de búfalos, aterrados al ver el aeroplano, salieron de estampía, perseguidos por un labrador hindú, apenas menos aterrado que ellos.

Doc sacó un poco de gasolina de los depósitos e hizo uso del aparato de analizar, propiedad de Monk.

—Es evidente que Sen Gat sabe que le seguimos —dijo, en alta voz—. Probablemente tendría un aparato receptor y nos habrá oído hablar por radio.

—¿Qué hizo, Doc? —preguntó Monk.

—Echar un producto químico en la gasolina.

—¡Maldición! El pararnos a buscar gasolina nos retrasaría un día entero por lo menos.

Long Tom soltó un gruñido y se metió en el camarote.

—Intentaré ponerme en contacto con alguien por radio y que nos manden gasolina por aeroplano —dijo.

—¡Aguarda! —le contestó Doc.

El hombre de bronce mezcló varios ingredientes que sacó de los frascos del laboratorio portátil. Los vertió en el depósito de gasolina.

Colocándose él, con dos de sus hombres, a un extremo del ala y los otros tres del grupo al otro extremo, se pusieron a mecer violentamente el aparato durante unos minutos.

Luego Doc abrió una válvula del fondo del depósito y sacó un poco de su contenido.

—No, comprendo esto, Doc —dijo Renny.

—La mezcla química que vertí en el depósito neutraliza y forma, un precipitado con lo que echó Sen Gat para estropear la gasolina. Sacando ahora el precipitado, dejaremos la gasolina tan buena como antes de que le echaran nada.. Así lo espero, por lo menos.

Sus esperanzas se vieron justificadas. Los tres motores, arrancaron de nuevo y funcionaron con regularidad.

El estado pantanoso del arrozal les dio un poco de trabajo para despegar. Se vieron obligados a cortar cañas de bambú de la selva vecina para construir una especie de piso sólido sobre el que pudiera correr el aparato.

Por fin alzaron el vuelo.

—Sen Gat sólo nos ha hecho perder cosa de una hora —rió Monk.

La India, no les proporcionó ya más dificultades, a menos que pudiera considerarse como tal la monotonía de un vuelo largo.

Doc Savage hacía sus ejercicios religiosamente dos horas todos los días. Con ese fin, dejó despejado un trecho de la parte de atrás del camarote.

Sus cinco hombres le contemplaban con curiosidad al hacer el gigante de bronce los ejercicios para fortalecer sus músculos ejercicios que, en muchos puntos, no se diferenciaban gran cosa de la gimnasia, corriente.

Estaban calculados, sin embargo para desarrollar todos los músculos en igual grado. No los dejó hasta que quedó bañado de sudor su cuerpo.

Luego les tocó la vez a los otros ejercicios: el mecanismo que creaba, ondas sonoras de una frecuencia superior e inferior a la que el oído humano puede percibir, y que servía para aguzar el oído de Doc; la veintena de perfumes que le ejercitaban el olfato; páginas de Braille —el sistema de puntos en relieve en que se escribe para los ciegos— le hacían más sensitivo el tacto y los otros mecanismos que le aguzaban los demás sentidos.

Había una serie de complicados ejercicios de gimnasia mental para desarrollar la concentración.

—¡Uf! —murmuró Monk;— siempre que veo esto me ponga a sudar yo.

—Si —asintió Renny.

El único ejercicio que este última hacía, era quitar el entrepaño

de alguna puerta, de vez en cuando, de un puñetazo. Se jactaba de que ninguna puerta era lo bastante fuerte para resistir un golpe de sus manos.

Volvieron a detenerse para llenar el depósito.. Transcurrió otra noche.

Luego vieron debajo de ellos la selva de la Indochina —una alfombra verde, sin fin, punteada aquí y allá por el brillo de flores tropicales o el variante y animado colorido de grupos de aves en pleno vuelo.

Era una vegetación siniestra y malsana aquélla, sobre la que flotaba un leve vaho de vapor.

Las nubes eran abundantes; los chubascos, frecuentes. El relámpago lanzaba sus bifurcadas lengüetas entre las nubes —rayos candentes que surgían sin previo aviso.

—Dicen que el rayo puede tocar un aeroplano sin causarle daño alguno —observó Ham.

—Dependerá de la clase de rayo que sea, seguramente —dijo Long Tom—. Siempre existe la posibilidad de que salte una chispa que incendie los depósitos de gasolina. También depende de la conexión eléctrica que exista entre las diferentes partes del aparato.

—¿Cómo andará Habeas? —intercaló Monk, interrumpiendo la discusión.

—Tu doble le habrá echado del aeroplano a puntapiés hace rato —dijo Ham.

—No es probable —observó Doc.— Ello haría desconfiar a la muchacha y a Maples.

Volaron muy alto para esquivar el peligro de las tempestades de la selva.

Penetraron en la parte más salvaje de Indochina antes de que ocurriera ningún raro incidente.

Doc extendió el brazo.

—¡Mirad! —dijo.

Todas cogieron prismáticos y miraron hacia adelante. Estos aumentaron el tamaño de lo que, a simple vista, les había parecido un insecto metálico, casi invisible. ¡Un aeroplano! Era un trimotor de ala baja.

—Concuerda con la descripción del aparato del falso Monk —observó Renny.

Doc dio toda marcha y dejó caer el aparato hacia las nubes. Oculta entre ellas siguieron adelante. Una vez pasó un rayo tan cerca de ellos, que les dejó ciegos y el trueno se oyó claramente a pesar del ruido de loe motores.

—Doc, ¿qué piensas hacer? —inquirió Johnny.

—Les seguiremos. Mi intención es dejar que nos guíen hasta la misteriosa ciudad del Hombre de las Mil Cabezas.

—¿Crees que nos hallamos cerca del lugar?

—Es posible. La parte sobre la que volamos en esos momentos está marcada en nuestros mapas como sin explorar.

Se metieron en una nube de lluvia —pareció pegarles como un gigantesco puño gris y las hélices empezaron a hacer un ruido atiplado al chocar con gotas de lluvia.

Dentro del aeroplano, reinó, de pronto, la más completa oscuridad. Esto duró unos momentos —la nube era grande— luego salieron y el sol derramó sus cálidos rayos por las ventanillas del aeroplano nuevamente.

—¡Virad! —exclamó Monk.

El aeroplano que iba delante de ellos, había dado un rodeo para esquivar la nube. Como consecuencia, habían ganado terreno. El otro aparato no se hallaba a más de tres cuartos de milla de distancia.

Doc plantó, violentamente, el pie en uno de los mandos. El aparato dio media vuelta, pareció quedarse suspendido en el aire por un ala, y luego cayó hacia las nubes, para ocultarse, pero no llegó a tiempo.

Abajo por encima de la nube que habían dejado atrás, avanzaban dos aeroplanos; como si se deslizaran sobre un terraplén de nieve. Otro aparato apareció por uno de los lados.

—¡Los aeroplanos de Sen Gat! —tronó Renny.

CAPÍTULO XII

EL TEMPLO SINIESTRO

LOS tres aparatos, hicieron evidentes sus intenciones sin perder momento.

Todos se dirigieron hacia el de Doc que, de pronto, se vió envuelto en nebulosas rayas grises. Éstas formaban arco, buscando la aeronave de Doc con horrible voracidad.

Las rayas grises eran las líneas de humo que dejaban tras sí las balas trazadoras. Las ametralladoras de Sen Gat no estaban preparadas para disparar a través de la hélice. Iban montadas en las alas y se hacían funcionar por medio de cables.

Doc manejó los mandos. Su aparato se inclinó, la hélice apuntó hacia arriba, ganando altura. Los motores trabajaron con laboriosidad, haciendo vibrar el fuselaje.

Allá en el camarote, Monk repartía paracaídas y Renny abría las cajas que contenía los tambores de municiones de sus pequeñas pistolas ametralladoras.

Las balas trazadoras de Sen Gat encontraron su ala derecha Se oyó un ruido semejante al de un gato que pelea en un tejado; balas trazadoras que despedían chispazos químicos. Apareció un agujero en el ala.

Doc, logró salir del alcance de aquellos disparos. Las balas empezaron a silbar detrás del fuselaje. Entonces Monk y Ham abrieron fuego con sus super ametralladoras. EL ruido de éstas casi les hizo saltar los tímpanos de los oídos.

—¡Usad balas inflamables! —aulló Doc—. ¡Procurad darles en los depósitos de gasolina! Tendrán paracaídas con toda seguridad.

Fueron cambiados los tambores de las super ametralladoras.

Doc alzó la punta de su aparato, se echó de lado, tornó a

volverse y casi giró en ángulo recto a meterse delante del enemigo.

El otro piloto se detuvo, con la evidente intención de maniobrar y conservar la altura que tenía.

Renny empezó a disparar. Las balas escaldaron el ala del otro avión como si fueran fuego líquido, salpicando una substancia química tan caliente, que hizo fundirse el metal que tocó.

Aquellos proyectiles inflamables, como otras cosas de las super ametralladoras, eran invento de Doc. En la punta de la bala llevaba un compuesto de termita que, una vez encendido, era capaz de fundir casi todos los metales conocidos y se encendía al tocar contra cualquier cosa.

El otro aviador se aterró al ver fundirse grandes agujeros en sus alas. En lugar de completar su maniobra, fue a ocultarse entre las nubes vecinas.

Unos segundos, más bajo aquel fuego y su aparato hubiera sido incapaz de seguir volando.

Doc hizo un rizo, voló boca abajo un buen trecho mientras las — cajas botaban por el camarote como guijarros dentro de una lata; luego bajó, buscando a toda velocidad, para caer sobre el otro aeroplano enemigo.

En este último viajaba Sen Gat. No lo manejaba él, sino que ocupaba un asiento en el camarote. Sus dos brazos, cuyas manos resultaban grotescas con sus dedales de oro, apuntaron a Doc. Se convulsionó su semblante al gritar algo.

Los cinco ayudantes de Doc habían abierto las ventanillas del camarote y estaban asomados a ellas, con las super ametralladoras preparadas.

Dispararon y, donde sus balas tocaban la parte metálica del aparato de Sen Gat, era como si hubieran caído ascuas sobre papel.

Una ráfaga de aquellas balas disparada contra una pared bastaba para incendiarla por un centenar de sitios. El avión metálico de Sen Gat no ardería; pero la gasolina que contenían los depósitos sí.

Evidentemente se dio cuenta de ello Sen Gat. Perdió la serenidad. De nuevo se alzaron sus brazos y se convulsionó su semblante. Se comprendía que ordenaba la retirada.

Los dos aparatos buscaron, bruscamente, la protección de las nubes.

Doc se metió tras ellos, para darles caza.

Los que luchaban no se habían dado cuenta de ello, pero el otro aparato —el tripulado por el supuesto Monk— se había detenido para esquivarles en el aire y presenciar la pelea.

El falso Monk estaba pasando las suyas. Ello se debía al cuento —inexacto hasta en sus más pequeños detalles— que les había contado a Lucile y a Maples.

El falso Monk era el jefe del grupo de fingidos guardias que había intentado engañar a los ayudantes de Doc Savage en Londres, diciendo que se llamaba Evall. Daba la casualidad que éste era su verdadero nombre.

No era aquella la primera vez que se veían los aviones de Sen Gat. En realidad, habían seguido el de Evall a través de la mayor parte de Afganistán y por toda la India, manteniéndose a un lado y un poco rezagados.

—Doc Savage y sus hombres viajan en esos tres aeroplanos —había declarado Evall, desempeñando el papel de Monk.

Maples lo había creído: sonaba razonable. Lucile Copeland también lo había creído verdad. Todos sus pensamientos se concentraban en las selvas de Indochina y en lo que pudieran encerrar; sus padres, si es que aún estaban vivos. Normalmente, no se hubiera dejado engañar con tanta facilidad.

En aquellos instantes, al contemplar la lucha aérea, se estaban combinando varias cosas para despertar su desconfianza.

—¿Dice usted que ese aparato solitario es el de Sen Gat? —inquirió.

—¡Sí! ¡Maldita sea su estampa! —rugió el hombre.

—¿Por qué no vuelve usted atrás y ayuda? —dijo la muchacha, con brusquedad. ¡Ese avión solitario está venciendo a los otros tres!

—Doc me dio órdenes de que no me metiese en ninguna pelea —mintió Evall—. No quiere que les ocurra nada a usted y a Maples.

—¡Vuelva usted atrás a pesar de todo! —ordenó Lucile.

—¡Quiá!

Las pupilas de la joven se contrajeron. Estaba recordando otro detalle sospechoso. EL avión iba equipado con radio. El supuesto Monk decía que con él se mantenía en contacto con Doc; pero sólo había hecho uso del aparato mientras sus dos pasajeros dormían.

Evall estaba mirando a la muchacha, e interpretó bien las señales. Empezaba a desconfiar.

Cuando Lucile sacó, de pronto, una pistola del bolsillo del pantalón de montar, el hombre no se sorprendió ni pizca.

—¡Aterrice! —ordenó la muchacha.

Evall se echó a reír.

—¡Sea usted buena, hermana! Le quité la pistola anoche y extraje toda la pólvora de los cartuchos.

Lucile hizo una mueca sombría.

—Ya lo sé —contestó.

—Que… ¿qué? —preguntó Evall, boquiabierto.

—Cargué la pistola, otra, vez, con cartuchos que estuvieran bien.

Oprimió, inesperadamente, el gatillo. El humo de la pólvora azotó el semblante de Evall. Una bala pasó, silbando, junto a su oreja y abrió un agujero en la ventanilla.

—¡Aterrice!

Evall empezó a palidecer.

En la parte de atrás del camarote, Habeas Corpus se despertó bruscamente y corrió hacia delante con sus orejas erguidas.

—Aterrizará usted inmediatamente —declaró Lucile, con determinación—. De lo contrario, la próxima bala le dará de lleno.

Evall empezó a decir, desesperado: —Escuche; soy Monk…

—¡Aterrice!

La muchacha amartilló la pistola.

Evall manejó los mandos.

Lucile Copeland se retiró unos pasos del hombre y pidió a Maples que le desarmara. Luego echó una mirada por la ventanilla.

Los cuatro aviones lejanos se habían perdido entre las nubes y no volvieron a verse: —Estoy preocupada…

—Ninguno de ellos ha sido derribado porque, de lo contrario, los veríamos caer por debajo de la nube —observó Maples—. Esas nubes son grandes… cubren una extensión de varias millas. Tal vez estén luchando por encima de ellas.

Evall dio muestras de muy poco interés por los demás aeroplanos. Toda su atención la absorbía la selva. El verde aquel resultaba muy poco invitador; lianas y demás plantas trepadores se entrelazaban y colgaban como verdes serpientes.

—No hay ningún sitio en que podamos aterrizar —gritó Evall.

—Busque un sitio —ordenó Lucile.

No se veía ni rastro de los otros aviones. Volaron por encima de

un riachuelo orillado de bambúes, donde las aves acuáticas huyeron al acercarse el aeroplano, y vieron con frecuencia «buayas», los enormes cocodrilos habitantes de aquellas selvas.

Uno de los «buayas», que medía nueve metros de longitud, tomaba el sol sobre una ribera de arena y no se movió, mientras que buitres e insectos formaban una nube sobre alguna presa que el cocodrilo había medio devorado.

—¡Allí! —exclamó Lucile de pronto, señalando.

Había visto la parte superior de una pequeña pagoda.

Evall cambió obedientemente el rumbo del aparato y se vieron con más claridad los detalles de la pagoda. Estaba construida de piedra de un color amarillo bilioso y poseía muy poco del color y el brillo que caracteriza, generalmente, a dichos edificios. La pagoda parecía en estado semi ruinosa.

—¿Es posible que sea esta la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas? —exclamó Maples, con avidez.

—¡No! La ciudad está mucho más internada en la selva.

La pagoda resultó encontrarse en un claro que era ya, en sí, bastante singular. No crecía hierba ni maleza en parte alguna de él. El suelo estaba pelado como un huso.

El falso Monk volvió la cabeza.

—No hay sitio suficiente para aterrizar —gruñó.

Lucile le entregó la pistola a Maples.

—Vigílele —dijo.

A continuación se adelantó; hizo que se quitara Evall, ocupó su asiento ante los mandos y demostró que era una aviadora excelente.

Subiendo, bajando, describiendo curvas para acortar velocidad, acabó aterrizando con una limpieza extraordinaria. El aparato dejó de rodar cuando aún le quedaban cinco metros de terreno disponibles.

La muchacha volvió rápidamente la cabeza para asegurarse de que Maples mantenía a raya a Evall.

Se apearon. La joven se puso de puntillas, alzó la cabeza, vio que no había rastro de los otros aeroplanos y luego miró a su alrededor.

—¡Maples! —exclamó—. ¿Ha visto usted alguna vez una pagoda como ésa?

Maples dirigió una mirada a la construcción. Frunció el entrecejo, pero tuvo buen cuidado de no dejar de apuntar a Evall.

—Se sale bastante de lo corriente —confesó.

—Usted ha viajado mucho por la India, por Indochina y Siam. Está usted familiarizado con la arquitectura religiosa.

—Sí; pero jamás he visto adornos como éstos.

Lo que había dado lugar a esta discusión era la forma en que había sido adornada aquella pagoda. Por regla general, esta clase de construcción lleva esculpidos complicadisimos adornos.

Ésta no era excepción de la regla. Lo corriente es adornar los edificios con grotescas efigies de la deidad en distintas posturas. Para el europeo, estas efigies resultan, generalmente, llamativas por su fealdad.

Pero aquella pagoda estaba adornada con una cosa nada más: manos. Había manos grandes Y manos pequeñas, todas ellas de piedra.

Algunas agarraban, otras señalaban, aquellas se entrelazaban y muchas, a juzgar por la manera en que resaltaban los músculos y se abrían los dedos, expresaban la más profunda angustia.

El tejado de la pagoda estaba compuesto de cuatro enormes manos.

—La Pagoda, de las Manos —dijo Maples, pensativo.

—¿Qué quiere decir con eso? —exclamó Lucile, sobresaltada—. ¿Ha oído usted hablar de este sitio?

—Vagamente; pero no recuerdo en relación con qué.

La muchacha volvió a examinar el firmamento. La selva se alzaba a una altura tan sorprendente en todo alrededor que no permitía ver más que un trozo pequeño de cielo.

—Subamos los escalones de la pagoda —propuso—. Podemos ver algo más. Siento ansiedad por esos aeroplanos.

—No me gusta este sitio —murmuró Evall.

La muchacha le miró, ceñuda.

—¿Sabe usted algo acerca de este lugar?

Evall se encogió de hombros.

—No —dijo; pero su voz no era muy firme.

—Creo que miente usted —le dijo Lucile—. Sen Gat debe saber lo que hay en la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas. De lo contrario, ¿por qué había de tener tantas ganas de llegar a ella? ¿Le dijo a usted lo que hay allí?

—¡No, maldita sea su estampa! —rugió Evall.

Subieron los escalones. Éstos estaban desgastados, como si los hubieran pisado millares de pies. La pagoda pareció aumentar de tamaño, era mucho más grande de lo que se habían figurado. Un silencio siniestro reinaba en el lugar. Había un olor vago, apenas definible, que bien pudiera venir de la selva cercana.

—¡Miren!

Lucile Copeland se estremeció al señalar. Los escalones de piedra que pisaban habían tenido tallados, en otros tiempos, centenares de manos, manos cerradas, manos en gesto de angustia, manos, algunas, que sólo enseñaban la palma.

El tiempo y las pisadas habían desgastado por completo muchas de ellas.

Los escalones conducían a una especie de plataforma, sobre la que se alzaba la pagoda. Llegaron a ésta y se detuvieron.

Maples, poniéndose de puntillas, apenas alcanzaba la altura completa de una de las manos talladas.

—¡Cielos! —exclamó.

—¿Qué ocurre?

Tanto la muchacha como Evall parecían sobresaltados.

—Acabo de, recordar cómo llegué a oír hablar de esta Pagoda de las Manos —explicó Maples—. Se dice que es un lugar siniestro. Que yo sepa, sólo dos exploradores la han encontrado y podido volver a hablar de su hallazgo.

La muchacha se estremeció.

—¿Qué les ocurrió a los otros?

—Misterio de la selva... uno de los muchos en este país. Nadie parece saber qué ocurrió.

La joven había cogido unos prismáticos del aeroplano. Empezó a escudriñar el firmamento con ellos y, como no logró ver nada, su semblante reflejó la más viva ansiedad.

—Hay vapor sobre el bosque —murmuró—. Los aparatos podrían estar volando muy bajos; creo que nos sería posible oírles antes que verlos debido a ese vaho que parece niebla.

—Entonces, escuchemos —dijo Maples. Y calló bruscamente—. ¡Escuche!

La muchacha se llevó una mano a la oreja para oír mejor y escuchó en dirección a la selva.

—¡No! —le dijo Maples—. Detrás de nosotros... en la pagoda.

Algo así como el ruido de una cosa que se arrastrara.

Lucile escuchó. Luego dio un grito. Su voz contenía un dejo de horror tan grande, que parecía, cortar el siniestro silencio como un cuchillo.

—¡Es el mismo sonido que oímos en el campamento de papá...! ¡Corran! ¡Corran!

Dio un salto, pero había estado mucho tiempo en el aeroplano y tenía los músculos un poco entumecidos. Tal vez, en su loca precipitación, calculó mal. Resbaló, agitó las manos violentamente, intentando recobrar el equilibrio; no pudo, y cayó de cabeza escalones abajo.

Su débil cuerpo rebotó repetidas veces. Gritó y el sonido acabó bruscamente, como si lo cortaran en seco. Bajó todos los escalones y quedó tendida al pie, sin conocimiento.

Maples la contempló, horrorizado. Los ojos de Evall tenían la mirada fija, también; pero no en el cuerpo de la muchacha. Estaba calculando las probabilidades que tenía de apoderarse de la pistola de Maples.

Parecían buenas. Saltó.

Maples soltó una maldición. Hizo un disparo. Los dos hombres lucharon, dándose puñetazos y puntapiés. Evall era muchísimo más fuerte. Logró arrancarle el arma de la mano y dar un salto atrás.

En su excitación, ambos habían olvidado el siniestro ruido que sonara tras ellos. Pero en aquel momento sucedió algo. Resultó extraño, sobrenatural...

Evall soltó un aullido de repente y empezó a dar ciegos manotazos. Disparó la pistola, a tontas y a locas hacia el interior de la pagoda.

Las rodillas se le doblaron y cayó al suelo. Sus movimientos febriles fueron perdiendo intensidad. Por fin, quedó inmóvil.

La caída de Maples fue menos teatral. Rodó por el suelo sin emitir sonido alguno y sin casi hacer ningún gesto.

El silencio envolvió a la singular Pagoda de las Manos; Pero pronto quedó roto éste por un zumbido débil procedente de lejos, zumbido ondulante que fue aumentando en volumen hasta resolverse en el ruido del motor de un aeroplano.

CAPÍTULO XIII

HUESOS

EL avión era el de Doc Savage y volaba a reducida velocidad.

Doc conducía el aparato, mientras sus cinco hombres vigilaban por las ventanillas con sus prismáticos. No se sentían muy animados que digamos.

—No se ve el menor rastro de los tres aeroplanos —dijo Monk, después de escudriñar el cielo.

—¡Malditas sean esas nubes! —gruñó Renny.

Habían perdido de vista a los tres aparatos de Sen Gat entre las nubes. No tenían la menor idea de la dirección que podían haber tomado El buscarles entre tanta nube había resultado una tarea inútil.

—El aeroplano de la muchacha, aterrizó no muy lejos de aquí, delante de nosotros sino me equivoco —dijo Long Tom.

—Mis suposiciones corroboran semejante teoría —asintió Johnny, el de las palabras largas.

No tardaron en ver la Pagoda de las Manos. Con los prismáticos descubrieron la curiosa naturaleza de sus adornos.

Doc hizo dar la vuelta al aeroplano, describiendo un círculo.

—Ahí está el aeroplano de la muchacha —señaló Ham—. Pero... ¿dónde están ella y Maples?

—Sí; y el tipo ése que se pasó por mí —gruñó Monk—. Va a quedar en situación de ingresar en el hospital cuando yo acabe con él.

Doc continuó volando en círculo por encima del claro, en parte para explorar terreno; pero también para echar un vistazo al cielo por si los aparatos de Sen Gat caían sobre ellos después de haber aterrizado y les inutilizaban el avión.

Pero no se veía el rostro del trío de Sen Gat.

Con los prismáticos examinaron la Pagoda y a todas partes. Se hicieron comentarios acerca de las manos talladas y del estado de los escalones.

El hecho de que los alrededores de la pagoda no parecieran haber sido despejado por manos humanas, les impresionó. Lo más sorprendente de todo, embargo, era la ausencia de vida.

Doc Savage, con su agudeza visual superior, prestó especial atención a uno de los escalones. Señaló el lugar.

—¡Mirad!

Los otros obedecieron, y Ham estalló:

—¡Manchas de sangre, Doc! Parecen cientos, por añadidura.

El hombre de bronce aterrizó inmediatamente, parándose el aparato muy cerca del otro. Dirigió una nueva escudriñadora mirada al cielo antes de parar los motores.

Luego se apearon.

—¡Hiiii! —aulló Monk—. ¡Fijaos!

Habeas Corpus, su mascota, había estado acurrucado debajo del otro aparato.

—Ven aquí, Habeas —llamó.

Habeas no se movió. Se dieron cuenta de que los ojuelos del cerdo tenían la mirada fija; sus enormes orejas, en lugar de estar erguidas como de costumbre, colgaban, flácidas. La actitud del animal expresaba horror.

—¡Se ha asustado de verte, mico! —exclamó Ham, burlón.

—¡De verme a mí, no! —respondió Monk, señalando con la velluda mano a la pagoda—. ¡Está asustado de esa casa!

Se acercó y cogió al cerdo Habeas, que dio algunas muestras de alegría; pero la mayor parte de su atención seguía concentrada en la extraña arquitectura. Cuando Monk echó andar hacia la pagoda, Habeas emitió un chillido de terror.

—¡Rayos! —bramó Renny—. Aquí ha ocurrido algo. Ese cerdo tiene más sentido común que muchos seres humanos. Le asusta lo que hay en ese edificio tan raro.

—Aquí hay algo extraño, en efecto —asintió Doc.

Contempló el cielo unos instantes, no vió señal alguna de los tres aparatos de Sen Gat y se aproximó a la pagoda. Se acercó al lugar en que, desde el aire, había observado las manchas de sangre.

—Se hicieron hace menos de cinco minutos. El charco que hay en el escalón aún gotea sobre el escalón de abajo.

Los demás estudiaron la escena. Todos poseían facultades de observación superiores a las de un hombre corriente. Cada uno de ellos vió las huellas donde una mano pequeña había tocado. Por añadidura, varios cabellos muy finos estaban pegados al borde de un escalón.

—Fue la muchacha —dijo Ham.

Y desenvainó, sombrío, el estoque de su bastón.

—Subiremos —decidió Doc.

No ascendieron los escalones de la pagoda en grupo, sino que se separaron.

Doc tomó uno de los lados. Sus hombres subieron por cada uno de los otros tres lados. Avanzaron lentamente. Su mirada lo escudriñaba todo e iban con los oídos aguzados.

Doc Savage, que se movía un poco más prisa que los otros, fue el primero en llegar a la plataforma. Se paró unos instantes, explorando con todos sus sentidos.

No percibiendo cosa alguna, avanzó. La arqueada puerta de la pagoda era pequeña, alta y tallada con numerosas manos que se diferenciaban de las otras en que todas eran iguales: crispadas, como si quisieran asir a todo el que intentara entrar.

El pasillo por el que se entraba torcía bruscamente a la izquierda y quedaba cortada la luz del sol. El interior estaba sorprendentemente oscuro.

Sacando una antorcha, del bolsillo, el hombre de bronce la encendió. Se paró en seco inmediatamente.

El mismísimo aire del interior de la pagoda pareció engendrar un sonido, una nota baja, fantástica y melosa que subió y bajó la escala musical, exótico como el canto de un ave de la selva.

Los que se hallaban fuera lo oyeron. Se sintieren dominados por la excitación. Conocían acuella nota. Era el sonido de Doc Savage, la nota inconsciente que emitía en momentos de tensión mental. Los cinco hombres echaron, a correr y entraron. Habeas Corpus emitió un grito agudo de terror, como si sintiera que le conducían a una muerte misteriosa.

—¡Centellas! —bramó Renny.

Y miró lo que la pagoda contenía.

Fuera, un pájaro tropical soltó un grito ronco, como si le espantara alguna presencia siniestra. Habeas Corpus volvió a soltar un quejido; pero calló al agarrarle Monk una de las orejas.

La respiración de los cinco ayudantes de Doc se oía con claridad.

Johnny, el delgado geólogo, tenía, una expresión favorita que empleaba siempre que se sentía profundamente conmovido. La empleó en aquel momento.

—¡Que me superamalgamen! —murmuró.

La habitación era una enorme caverna abovedada de piedra. En ella había talladas manos, manos cuyo índice señalaba una punta determinado en el centro de la estancia.

Los misteriosos artesanos que habían hecho el trabajo siglos antes, a juzgar por el aspecto del lugar; habían sido maestros de la técnica espeluznante.

El suelo formaba, pendiente hacia aquel foco central. Era de piedra, lisa, en la que aquí y allá se veía una ranura, una especie de canalillo destinado a transportar cualquier líquido hacia el centro.

Los hombres de Doc, con la mirada fija, contaron los objetos amontonados en el centro.

—Debe haber por lo menos sesenta o setenta —murmuró Monk.

En otros tiempos, aquellos objetos habían sido seres humanos. La ropa, y la carne se habían descompuesto hacía tiempo, dejando amarillentos esqueletos a los que, aquí y allá, quedaba prendido algún mechón de pelo o un trozo de piel que parecía pergamino.

Los cuerpos habían sido amontonados descuidadamente y, como consecuencia se habían desintegrado, entremezclándose los huesos.

Alrededor de la pila, como pared cuyo fin fuera contenerles, había armas, cuchillos y lanzas en su mayoría, con unas cuantas pistolas y revólveres, y hasta una ametralladora ligera, oxidada hasta el punto de ser ya inservible.

Mezclados con las armas había trozos de equipo, mochilas, tiendas de campaña, mantas y provisiones De estas últimas sólo las que estaban metidas en cacharros de cristal se conservaban intactas.

—Aguardad un momento, muchachos —dijo Doc, adelantándose.

Dio la, vuelta cautelosamente, escudriñando con cuidado el suelo antes de pisarlo. Pero, llegando a un punto en que le fue posible ver el otro lado de la pila, dio un salto bruscamente. El

montón de huesos era lo bastante alto para ocultarle a la vista de sus compañeros.

—¡Doc! —gritó Monk—. ¿Qué es?

Olvidando la orden de que no se acercaran, todos se echaron hacia adelante; pero el hombre de bronce volvió a aparecer. Les enseñó lo que había encontrado.

Era la pistola de Lucile Copeland.

—Es la misma arma que tenía, la muchacha en Londres — explicó.

—Oye, Doc —murmuró Renny—. ¿Qué consecuencias sacas tú de este lugar? Nunca he visto cosa igual.

En lugar de contestar directamente, Doc Savage propuso:

—Registremos los alrededores.

Salieron e hicieron una exploración minuciosa. No hallaron el menor rastro de la muchacha, de Maples ni del supuesto Monk. En el curso de sus investigaciones llegaron al río cercano.

En el agua y a lo largo de la ribera había una media docena de «buayas», el menor de los cuales medía seis metros.

—Puede haber atracado aquí un bote —sugirió Doc.

Sus cinco ayudantes contemplaron les enormes «buayas» y nada dijeron.

Los cocodrilos aquellos eran increíblemente feos.

Doc Savage estudió de cerca el río durante el regreso, intentando investigar si había habido un bote recientemente en el río, empleando como guía las aves tropicales, para ver si se habían asustado a no.

Pero no había bastantes pájaros para poder sacar una consecuencia, definitiva. Los seres alados parecían esquivar el lugar. La tierra era demasiado dura para que hubieran quedado en ella huellas.

De regreso a la pagoda empezaron a buscar pasajes o cámaras secretas. Para ello sacaron martillos de la caja de herramientas del aeroplano y golpearon las paredes de roca en la esperanza de que alguna de ellas sonara a hueco.

Nada encontraron.

Fue Doc el que hizo otro descubrimiento en el aeroplano de Lucile Copeland.

El hombre de bronce estaba registrando el aparato en busca de

algo que le proporcionase una pista. El equipo de que había sido provisto el falso Monk resultaba completo hasta un grado sorprendente.

Había incluso una pequeña caja de dinamita. Abriéndola, Doc entregó a sus hombres varías barras, después de colocarles mechas detonador.

Introdujeron las barras en varias grietas de la pagoda y las hicieron estallar.

Cayeron piedras y se partieron los cimientos. El resultado demostró, sin el menor género de duda, que no había pasajes secretos ni cámaras en la extraña construcción, porque no apareció hueco alguno.

Los barrenos dieron otro resultado. Uno de ellos no llegó a estallar.

AL examinarlo Doc hizo un descubrimiento. La barra había sido ahuecada, conteniendo su interior una pasta compuesta de agua y polvos para la cara.

Dentro, ingeniosamente escondido, había un objeto delgado, envuelto en papel impermeable. Era una de las llaves negras.

Doc Savage volvió a la caja de explosivo y los examinó. Encontró los otros dos palo negros.

—Lucile Copeland desconfiaba del supuesto Monk —dedujo—. Escondió las llaves negras.

Dándose cuenta de que uno de los palos estaba envuelto en algo más que papel impermeable, lo desenvolvió apresuradamente. Resultó ser un fragmento cortado de un mapa de Indochina.

Había una cruz y varias palabras trazadas en encarnado, seguramente con una barrita de carmín. Las palabras decían:

«Ciudad del Hombre de las Mil Cabezas»

—¡Qué suerte para nosotros! —rió Monk—. ¿A qué distancia está, Doc?

El hombre de bronce consultó el mapa:

—No muy lejos. Pero nuestra preocupación inmediata ha de ser dar con el paradero de Lucile Copeland más bien que con la ciudad.

—¿Qué crees tú que puede haberle sucedido?

—AL parecer, la hicieron prisionera y se la llevaron.

—Lo que me llama la atención es la forma en que obró Habeas Corpus —murmuró Monk, con inquietud—. Algo le aterró. Hubiera

jurado que ninguna cosa que ande o vuele sería capaz de asustar a Habeas. Pero ya habéis visto su actitud. Algo le dio un susto.

Johnny había estado empleando su lupa monóculo en algunas de las piedras.

Sus conclusiones resultaban interesantes, a juzgar por su expresión.

Hizo girar el monóculo en el extremo de la cinta y miró a Doc.

—Esto fue construido hace siete u ocho mil años, sino me equivoco —afirmó—. Es evidentemente, un producto de una civilización prehistórica. Su arquitectura general no es única; pero la configuración de sus adornos se sale de lo corriente. El empleo de un solo asunto, la mano humana, es difícil de explicar.

Monk miró el edificio, se estremeció y dijo:

—Puedes quedarte con la parte de la pagoda que me corresponda ¿Qué vamos hacer, Doc?

—Largarnos en el aeroplano. Volaremos arriba y abajo del río. Tal vez encontremos rastro de la muchacha.

CAPÍTULO XIV

FUEGO MAGICO

SUBIENDO a su aeroplano, Doc puso en marcha los tres motores. Los demás subieron también al camarote. Monk llevaba a Habeas Corpus debajo del brazo. Doc hizo correr el aparato por tierra hasta el otro extremo del claro.

Antes de despegar señaló otra circunstancia singular. Ésta, estaba relacionada con el claro en sí: su falta de vegetación.

—Hemos estado dando por sentado que este claro es obra de manos humanas —observó—. Podemos habernos equivocado. ¿Veis alguna raíz que indique que se han talado árboles?

—Tienes razón —asintió Monk, pensativo—. Parece ser que nada crece en la vecindad de esta pagoda.

Doc paró el aeroplano.

—¿Por qué no te apeas, Monk? —dijo—, y coges unas cuantas muestras de tierra que analizaremos más tarde.

Monk obedeció. Llenó de tierra un tubo de ensayo de su laboratorio.

—¿Crees que puede haber algo en el suelo que mate la vegetación, Doc? —inquirió.

—Algún motivo hay para que la selva no llegue hasta la pagoda —replicó Doc.

Sujetó el aeroplano con los frenos hasta que los motores estuvieron funcionando a la máxima velocidad.

Cuando quitó los frenos, el aparato saltó hacia adelante. Había muy poco sitio. Parecía inminente el choque en la muralla de vegetación; pero Doc hizo maniobrar los mandos y subió el aeroplano bruscamente.

—¿Vas a dejar el aparato de la muchacha donde lo

encontramos? —inquirió Renny.

—La muchacha pudiera escaparse y volver —replicó Doc—. Sin el aeroplano estaría perdida.

Volaron por encima del río. Sus riberas orilladas de bambú se fueron haciendo más estrechas y pronto llegaron a un punto en que les monos de la selva cruzaban sin dificultad por encima del mismo.

Doc y sus ayudantes, a pesar de haber estado vigilando con atención, no habían vista más que <buayas> y, cerca de la superficie, en los remansos, algún que otro pez grande de la variedad de los «pa —benk».

—No hay nada por aquí —dijo Doc—. Probaremos río abajo.

Dio la vuelta al aparato. De regreso volaron por encima de la especie de neblina que flotaba sobre la selva y escudriñaron el cielo. Por ninguna parte distinguieron los tres aviones de Sen Gat.

—Oíd —gruñó Monk, inesperadamente:— ¿no habrán podido aterrizar los aviones de Sen Gat y recoger a la muchacha y a Maples?

—No hay la menor probabilidad de ello —dijo Renny—. ¿Qué opinas, Doc?

—Es casi imposible —asintió éste.

La neblina obstruía sorprendentemente la vista. No vieron la Pagoda de las Manos hasta hallarse a unos tres cuartos de milla de la estructura.

Asomaba, como siniestro y amarillento bulto, por encima de la selva.

Pasaron muy cerca, siguiendo el río.

Monk, que había estada mirando hacia atrás, murmuró: —Es curioso.

—¿Qué? —gruñó Ham.

—Tres o cuatro pájaros <lang> nos seguían. Ahora que nos acercamos a la pagoda han dado media vuelta y se han marchado. Resulta extraño.

—¡Rayos y truenos! —gritó Renny, de pronto—. ¡Fijaos!

EL aeroplano de Lucile Copeland seguía estando en el claro junto a la pagoda; pero estaba extrañamente torcido. La parte de debajo se había hundido. Ambas alas estaban medio arrancadas del fuselaje.

La superficie de control de la cola estaba aplastada. Era como si

un pie monstruoso se hubiera posado sobre la aeronave, sólo que el camarote estaba intacto.

Doc aterrizó apresuradamente. Corrieron hacia el aparato.

—¡Que me superamalgamen! —estalló Johnny—. ¿Qué habrá arrancada las alas?

—No se ve la menor huella —declaró Monk.

—El piso de este claro es sorprendentemente duro —indicó Savage—. Unos pies desnudos no dejarían la menor señal. Un buen número de hombres subidos a las alas hubiesen podido romperlas así.

Iniciaron una segunda exploración de los alrededores de la pagoda. Al poco rato, un grito de Long Tom los hizo acudir al río.

—¡Mirad! —señaló.

Los grandes cocodrilos seguían en el agua, descansando jumo a la ribera.

Pero ahora estaban extrañamente inmóviles.

—¡Muerte! —murmuró Long Tom—. ¡Los tres están muertos y no tienen la menor señal!

Guardaron todos silencio. De los seis, sólo el hombre de bronce seguía con el semblante inescrutable.

EL simple aspecto de la pagoda era lo bastante para dar escalofrío a cualquiera. El descubrimiento del gran número de esqueletos que había dentro no había mejorado la situación.

Habían estado ausentes unos minutos tan sólo, pero durante el intervalo el aeroplano de Lucile había sido aplastado misteriosamente y aquellos anfibios habían perdido la vida sin causa aparente.

—Mejor será que montemos guardia en nuestro aparato —dijo Doc.

Volvieron hacia donde lo habían dejado. Monk rompió a gritar bruscamente. Su tono era agudo, anormalmente agudo.

¡Mirad!

Todos lo vieron: una llama, un manojo de llamas mejor dicho. Tendría unos quince centímetros de grueso y un metro de longitud. El fuego se hallaba en el aire, sobre el aeroplano.

Pareció caer en línea recta. Oyeron claramente el chisporroteo de la llama.

Luego, el largo plumero de fuego tocó el centro del aeroplano.

En un santiamén las llamas envolvieron el aparato. Empezó a salir humo.

Uno de los depósitos de gasolina estalló.

—¡Fuego… caído del cielo! —exclamó Monk, sin poder dar crédito a sus ojos.

Corrieron hacia el avión incendiado en la esperanza de poder salvar algo del equipo. Pero era demasiado tarde.

AL estallar el depósito, la gasolina había salpicado el interior del camarote y el fuselaje se había convertido en un horno. No les quedó más recurso que mirar como ardía todo.

Ham miró hacia arriba. Su semblante era, por regla general, muy encarnado.

Monk le había acusado más de una vez de usar colorete. Pero en aquel memento estaba completamente pálido.

—¡Lo vi con mis propios ojos! —dijo, roncamente—. ¡Llama caída del cielo! No era una antorcha que hubiesen tirado… ¡sólo una llama!

—Y… ¿cómo puede arder el aeroplano de esa manera? —gruñó Monk—. Estaba hecho todo de metal.

Renny abrió y cerró sus enormes manos.

—He oído hablar mucho del misticismo del Oriente. Siempre había creído que la mayor parte de lo que se contaba era pura fantasía. Pero… no sé. Esto no lo comprendo.

Doc Savage, sin decir una palabra, se dirigió a la selva, y se internó en ella.

La maleza no era tan espesa, como había esperado. Escuchó. El rugido de las llamas que consumían el aeroplano eran lo bastante para poder ahogar cualquier otro sonido. Nada oyó.

El hombre de bronce, alzó la mirada masa de nubes estaba mas baja; parecía haberse espesado y hecho más oscura. Se preparaba una tormenta.

Esta se desencadenó bruscamente, aun antes de que Doc Savage pudiera continuar su exploración. Empezó a relampaguear y tronar.

Al principio las gotas de lluvia, eran muy grandes; luego se hicieren más pequeñas y cayeron más aprisa, pareciendo convertirse en una sábana de agua. Un rayo cayó sobre una palmera pequeña, haciendo caer cocos y ramas.

A los pocos segundos Doc se encontró hasta los tobillos en agua.

Corrió hacia el aeroplano de Lucile Copeland.

El otro aparato seguía ardiendo y el agua al caer sobre él, volvía a elevarse en nubes de vapor. Los cinco ayudantes de Doc se hallaban ya en el camarote de la muchacha.

¡Maldita sea la lluvia! —exclamó Renny—. Si había alguna huella en la selva, el agua se encargará de borrarla.

Ham miró, sombrío, hacia el exterior. Sólo a fuerza de gritar logró que su voz se oyera por encima del ruido que hacía el agua al caer sobre el fuselaje.

—¡No puedo dejar de pensar en ello! —gritó.

—¿En qué? —preguntó Monk.

—En la llama… en la forma, que salió de la nada. Os digo que no es… natural.

La lluvia cesó de pronto, después de caer a mares durante unos cinco minutos.

AL examinar el contenido del aeroplano de la muchacha encontraron varias cosas que pudieran resultar de utilidad; tiendas de campaña, mosquiteros, conservas. Prepararon todas estas cosas para llevárselas.

—Por mucho que hemos buscado no hemos hallado rastro de la muchacha —anunció Doc—. Lo mejor que podemos hacer es seguir adelante y esforzarnos en dar con la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas.

El pequeño río se había convertido en turbulento torrente.

Buscaron terreno más elevado y emprendieron la marcha en dirección Oeste.

Poco después de dejar la extraña pagoda atrás, la selva se hizo más espesa y casi impenetrable.

Aparecieron aves tropicales de gayo colorido, la mayoría de las cuales huían al ver a aquellos invasores humanos. Sus gritos formaban un extraño conglomerado de sonidos.

Monk dejó que Habeas Corpus andara por su propio pie. El cerdo no tardó en volver a su dueño, cojeando angustiado.

Le había atacado una hormiga de un tipo voraz. Los hombres se vieron obligados a ir con cuidado para esquivar los ataques de tan peligroso insecto.

—¡Vaya hormigas! —gruñó Monk—. ¡Muerden como si fueran leones!

Las moscas de la especie selvática «nyamok» dificultaban la marcha.

Abundaban los «kutus», especie de escarabajo que mostraba una decidida tendencia a alimentarse de carne humana. Los «sumpah — sumpah», de aspecto de camaleón, colgaban de los bambúes.

Eran unas lagartijas pequeñas y pintorescas que huían con la velocidad de la luz. Tampoco faltaban los «lcumbangs», insectos como cucarachas, pero más grandes que ratones.

—He conocido selvas de variada clases —comentó Johnny—. En comparación con ésta, las demás resultaban campos de tenis.

Después de una hora de esfuerzos sobrehumanos, habían adelantado poco menos de una milla. Doc hizo un alto para consultar un mapa.

—En el mapa no figura el río —observó—. Este es territorio inexplorado; pero el río parece correr en la dirección que deseamos seguir. Adelantaremos mucho más usando una balsa.

Cambiaron de rumbo y pronto llegaron a las riberas del río. Construyeron urna especie de balsa atando unos cuantos troncos de árbol juntos.

Se subieron a ella y emplearon largas cañas de bambú para hacer que avanzara la embarcación.

El río había bajado bastante ya. Manteniéndose cerca de la ribera, donde el agua era menos profunda y podían tocar fondo para las cañas de bambú y empujar así la balsa, adelantaron bastante.

Además, viajaban en la misma dirección que la corriente.

El río torcía con frecuencia. Doblaban uno de estos recodos cuando Doc, con un brusco movimiento, echó la balsa hacia la ribera. Señaló y los otros siguieron la dirección de su brazo.

—¡Rayos y centellas! —bramó Renny.

Un hombre yacía en la ribera, muy cerca del agua. Era bajo y casi tan ancho como alto, con brazos muy largos y gruesos. Parecía muy débil, pues estaba empleando los dos brazos para sostenerse sentado.

A pocos metros del hombre, dos enormes saurios habían salido del agua.

Eran «buayas» carnívoros. Cada uno de ellas medía más de seis metros, de longitud. Los reptiles miraban al hombre y se miraban

unos a otros también.

Monk, al ver al hombre, soltó un gruñido.

—¡Hombre! ¡Con las ganas que tenía de echarle el guante a este tipo!

El de la ribera, era Evall, el falso Monk.

Doc atracó la balsa a pocos metros de él.

—Procure no moverse en absoluto —le gritó.

El hombre estaba demasiado aterrado para seguir consejos. Se puso en pie y se dirigió, tambaleándose, hacia la balsa. Demasiado débil para seguir en pie, acabó cayendo y avanzando a gatas.

Los dos «buayas» se dirigieren inmediatamente a él.

Evall, dándose cuenta de ello, soltó un grito de terror. Parecía seguro que le alcanzarían.

Doc Savage se agachó y arrancó dos palos cortos de la balsa.

Monk y Renny se pusieron a disparar con sus pistolas super ametralladoras; pero las balas no surtían efecto en la dura piel de los «buayas».

—¡Ni un rifle de gran potencia lograría detenerlos a tiempo! —gritó Doc.

Saltó de la balsa, se hundió hasta los tobillos en arena y barra y corrió.

Evall, en su terror, intentó agarrarse a Doc. Éste le esquivó.

Uno de los cocodrilos iba un poco delante del otro. Su velocidad era terrible.

Llevaban la boca abierta y la luz del sol brillaba sobre hileras de dientes terribles.

Los movimientos de Doc parecieron hacerse algo irreales por la rapidez con que fueron ejecutados. Sostuvo un palo perpendicularmente con la mano; dio un salto y lo encajó entre las abiertas mandíbulas de un «buaya».

El reptil intentó morder, encajándose así aún más el palo.

Un instante después el segundo cocodrilo estaba en igual situación.

Los monstruos intentaron deshacerse de los palos en la forma clásica.

Empezaron a girar sobre la arena y, a pesar de su tamaño, daban las vueltas tan aprisa que apenas se les podía seguir con la mirada.

Doc cogió a Evall y le tiró encima de la balsa.

—¡Pronto! —dijo—. Los palos no tenían afiladas las puntas. Los cocodrilos conseguirán desalojarlos enseguida. ¡Apartémonos de la orilla!

Apretando contra el fondo con los bambúes se logró poner la balsa en movimiento. La corriente la cogió y la empujó con mayor velocidad.

Cuando iban a doblar un nuevo recodo volvieron la cabeza. Vieron a uno de los cocodrilos desalojar el palo; luego al otro.

CAPÍTULO XV

SELVA MISTICA

EL simiesco Evall, al encontrarse fuera de peligro, se había desmoronado sobre la balsa y daba muestras de muy poco interés en lo que estaba ocurriendo a su alrededor.

Doc Savage le examinó.

—Su condición es letárgica —dijo—. Se encuentra sumido en una especie de estupor.

—¿A qué obedece? —inquirió Long Tom.

—Es difícil saber. No tiene la menor señal en el cuerpo. Ni una sola herida.

Sacó del bolsillo un compacto botiquín y suministró a Evall un fuerte estimulante.

El hombre se reanimó hasta el punto de poder sostener una conversación desconectada.

—¿Dónde están Lucile Copeland y Maples? —preguntó Doc.

Evall movió negativamente la cabeza.

—No lo sé.

—¿Dónde los vió usted por última, vez?

—En esa..., maldita pagoda.

—¿Qué ocurrió allí?

—Había, estado yo pasándome por Monk. La muchacha, se lo olió y aterrizó junto a la pagoda. Subimos los escalones para ver si distinguíamos el aparato de usted. Oímos un ruido extraño, como de algo que se arrastrara..

El hombre hizo una pausa y se estremeció. Se humedeció los labios. Su actitud expresaba el más abyecto terror.

—Es la mejor manera, de que puedo describirlo —prosiguió;— un ruido como de algo que se arrastrara. La muchacha gritó que

había oído algo igual en el campamento de su padre. Echó a correr, resbaló y cayó escalones abajo.

—Eso explica las manchas de sangre que encontramos —dijo Renny.

—Yo... bueno, intenté apoderarme de la pistola con que me estaba amenazando Maples —continuó Evall—. Entonces ocurrió algo. Perdí, no sé cómo, el conocimiento. Cuando desperté estaba flotando en el río.

—¿Cómo?

—Estaba flotando en el río.

—¿Antes de la lluvia o después?

Evall pareció desconcertado.

—Sería después. No recuerdo lluvia alguna.

—Admitiendo que se le llevara de la pagoda en un bote, tal vez le perdieron en el río durante la inundación —dijo Monk—. El río estaba bastante turbulento.

—Conseguí arrastrarme a la ribera —acabó Evall—. Permanecí echado a la orilla. Entonces se presentaron esos cocodrilos.

Renny se puso en pie, con las enormes manazas crispadas.

—Escuche, amigo: está usted mintiendo. ¿Dónde está Lucile Copeland?

—¡Eso!

Monk se puso al lado de Renny. Señaló un banco de barro cercano en el que dormitaba un <buaya>.

—¡Maldita sea tu estampa! ¡Di la verdad o te echamos a ese bicho!

Con ayuda del bambú, Doc Savage dirigió la balsa hacia el lugar en que se hallaba el cocodrilo.

Evall no conocía muy bien a aquellos hombres y sólo podía adivinar sus intenciones escudriñándoles el semblante.

Los seis tenían una expresión sombría. Evall empezó a lloriquear. Grandes lágrimas surcaron sus mejillas, llenándolas de churretes.

—¡Yo no sé dónde está! —gimió—. ¡Lo juro por lo más sagrado! Les digo que ocurrió algo muy raro en esa pagoda.

Vez tras vez insistió en que no sabia nada más.

—Este hombre está diciendo la verdad —decidió Doc, en alta voz.

Y alejó la balsa de la ribera y del reptil.

Evall permaneció echado en la balsa un buen rato, hecho una verdadera lástima, sin saber aún que la amenaza de echarle al cocodrilo no había sido hecha más que para amedrentarle.

—¿Qué deduces tú de todo esto, Doc? —preguntó Monk.

—Alguien trasladó a Evall unas cuantas millas río abajo. Fuera de eso, el asunto es un verdadero misterio.

Con unos prismáticos, Renny escudriñó la superficie del río, las riberas y, luego el cielo. Las nubes eran menos consistentes ya y se hallaban muy altas.

—¿Qué habrá sido de los tres aviones de Sen Gat? —murmuró.

Aquélla era, la primera vez desde que botaran la lancha, que Renny diera voz a su perplejidad sobre el asunto. Pero obtuvo contestación.

El río era muy ancho por allí. El agua formaba remansos a los lados y, por el centro, corría, una corriente fuerte. Para ir más aprisa estaban aprovechando esta última.

Doc Savage dirigió la balsa hacia tierra.

—¿Ocurre algo, Doc? —inquirió Renny.

—Aguarda un momento. Lo oirás dentro de poco.

Unos segundos después, los demás oyeron lo que los súper sensitivos oídos de Doc habían sido los primeros en percibir. La nota bien hubiera, podido ser el zumbido de un enjambre de abejas metálicas en la distancia.

Fue aumentando en volumen.

¡Aeroplanos! ¡Venían río abajo!

La balsa era algo difícil de manejar. Daba la casualidad de que por aquel punto las cañas de bambú no tocaban fondo. Iban a la deriva, avanzando rápidamente, pero adelantando muy poco en dirección a la ribera.

—¡Tres aviones! —gimió Monk, después de escuchar.

No tardaron en verlos. Volaban bajo, poniendo en fuga a los pájaros. Los pilotos debieron descubrir la balsa casi inmediatamente, porque los aparatos empezaron a descender.

—¡Los aeroplanos de Sen Gat! —exclamó Long Tom.

La balsa había llegado por fin a un punto en que los bambúes tocaban fondo.

Empujaron con fuerza, dirigiendo la torpe embarcación hacia

tierra.

La superficie del río empezó a espumarajear por la derecha, oyéndose, al propio tiempo, una especie de gorgoteo y tamboriles. La parte espumarajeante fue aproximándose a la balsa.

—Balas de ametralladora —murmuró Doc, dando un empujón con la caña.

Cayeron más proyectiles sobre el agua; pero los aparatos estaban demasiado lejos aún para poder disparar con precisión La balsa llegó a aguas poco profundas y los cinco ayudantes de Doc saltaron a tierra. Doc se agachó para ayudar a Evall.

—Puedo arreglármelas yo solo —dijo el hombre.

Y se metió en el agua.

Los aviones bajaron. Las balas hicieron saltar chorros de agua. EL plomo cortó hojas de los árboles.

Evall acompañó a los que le habían hecho prisionero unos cuantos pasos. De pronto dio media vuelta y salió corriendo, nuevamente, hacia la balsa.

—¡Maldita sea su estampa! —aulló Monk.

Doc corrió a recuperar a Evall; pero uno de los aviones —el ocupado por Sen Gat— descargó una ráfaga de proyectiles que empezaron a caer en dirección de Doc, cortándole el paso.

Al hombre de bronce no le quedó más que un recurso: dejar que se escapara Evall.

Dando saltos prodigiosos, salió del agua y se internó en la selva.

Evall, llegando a, la balsa, subió a ella y la apartó de la ribera. La corriente se la llevó río abajo.

—¡Internaos en la selva! —ordenó Doc—. ¡Aprisa!

El ruido de ramas le indicó que sus hombres obedecían. Doc se metió por un macizo de bambú y se encontró con Renny a los pocos pasos. El ingeniero había sacado su pistola super ametralladora.

Por entre las ramas, vió uno de los aviones. Disparó. Su pistola estaba cargada con los proyectiles inflamables de termita que abrieron unos boquetes rojos, en el lado del aeroplano. Éste se apresuró a ponerse fuera de tiro.

El aparato de Sen Gat bajó una vez más, con las ametralladoras funcionando. Los proyectiles hacían un ruido tremendo en la selva.

La corteza de los árboles volaba en nubes. Las hojas caían en cascada.

Los ayudantes de Doc contestaron con sus pistolas. El ronco zumbido de las mismas repercutió por la selva. El terrible calor de las balas incendiarias y la increíble velocidad a que salían disparadas, fue demasiado para los aviones de Sen Gat. Dieron la vuelta y tiraron río abajo.

—Van a recoger a ese mico de Evall —decidió Monk—. ¡El muy bestia...! ¡Ojalá se lo zampe un cocodrilo!

—¡Mira que llamarle tú feo y mico a ese individuo! —exclamó Ham, burlón—. Si tuviera clavados unos cuantos clavos oxidados para imitar tu pelo, sería tu vivo retrato.

—Sí, ¿eh? —rió Monk. La emoción del encuentro había disipado el aire de misterio siniestro que había envuelto a los hombres. Monk y Ham habían recobrado su humor usual hasta el punto de ponerse a discutir como de costumbre.

Doc reunió a sus hombres. Echaron a andar río abajo. Éste resultó ser un trabajo enorme, pues la selva era casi impenetrable.

Oyeron sonidos que indicaban, sin el menor género de dudas, que los tres aviones habían aterrizado, para recoger a Evall con toda seguridad.

—¿Tendrá, Sen Gat en su poder a Lucile Copeland y a Maples? —murmuró Renny descargando un mazazo sobre un matorral para ver si lograba abrirse paso.

Tal vez esperara que le respondiera Doc porque, cuando no recibió contestación alguna, miró a su alrededor y descubrió que Doc había desaparecido. El ingeniero, sin embargo, no se preocupó por ello, comprendiendo lo ocurrido. Doc se había adelantado.

EL hombre de bronce había adoptado un medio de viajar que sólo le era posible s una persona que tuviese su fabulosa fuerza y agilidad.

Viajaba a seis, a ocho y hasta a diez metros de altura. Corría hasta el extremo de una rama y se tiraba al aire, asía la rama de otro árbol y seguía adelante.

Más de una vez, las fuertes lianas que se entrelazaban de árbol en árbol, le servían de puente. Con mayor frecuencia, sin embargo, se veía obligado a lanzarse al espacio.

Recordando la velocidad de la corriente del río y el tiempo transcurrido entre la partida de Evall en la balsa y el aterrizaje del avión, calculó que los tres aeroplanos debían hallarse por lo menos

a media milla de distancia.

De haber intentado abrirse paso a través de la selva, hubiese necesitado por lo menos una hora para recorrer la distancia: así en cambio, le bastarían unos minutos para efectuar el viaje.

Salió al extremo de la rama de un tremendo «jati» y permaneció inmóvil, meciéndose, hábilmente, al compás de la rama.

Aquel árbol era la vanguardia de una especie de lengüeta, de vegetación que la selva echaba hacia un claro situado a orillas del río El claro era llano, cubierto de crecida hierba y con unos cuantos charcos, residuos de las recientes lluvias.

Los tres aeroplanos de Sen Gat habían aterrizado allí y seguían en el claro, con los motores casi parados. Uno de ellos necesitaba un repaso evidentemente, porque el aeroplano a que pertenecía vibraba ligeramente.

La balsa de Evall estaba atracada a la orilla, a unos cincuenta metros de los aeroplanos. La fuerza de la corriente había empujado uno de los extremos hacia abajo, de forma que el flotador estaba sumergido en parte.

No se veía la menor señal de ser viviente alguno en todo el claro.

Doc Savage aguardó. La rama sobre la que se hallaba dejó de mecerse por fin y no se oyó mas que el leve murmullo de los motores de aviación, interrumpido de vez en cuando, cuando el carburador no suministraba la mezcla necesaria.

Un «nuri» de brillante colorido voló sobre el claro, vió los aeroplanos, y huyó lanzando gritos de alarma.

El hombre de bronce no entró en el claro inmediatamente. Dio la vuelta a él lentamente, manteniéndose a la altura de las copas de los árboles.

No se veía rostro alguno de Sen Gat, de sus hombres, ni de Evall.

Dejándose caer del árbol, Doc se aproximó a los tres aparatos y se asomó a su interior, para ver si ocultaba alguien en los camarotes. Estaban vacíos.

Estudió la hierba. Había sido pisoteada por numerosos pies.

Los secuaces de Sen Gat habían saltado a tierra en cuanto aterrizaron, corriendo hacia el río, con la evidente intención de recoger a Evall.

Doc siguió las huellas.

Cerca del río se veía muy pisoteado el suelo y, por algunos sitios, unas señales parecían indicar que allí habían caído varios hombres.

Examinó la orilla. Si había atracado allí una embarcación para llevarse los hombres, no había dejado señal alguna. Nada se veía que indicase qué había sido de Sen Gat y los suyos.

Los cinco ayudantes de Doc no tardaron en llegar al lugar. Estaban bastante ensimismados; pero, al contemplar la escena, empezaron a experimentar una viva inquietud. Monk fue el primero en hablar.

—Pudiera ser que los hombres de Sen Gat se internaran en la selva. Doc —dijo.

—No podían haber hecho eso sin dejar huella. No; no se internaron en la selva.

—Entonces; ¿qué fue de ellos?

Ham acarició su estoque, distraído.

—Eso digo yo: ¿qué fue de ellos? Y, ¿qué fue de Lucile Copeland y de Maples? ¿Da dónde salió ese fuego que incendió nuestro aeroplano?

Nadie ofreció contestación a estas preguntas. Era un misterio, un enigma singular digno de Oriente.

CAPÍTULO XVI

LA MURALLA DE PIES

DOC Savage y sus ayudantes hicieron un segundo registro y nada hallaron que les hiciera cambiar de opinión o que aclarara la desaparición casi sobrenatural de Sen Gat y de sus hombres. Estaban seguros de que ningún pie humano había pisado, recientemente aquella parte de la selva. Habiendo llovido hacía poco, alguna huella hubiera quedado.

El sol se había ocultado tras las copas de las palmeras cuando dieron fin a su exploración. Cayó el crepúsculo.

Los pájaros tropicales, buscando lugar donde pasar la noche, empezaron a emitir sus gritos. El río se tornó rojo con los últimos rayos del sol poniente.

—Es inútil intentar explorar les alrededores en aeroplano ahora —observó Doc—. Sería de noche antes de que pudiéramos despegar.

Se inclinó una discusión acerca del lugar en que debían acampar aquella noche.

—Maldita la gracia que me hace este sitio —gruñó Monk—. La misteriosa desaparición de tanta gente me pone los nervios de punta.

—¡So mico! —exclamó Ham—. Seríamos unos idiotas si nos fuéramos de aquí.

—¿Sí? ¿Porqué dices eso?

—¡Estos tres aeroplanos son los únicos que quedan en toda la selva, mico! —respondió Ham.

—El tipo este tiene razón —confesó Monk, de mala gana—. Estos aparatos son nuestra única esperanza de volver como es debido a casa.

—Acamparemos aquí —indicó Doc.

Trasladaron los aeroplanos al centro del claro y pararon les motores. Luego clavaron unas estacas en el suelo y anclaron los aparatos por si se levantara un huracán durante la noche.

Habían observado que en aquella selva se desencadenaban tormentas y vendavales con mucha frecuencia.

Examinaron los depósitos descubrieron que contenían gasolina suficiente para conducirles a lugar civilizado.

Alzaron las dos tiendas de campaña que habían sacado del aeroplano de Lucile Copeland. Estas habían sido construidas para los trópicos y estaban equipadas de mosquiteros, los que no estaban de más, puesto que con la caída de la noche, llegaban también numerosos insectos.

—Creí que había muchos bichos durante el día —se quejó Renny, buscando refugio—. Pero es ahora cuando los hay de verdad, ¡Maldita si puede uno respirar sin tragárselos!

Era absolutamente necesario retirarse al interior de las tiendas de campaña.

Sólo se podía mantener vigilancia con ayuda del oído.

—Nadie podría atravesar esa selva sin hacer ruido, de todas formas —aseguró Monk.

Doc Savage se pasó un buen rato estudiando el mapa de Lucile Copeland con ayuda de una lámpara de bolsillo.

Según éste, se hallaban ya a muy pocas millas de la misteriosa ciudad del Hombre de las Mil Cabezas. Transfirió su atención a los tres palos negros.

—Es una lástima que no llegásemos a analizarlos —dijo—. Aún no sabemos de qué están hechos.

El único que se encontraba cerca de él en aquel momento era Monk y fue él quien contestó.

—Tampoco sé cómo vamos a averiguarlo. El laboratorio portátil ardió con el aeroplano.

Doc Savage le entregó dos palos.

—Guárdalos tú —le aconsejó.

Monk parpadeó.

—Pero, Doc…

—Guarda tú esos palos —repitió Doc.

El mosquitero que tapaba la puerta tenía un cierre relámpago. El hombre de bronce lo abrió y salió de la tienda de campaña.

—¿Qué vas a hacer, Doc? —inquirió Renny.

—Voy a explorar un poco les alrededores Tal vez esté ausente unas horas. Vosotros encargaos de vigilar estos aeroplanos: son de suma importancia para nosotros.

Se marchó y lo hizo tan silenciosamente, que no se oyeron sus pasos.

Doc Savage se acercó a la orilla del río, se quitó la ropa e hizo con ella un bulto compacto. Lo sostuvo por encima de su cabeza al meterse en el agua y nadó una corta distancia río abajo, tomando tierra en la orilla opuesta.

Nada mas se puso que el grueso pantalón kaki; la otra ropa se la ató, fuertemente, a la espalda. Luego se internó por la selva, deteniéndose, con frecuencia, a escuchar.

EL laberinto de árboles, trepadoras y flores había parecido ruidoso durante el día; pero estaba mucho más vivo en aquellos momentos, aun cuando con una vida distinta.

El clamor diurno había sido el alegre trinar de pájaros y la parla de los monos. En aquel instante, los pacíficos habitantes del bosque guardaban silencio y los cazadores andaban de ronda: los animales carnívoros, en busca de presa.

Los gritos terribles de animales que morían a mordiscos o zarpazos se oían con una frecuencia desagradable.

A medida que avanzaba el hombre de bronce, su oído se fue sintonizando con lo que le rodeaba. Al igual que los cazadores que rondaban, se hizo cauteloso, moviéndose sólo por la oscuridad, deteniéndose con frecuencia para escuchar. Habría recorrido un cuarto de milla aproximadamente, cuando se dio cuenta de que algún animal le seguía.

Aguardó, con las fosas nasales dilatadas, hasta percibir el olor del animal.

Entonces, sin demorar un instante, se subió a un árbol. El olor era inconfundible: era el de un tigre.

La aguda mirada de Doc distinguió el cuerpo del animal al pasar éste por un punto en que daba la luz de la luna. El tigre olfateó el árbol; se oyó un sonido áspero cuando el carnívoro probó las zarpas en el tronco.

Doc Savage ascendió más. En las ramas bajas, donde no llegaba la luz de la luna, sus movimientos eran lentos, cautelosos, pero

entre las ramas superiores, avanzó con mayor rapidez.

Haciendo equilibrios, llegó al extremo de una rama, la hizo mecerse una cuantas veces y luego saltó hacia el árbol siguiente.

Era una proeza que requería una fuerza fabulosa y ésta y otras se repitieron al viajar Doc por las copas de los árboles.

El enorme felino le siguió un trecho; luego se dio por vencido y fue en busca de una pieza, menos ágil.

EL mapa de Lucile Copeland, hasta donde le era posible juzgar a Doc, indicaba que la misteriosa, metrópoli del Hombre de las Mil Cabezas se hallaba a aquel lado del río.

O, mejor dicho, que se encontraba en aquella dirección, porque el río no iba marcado en el mapa. No había manera de calcular a qué distancia estaría la ciudad.

La única forma de saberlo con certidumbre era ir a ella. Además, al marcar el mapa, Lucile no debía haber calculado con mucha exactitud.

El hombre de bronce, no sintiendo sueño, tenía el propósito, de llevar a cabo una exploración durante la noche.

Una nube cubrió la faz de la luna, y Doc se quedó inmóvil en la copa de un enorme árbol, a más de treinta metros del suelo, hasta que pasó.

Durante el intervalo de oscuridad, hizo uso de la vista, buscando alguna luz.

Ninguna vió. Era temprano. Si había habitantes humanos en aquella selva, aunque fueran salvajes, era razonable suponer que emplearían el fuego aunque no fuera más que para guisar.

Cuando la luna volvió a derramar su luz sobre la selva, reanudó la marcha.

Una vez dio un rodeo a un pequeño claro en que descansaba una manada de elefantes. Los animales parecían grandes rocas color pizarra diseminadas por el claro.

Doc viajó tres horas seguidas. De pronto, se encontró con un elevado muro de piedra.

Tendría éste una altura de dieciocho metros. No había en la proximidad ningún árbol alto al que pudiera encaramarse para ver lo que había al otro lado de ella.

Avanzó paralelamente a la pared, sin acercarse a más de treinta metros de ella. Distinguía que estaba cubierta de figuras esculpidas;

pero estaba demasiado lejos para averiguar de qué se trataba.

La barrera torció bruscamente y luego volvió a torcer. Era una especie de recinto cuadrado, cada uno de cuyos lados medía tal vez un centenar de metros o más.

No se veía, por parte alguna puerta o cosa que permitiera entrar. Seguía siendo un profundo misterio lo que contenía el recinto.

Doc Savage avanzó. La maleza cesó a cierta distancia del muro y, excepción hecha de unas cuantas plantas achaparradas, la tierra estaba tan desnuda como el trozo que rodeaba la Pagoda de las Manos.

A pocos metros del muro, se detuvo. Su mirada erró por todas partes. Sus labios no se movieron; pero su singular trino pobló el ambiente dulce y melodiosamente.

Lo que llamaba su atención y motivaba aquel trino eran las cosas que había esculpidas en el muro. Estas variaban mucho en tamaño y sin embargo, bien pudieran haber sido talladas del mismo modelo.

Sólo pies humanos adornaban aquella pared. Los había a millares; algunos con los dedos separados, otros como si estuvieran a punto de pisar, unos cuantos con la planta para arriba. Así como la pagoda no había tenido más que manos, aquel muro estaba adornado exclusivamente de pies.

El hombre de bronce avanzó. Las esculturas proporcionaban asideros excelentes para manos y pies. Subió cautelosamente.

Efectuó la ascensión casi en absoluto silencio. Una vez un poco de argamasa se desprendió y cayó al suelo, produciendo un leve ruido. Se paró a escuchar; pero nada de anormal oyó.

Llegó a la cima y echó una mano arriba. Toda la parte superior estaba llena, de esculturas de pies también. Asió grotescos dedos de piedra y se izó.

Se oyó una especie de roce delante de él, un sonido parecido al de un papel cuando se le arruga.

Una expresión extraña apareció en el rostro del hombre de bronce. Sus manos soltaron la piedra; intentó rehacerse, pero pareció encontrarse falto de fuerzas. Cayó hacia atrás.

CAPÍTULO XVII

EL GRITO EN LA NOCHE

ALLÁ en el claro en que se encontraban los aeroplanos, los ayudantes de Doc Savage no dormían, aun cuando estaban lo bastante cansados para desearlo.

El hecho de que Doc anduviera por la peligrosa selva no les preocupaba gran cosa, puesto que el hombre de bronce sabía cuidarse muy bien. Trabajo les hubiera costado definir exactamente lo que les tenía despiertos.

Cuatro de ellos se habían reunido en una de las tiendas, principalmente porque las provisiones se encontraban en ella.

Monk, el simiesco químico, se había quedado solo en la otra y estaba examinando los tres palos negros. Estos le fascinaban, tal vez porque era químico y, por consiguiente, le interesaba la misteriosa composición.

Raspó unas partículas con la uña, lo pensó un buen rato y acabó probándolas. Hizo una mueca horrible, porque la substancia era muy amarga.

Llevaba encendedor sólo por su utilidad como manantial de fuego, porque no fumaba. Lo sacó, lo encendió y aplicó la llama al material, que se fundió inmediatamente, formando un líquido casi de tan poca consistencia como el agua.

Con ácidos extraídos de ciertas frutas tropicales y otros métodos improvisados, Monk hizo unos cuantos experimentos, sin averiguar gran cosa, sin embargo.

Por regla general, no tenía la costumbre de hablar solo; pero en aquellos momentos le dio por hacerlo.

—No hemos salido de este atolladero aún, ni mucho menos —se dijo, pensativo—. Si nos atacan o si logra alguno hacernos

prisioneros pudieran apoderarse de estos palos.

Reflexionó unos instantes en silencio. De pronto se dio con la palma de la mano en la rodilla.

—¡Monk! ¡Eres un hombre inteligente! —se dijo.

A continuación, apagó la lámpara de bolsillo con que había estado examinando los palos, salió y dio la vuelta a la tienda de campaña para asegurarse de que no había nadie cerca. Luego volvió a entrar y estuvo ocupado bastante tiempo, con la cantidad mínima de luz posible.

Cosa de un cuarto de hora después, fue a reunirse con los demás. Le miraron con curiosidad. Monk, sin embargo, no dio explicación alguna, limitándose a preguntar:

—¿Por qué no os acostáis?

—Por esos malditos insectos —bramó Renny—. Suenan como aeroplanos.

En aquel momento, Habeas Corpus empezó a gruñir.

—Ese cerdo es una lata —exclamó Ham—. Está gruñendo así desde hace diez minutos. ¡Maldito si no me entran ganas de convertirle en tocino para el desayuno!

—¿Has comido alguna vez orejas humanas? —inquirió Monk.

—¿Qué tiene eso que...?

—Sólo me estaba preguntando si te gustarían. Vas a estarte comiendo las tuyas dentro de poco como no dejes en paz a ese cerdo. Te las arrancaré y te las daré para comer.

—Hace cara esto de durar toda la noche —dijo Renny, desde un rincón—. Cuando esas dos hienas empiezan a reñir, tienen para doce horas por lo menos.

Habeas Corpus emitió otra serie de gruñidos.

—¡Escucha! —estalló Monk—. ¡Este cerdo oye o huele algo!

Siguió un instante de silencio. Quedó roto de una forma brusca y espeluznante.

Sonó un grito en la selva. Procedía, de cierta distancia, río abajo; pero el tono era fácil de reconocer y las palabras comprensibles.

Era la voz de Lucile Copeland.

—«¡Cabezas!» —aullaba—. «¡Cabezas!» «¡Un millar de cabezas!»

Los mosquiteros se rasgaron, al salir los hombres de la tienda de campaña sin pararse a abrir el cierre relámpago.

—«¡Cabezas...!»

El grito de la muchacha, cesó en una nota muy alta, como lima que toca la punta de un cuchillo bien templado.

—¡Rayos y centellas! —bramó Renny.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

Corrieron hacia el sonido, pistolas super ametralladoras en mano. Habeas corrió tras ellos, no queriendo quedarse atrás.

Llegaron a la selva, lucharon con ella y la penetraron lentamente.

—¡La balsa! —gritó Ham—, ¡es más rápida!

Dieron media vuelta y corrieron a subir a la balsa. Silenciosos ya, y sombríos, salieron a la corriente, que la empujó hacia adelante a toda velocidad.

AL poco rato. Renny susurró: —Fue por aquí...

Acercaron la balsa a la ribera; pero no saltaron de ella inmediatamente. Se pararon a escuchar.

No se oyó el menor sonido.

—¿Sería algún pájaro nocturno? —murmuró Ham.

—Sé lo menos idiota posible —gruñó Monk—. Era la muchacha y su voz expresaba el más profundo terror.

Continuaron aguzando los oídos. Se dieron cuenta de una circunstancia singular. Los odiosos sonidos nocturnos de la selva habían cesado, como si les hubiera hecho enmudecer el grito. Luego, de río abajo:

—«¡Cabezas!» «¡Cabezas!» —Ninguna otra cosa: nada más que esas dos palabras. El tono era agudo y, sin embargo, más hueco que en el otro grito.

—Suena, distinto —dijo Ham.

—Sí, como si le hubieran echado algo sobre la cara —asintió Monk.

No hubo discusión alguna acerca de lo que debía hacerse. Volvieron a empujar la balsa hacia el centro del río y a navegar con la corriente.

—¡Rayos! —exclamó Renny estremeciéndose—. Ese primer grito... ¡en mi vida he oído otro que fuese tan terrible!

Doblaron otra curva y oyeron de nuevo el grito.

—«Cabezas!»

Sonaba en la selva, a la izquierda. Empujaron con las cañas de bambú, doblándolas casi de tanta fuerza como emplearon.

La balsa dio la vuelta. Un instante después se detenían contra la ribera.

Por allí, la ribera era una especie de banco de arena alargado y, a la luz de la luna, parecía tener un matiz amarillo bilioso.

Río abajo, dos pares de bultos negros, parecidos a dos puños negros humanos, asomaban sobre el agua.

Los hombres saltaron a tierra, con Renny a la cabeza. Corrieron hacia la selva, echándose la mano al bolsillo para sacar las lámparas.

Habeas Corpus les había seguido. De pronto emitió un grito agudo, dio media vuelta, y corrió río arriba.

La acción del cerdo hizo que los hombres se detuvieran. Habían estado en contacto con el cerdo aquel lo bastante para saber que sus actos tenían siempre algún significado.

Luego oyeron la especie de roce, de ruido como de alguien que se arrastrara.

A continuación, los acontecimientos se desarrollaron a gran velocidad.

Los rostros de los cinco ayudantes de Doc se contorsionaron. Dieron la espalda a la selva, con la aparente intención de llegar a la balsa.

Renny que había sido el más próximo a la selva, fue el primero en caer, retorciéndose.

Los otros le siguieron casi inmediatamente. Sus movimientos, violentos al principio, fueron haciéndose más débiles hasta que los cinco quedaron inmóviles, sin dar la menor señal de vida.

Los dos pares de bultos de río abajo se alzaron bruscamente, resultando ser los saltones ojos de dos gigantescos <buyas>. Los cocodrilos se dirigieron hacia los cinco cuerpos que yacían tendidos en tierra.

Caminaban pausadamente, como si estuvieran seguros de su presa.

CAPÍTULO XVIII

LAS CABEZAS

DOC Savage, gigantesco hombre de bronce, se hallaba metido en la bifurcación de una rama, a unos cinco metros de altura, por encima de la selva vecina. Estaba haciendo algo muy raro: dándose golpes en la cara.

De vez en cuando se interrumpía para frotarse, violentamente, las sienes.

Después de un rato, quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Intentaba recordar qué había ocurrido: la cima de la muralla adornada con esculturas de pies humanos… el ruido como de algo que se arrastrara… la caída…

Pero… ¿se había caído? No era probable. Una caída de dieciocho metros le hubiera producido alguna dislocación seria o le hubiese roto algún hueso; y nada de eso le había ocurrido.

Decidió que habría podido agarrarse a los pies esculpidos y bajar. Era lo único que podía, explicar satisfactoriamente su descenso. A continuación, huiría, corriendo, selva adentro.

Su cerebro, generalmente imbuido de una claridad, hija de toda una vida de entrenamiento científico, se mostraba, ahora envuelto en brumas. Le estaba costando trabajo recordar exactamente lo ocurrido.

Si había visto algo al otro lado del muro, no lo recordaba. Se quitó de la bifurcación de la rama. Se apoderó de él la modorra y sintió que le daba vueltas la cabeza.

No se parecía a sensación alguna que hubiese experimentado anteriormente en ocasión alguna. Descendió al suelo y se entregó a una serie de ejercicios, hasta que un animal carnicero le obligó a buscar refugio en el árbol nuevamente.

Transcurrió una hora completa antes de que el hombre de bronce estuviera en condiciones de andar por ahí con un poco de seguridad. El meterse por aquella selva en la oscuridad requería coordinación perfecta entre nervio y músculo.

Muy despacio al principio, se dirigió, de nuevo, al muro. Permaneció en el borde de la selva hasta que una nube oscureció la faz de la luna. Luego, silencioso como la propia sombra de una nube, avanzó. Tenía la intención de probar suerte otra vez con la muralla.

Siguiendo la base de la construcción, sus sensitivos dedos siguieron el contorno de cada piedra, buscando una puerta escondida. Pero, después de haber dado la vuelta completa, quedó convencido de que no existía entrada alguna.

La nube era, grande y aún cubría la luna. Alzando la mirada calculó cuánto tiempo duraría la oscuridad aún. Teniendo sumo cuidado de no hacer ruido esta vez, empezó a escalar el muro.

Cuando se halló cerca de la cima nuevamente, no la alcanzó con la mano como la vez anterior, porque era posible que su mano al asir la piedra, hubiera hecho funcionar algún gatillo. Llevaba la lámpara de bolsillo entre la ropa que tenía atada a la espalda. La sacó.

Alzándose de pronto, dirigió la luz por encima del muro. EL haz luminoso se movió, rápidamente, de uno a otro lado, buscando lo que había dentro.

Nada ocurrió aquella vez.

Se subió a la cima de la pared y permaneció agazapado allí. Durante un breve instante, hubiera podido oírse su singular trino. Pasaron las nubes y la luna volvió a lucir.

En el recinto amurallado había una pagoda, una pagoda llena de esculturas de pie humano.

En su forma de construcción, la Pagoda de los Pies no se diferenciaba grandemente de la Pagoda de las Manos. Es posible que tuviera menos escalones, que fuera más ancha y menos alta.

Doc Savage se puso de pie sobre la pared. EL grueso de la misma era, de cerca de un metro. Los pies tallados proporcionaban una superficie difícil para caminar, sobre todo en vista de que andaba despacio y escudriñaba la cima del muro por si había en ella espinas envenenadas o cuchillos.

Dio la vuelta completa a la pagoda.

No pudo distinguir la menor señal de vida.

El interior del muro estaba adornado también de pies. Empleándolos como apoyo descendió. Cruzó en dirección a la pagoda con infinita lentitud, con todos los sentidos alerta.

Describió otro círculo y, por fin, entró en el edificio, hallando una habitación dentro de la pagoda.

Era una cámara grande y abovedada; paredes y techo estaban adornados con innumerables pies, cada uno de los cuales había sido tallado como si estuviera a punto de pisar algo que había en el centro de la habitación.

Ese algo era otro montón de huesos humanos. Un dique de armas y bagajes rodeaba la pila.

Con la lámpara de bolsillo, Doc pasó revista a parte de los equipos. Una de las cosas que más, le interesaron, fue un casco de aviador con gafas.

Se habían desintegrado ya algunas de sus partes de cuero.

Concentró su atención en una caja sobre la que había reposado el casco. Una vez abierta, encontró una serie de papeles que se deshicieron entre sus manos; una oxidada maquinilla de afeitar, cuyas hojas eran copos de orín; y otras cosas de uso personal.

Entre otros objetos, había una pistola de salón, arma de precio, que llevaba una inscripción en la culata esta decía:

PRESENTADO AL AVIADOR JIM PEARCY POR CALVIN COPELAND

Aquella caja debía de haber pertenecido a algún aviador asociado con el padre de Lucile Copeland.

Doc escudriñó la pila de huesos. ¿Serían algunas de aquellas reliquias lo único que quedaba de uno o ambos aviadores que acompañaran a Calvin Copeland en su primera visita a la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas?

Prosiguió su registro de la Pagoda de los Pies; pero no descubrió ninguna otra cosa de valor ni encontró a nadie. De no haber sido por el montón de husos, se hubiera podido creer que el lugar había estado abandonado desde hacía siglos.

Nada había que indicase qué habría causado el misterioso ruido ni el singular sortilegio que inutilizara a Doc durante un buen rato. Una cosa había de posible significado: el hecho de que el ataque no

se hubiese repetido.

Doc Savage abandonó, por fin la pagoda, convencido de que allí no averiguaría ya nada más. Estaba bastante seguro de que el edificio no contenía cuartos secretos.

El hombre de bronce había recobrado la mayor parte de su vitalidad y de su energía. Ello no obstante, decidió regresar al campamento. Las exploraciones podían efectuarse mejor a la luz del día.

Una hora en el aeroplano lograría tanto como una semana de merodeo por las cepas de los árboles. Además, era conveniente descansar un rato.

Efectuó el viaje de regreso por las copas de los árboles en su mayor parte.

Pero había transcurrido la mayor parte de la noche, cuando Doc llegó a la orilla del río frente al campamento.

Una mirada le bastó para averiguar que la balsa de cañas de bambú había desaparecido. Vigiló; escuchó. Al medio minuto se dio cuenta de que había ocurrido algo.

—¡Renny! —exclamó.

No hubo más contestación que el eco y los gritos de un pájaro asustado.

Metiéndose en el río, lo cruzó a nado. Corrió a las tiendas de campaña; las encontró vacías. Usó su lámpara para examinar el suelo.

—¡Señor Savage! —llamó una vocecita femenina.

Doc se volvió. Lucile Copeland se encontraba en uno de los aeroplanos.

Asomaba la cabeza por la portezuela.

—No estaba segura de quién era —explicó en voz que indicaba tensión;— pero, cuando usó usted la lámpara, le vi la cara.

—¿Qué ha sido de mis hombres? —inquirió Doc.

La joven movió, negativamente, la cabeza.

—No tengo la menor idea.

La muchacha se hallaba, evidentemente, nerviosa y asustada y muy débil.

Tenía aspecto de haber pasado por un trance nada agradable.

—Cuénteme, exactamente, lo que le ocurrió a usted —dijo Doc.

La muchacha, le contó lo ocurrido en la Pagoda de las Manos. Su

historia concordaba, aproximadamente, con la que había contado Evall.

—Después de aquel ruido extraño, perdí el conocimiento —prosiguió—. No sé cuánto tiempo estuve así. Debió ser bastante tiempo, no obstante.

Se apartó el cabello, enseñando una herida bastante fea, pero no grave, en la cabeza.

—Con toda seguridad me haría este corte al caerme por los escalones de la pagoda. Es posible que ello explique el hecho de que estuviera tanto tiempo sin conocimiento. O quizá fuera esa otra... cosa.

—¡Cosa!

—Lo que fuera que me dejase sin conocimiento.

—¿Cuándo y dónde volvió usted en sí?

—Hace un buen rato ya y a poca distancia de este campamento. Fue terrible. ¡Horrible! ¡Todas esas cabezas!

—¡Cabezas! ¡Vamos! ¿Qué quiere usted decir?

—Cuando recobré el conocimiento... vi la cosa más horrible... —La muchacha se mordió los labios—. Había un hombre a mi lado. Tenía...

Se estremeció.

—¿Qué?

—¡Tenía mil cabezas!

—Hable usted con sentido común —ordenó Doc—. Estaría viendo visiones.

—No, señor; tenía cabezas por todas partes. Le salían de los brazos, del pecho...

—¿Cómo está usted tan segura de todo eso?

Lucile Copeland se apoyó, débilmente, contra el aeroplano.

—Me creerá usted loca —dijo—. Pero... ¡Le aseguro que vi al Hombre de las Mil Cabezas! Había un claro muy pequeño en la selva. Estaba allí de pie, a la luz de la luna. Era un hombre alto y ancho... casi tanto como usted... y estaba, cubierto de cabezas.

Doc guardó silencio unos instantes.

—¿De qué tamaño eran esas cabezas? —preguntó.

Del tamaño de... limones. —La muchacha casi sollozaba de horror—. El hombre ese tenía una cabeza grande, como cualquier ser humano normal. Pero las otras cabezas, las pequeñas, crecían

encima, de la grande además de por el resto de su cuerpo.

Doc Savage, sin decir nada, escudriñó a la muchacha. La iluminó con la lámpara. Buscaba en ella señales de demencia, preguntándose si no estaría trastornada. Aparte del terror que sentía, sin embargo, parecía completamente normal.

—¿Estaban vivas esas cabezas? —preguntó—. ¿Tenían expresión alguna? ¿Reían o rugían?

Lucile se tapó los ojos con la mano.

—No me paré a mirarlo —contestó con voz ahogada—. Creo que grité algo acerca de cabezas. Luego eché a correr selva adentro.

—¿La siguió el Hombre de las Mil Cabezas?

Ella afirmó, violentamente, con la cabeza.

—Sí; un buen trecho. Pero corrí yo más que él. Estaba tan asustada que creo que ni usted hubiera sido capaz de alcanzarme.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Oí gritar a alguien desde este campamento. Debió de ser uno de sus hombres. Pero estaba demasiado lejos para que me fuera posible distinguir las palabras.

—Sus gritos despertarían a mis hombres.

—Es posible. No lo sé. Estaba aturdida, y asustada casi hasta el punto de enloquecer. Una vez o dos, me pareció oír el eco de mi propio grito.

—¿Eco?

—Sí; me pareció que venía de río abajo.

—¡Hum! —Doc se dirigió al río—. Más vale que eche una mirada alrededor.

CAPÍTULO XIX

METROPOLI SINGULAR

DOC Savage examinó el suelo con ayuda de su lámpara de bolsillo, observando dónde estaban aplastadas las hojas de hierba.

Siguió las huellas de sus hombres por la selva; comprendió, por las señales, que habían encontrado la selva, demasiado impenetrable y que se habían marchado, finalmente, en la balsa.

Antes de abandonar el claro para ir en busca de sus hombres, Doc, tomó una precaución.

Quitó una de las piezas más necesarias de cada aeroplano, envolvió en lona los mecanismos y, ocultándose para que no pudiera observarle ninguno que estuviese, posiblemente, vigilando, enterró el paquete en el suelo de la tienda de campaña.

Procuró no dejar señal alguna de que había sido removido el suelo.

Hizo un paquete de la tierra que le sobró —desplazada por las piezas de los motores— y se la llevó consigo al abandonar la tienda. Si alguien vigilaba (y no había visto nada que le indujera a creerlo), creería que aún llevaba consigo las piezas quitadas a los aparatos.

La muchacha le acompañó. Había recobrado la mayor parte de sus fuerzas ya.

—Primeramente quiero ver el lugar en que recobró usted el conocimiento —le dijo Doc.

—Quiere usted decir donde...

—Donde vió al Hombre de las Mil Cabezas, si.

Cruzaron el río a nado, yendo con cuidado por si había <buayas> por allí.

Ningún cocodrilo les amenazó, sin embargo.

AL avanzar por la selva al otro lado del río, Doc ahorró tiempo,

echándose a los árboles.

Arriba, entre las ramas, Lucile Copeland resultaba casi impotente y se agarraba a todo con una especie de terror rígido.

Doc se la echó a la espalda y le aconsejó que se agarrara bien. Avanzó luego, sin que su peso pareciera estorbarle en absoluto.

Varias veces soltó Lucile exclamaciones de horror al lanzarse el hombre de bronce al espacio. Una vez gritó. Después de eso, cerró fuertemente los ojos y no miró, salvo cuando Doc le pedía direcciones.

Llegaron al minúsculo claro en que había vuelto en sí. Estaba a pocos pasos del río. La muchacha señaló.

—¡Allí! —exclamó—. ¡Mire las huellas del Hombre de las Mil Cabezas!

Doc las examinó. Eran de pies raros, muy grandes. Doc se puso junto a ellas y, comparando sus propias huellas con las otras, calculó el peso del Hombre de las Mil Cabezas. Éste era un hombre de mucho más peso que Doc.

Las huellas partían de la orilla. Se veía por ellas que el misterioso ser había perseguido a la muchacha un trecho. Luego, una procesión de huellas conducía al río nuevamente.

—Con toda seguridad emplearía alguna embarcación —dijo Doc.

Lucile parecía estar reflexionando profundamente.

—Me parece que tenía la cabeza vendada cuando recobré el conocimiento —murmuró—. Al huir, perdí la venda.

—¿Estaba la venda hecha de algún trozo de su ropa?

—No lo creo.

—En tal caso, pudiera proporcionarnos un indicio. Miraré.

El hombre de bronce siguió las huellas de la muchacha.. No tardó mucho en dar con la venda, colgada de un matorral espacioso. La cogió.

Era de un tejido raro, hecho a mano con la fibra de alguna planta tropical.

Volvió con ella y se la enseñó a la muchacha. Ésta abrió, desmesuradamente, los ojos.

—¡Mi padre! —exclamó.

—¿Qué quiere usted decir?

—¡Papá! Era aficionado a tejer. Se pasaba todos sus ratos de ocio haciendo cosas de fibras raras. Esta es una muestra de su trabajo.

Doc Savage afirmó, lentamente, con la cabeza, recordando la cantidad de tapices de complicadísimo tejido, hechos a mano, que había visto en casa de los Copeland. Calvin Copeland debía de ser el autor de ellos.

Doc examinó, detenidamente, el tejido. Su experta mirada sabía distinguir, con cierto grado de exactitud, cuánto tiempo hacía que habían sido cortadas aquellas fibras de las plantas.

No estaban tratadas químicamente y al hacerse viejas, se hacían muy frágiles también.

—Fue hecho hace muy pocas semanas —decidió, por fin.

El rostro de la, muchacha se veía claramente a la luz de la lámpara con que estaban examinando el tejido. Un cambio notable se obró en sus facciones.

El miedo y el horror desaparecieron, ocupando su lugar una alegría infinita.

—En tal caso... ¡mi padre puede estar vivo! —exclamó—. Si este tejido se hizo hace pocas semanas, es señal de que estaba vivo entonces.

—Así es —asintió Doc.

Avanzaron por la selva, río abajo.

El hombre de bronce logró encontrar dos cañas de bambú, secas e intactas, de cerca de treinta centímetros de diámetro y unos nueve metros de longitud.

Usó unas lianas fuertes y algunos travesaños y construyó una tosca embarcación. En ella se echaron al río, ya, que por él se iba mucho más aprisa.

Unos minutos más tarde llegaron al banco de arena en que habían desembarcado los cinco ayudantes de Doc. La balsa seguía atracada allí.

Doc saltó a tierra e inspeccionó la arenosa superficie. Lo que encontró no fue muy agradable. Había huellas; pero la mayoría de ellas habían sido borradas por las que dejaban los <buayas>.

—Parece ser que mis hombres echaron a andar en dirección a la selva y cayeron al suelo —dijo—. Lo que ocurrió entonces es un misterio. Más tarde, los cocodrilos corrieron por todo este banco de arena.

—Tal vez los reptiles... —La muchacha no completó la frase.

—Pueden haber arrastrado a mis hombres al agua —admitió Doc

—. Sin embargo, no hay manchas de sangre.

—¡Renny! —gritó.

Tenía muy pocas esperanzas de recibir contestación. El grito, sin embargo, obtuvo resultados, aun cuando no los que él se había esperado.

Se oyó ruido en la selva, gruñidos y quejidos, y Habeas Corpus salió corriendo. El cerdo estaba espantado, exactamente igual que cuando le encontraron junto a la pagoda de las Manos.

Doc Savage contempló al animal atentamente; pero sus movimientos no le proporcionaron el menor indicio de lo ocurrido.

—Es una lástima que Habeas Corpus no pueda hablar —murmuró Lucile.

Doc Savage completó su exploración de los alrededores; Pero el resultado fue nulo.

Regresó a la orilla del río, seguido de Habeas Corpus.

—Seguiremos río abajo un rato —decidió—. Tal vez descubramos algo.

Puesto que la embarcación construida últimamente era más ligera y podía manejarse mejor que la balsa, siguieron empleándola.

Doc procuró navegar por cerca de la orilla, en la sombra de los bambúes, donde la oscuridad era intensa. Habeas Corpus guardaba silencio.

Los sonidos de la selva iban perdiendo, rápidamente, su naturaleza siniestra.

Los gritos de muerte de ave y animal habían cesado casi por completo, anunciando ello la proximidad de la aurora. Los carnívoros, satisfecho su apetito, se retiraron al aparecer una leve claridad por Oriente.

Con gran sorpresa de Doc Savage, el río torcía bruscamente a la derecha y daba muestras de continuar en esa dirección.

Fue clareando más. Doc vigilaba la ribera. El río se había ensanchado, haciéndose, a la par, más pacífico y, a juzgar por lo llana que se presentaba la selva a ambos lados, viajaban en aquellos momentos —por un valle bastante extraño.

—¡Mire allá! —dijo, el hombre de bronce, súbitamente.

En la ribera se veían bloques de piedra. No cabía la menor duda de que éstos habían sido trabajados por manos humanas. Pero, con toda seguridad, habría sido muchos siglos antes. Habiendo estado

unidos, en otros tiempos, por argamasa, mucho hacia que se habían despegado.

—Parece un desembarcadero prehistórico —susurró Doc.

Se acercó a la ribera, saltó a tierra e hizo una inspección. Había, como dedujera él, el suelo de un gran valle a cada lado del río. La selva lo cubría todo; pero el tiempo no había logrado eliminar ciertas señales.

—Este valle estuvo cultivado antaño —dije Doc—. Había muchos millares de hectáreas bajo cultivo. Al parecer, tenía riego y parece haber sido obra de una raza bastante adelantada.

Lucile Copeland movió afirmativamente, la cabeza.

—Sí; recuerdo que mi padre dijo que había visto campos que antaño estaban cultivados. Fue cuando encontró el sitio en aeroplano.

—Seguiremos río abajo. Parece correr en la dirección en que queremos ir.

Era necesario hacer uso de las pértigas continuamente para que avanzara la embarcación, porque la corriente del río apenas si existía ya. Recorrieron una milla, luego otra. El río describía una ancha curva. La doblaron.

—¡Ahí está! —murmuró Doc—. ¡La ciudad!

La parte exterior de la metrópoli se componía de una línea de construcciones de piedras cuadradas, como cajas. Estas estaban colocadas, formando un gran círculo, a unos cincuenta metros una de otra, midiendo cada una de ellas más de seis metros. Parecían hallarse en perfecto estado de conservación. Aquellas cajas cuadradas, tenían todas aspilleras por los lados.

—Una hilera de fortificaciones exteriores —murmuró Doc Savage—. Tal vez tengan comunicación con la ciudad por medio de pasajes subterráneos.

Más allá de las construcciones cuadradas había una alta muralla y por encima de ella, asomaban torreones y minaretes de fulgurante piedra —sorprendente e inspiradora visión.

El río se deslizaba muy cerca de las murallas; pero Doc acercó la embarcación a la ribera y saltó a tierra.

—Nos acercaremos a pie —dijo—. Correremos menos riesgo de ser observados.

La selva era mucho menos densa por allá y avanzaron

rápidamente de forma que pronto se hallaron lo bastante cerca para escudriñar uno de los fortines.

A su alrededor, no se oía el menor sonido; ningún movimiento, ni siquiera el revolteo y el griterío de aves tropicales. Esto resultaba altamente expresivo, puesto que los habitantes del bosque se habían mantenido alejados de la Pagoda de las Manos y de la Pagoda de los Pies.

—¡Este silencio...! —exclamó Lucile—. ¡Es horrible!

—Es bastante extraño, en efecto —asintió Doc—. Observe la piedra de esos edificios, su estado de conservación... Estas construcciones tienen, indudablemente, muchos siglos de existencia, y, sin embargo, no se ve en ellas la menor señal de vandalismo. No las han echado abajo.

—No parece haber nadie por aquí.

—No —Doc se preparó para avanzar—. Vaya con ojo, avizor y si empiezan, a ocurrir cosas, no se aparte de mi lado.

La muchacha le asió del brazo.

—¡Aguarde! ¡Los tres palos negros!

—¿Qué pasa con ellos? —inquirió Doc, deteniéndose.

—Mi padre dijo que eran las llaves, que sólo con ellas podía uno entrar en esta extraña ciudad, sin peligro.

—Pero no sabe usted cómo usarlos.

—Ya lo sé; pero es posible que comprendamos su uso cuando se presente la necesidad.

—Es cierto —reconoció Doc;— pero yo ya no tengo los tres palos.

—¿Que ya no tiene...?

Se apagó la voz. Se le abrieron desmesuradamente los ojos y pareció como aturdida.

—Se los di, a Monk —dijo Doc.

—¡Oh! En tal caso no... los tenemos.

—¿Está usted dispuesta a entrar sin los palos?

La muchacha miró hacia la extraña ciudad. Luego afirmó, vehementemente, con la cabeza.

—Tal vez esté mi padre ahí dentro —dijo—. Sí; entraré.

Echaron a andar juntos, pasando cerca de uno de los fortines a fin de examinar la piedra de cerca. Observaron que la piedra, que al principio había parecido lisa, estaba cubierta, en realidad de

minúsculas esculturas de forma irregular.

—Estas señales padecen querer representar escamas de pez de alguna clase, —insinuó la muchacha.

Doc estudió el adorno y aseguró: —Son dientes humanos.

—¿Cómo?

—¡Dientes! Una pagoda estaba cubierta de manos y otra de pies. Estos fortines están adornados con dientes.

—Parece… apropiado.

No viendo señales de vida, Doc y su compañera siguieron adelante, llegaron a la muralla y la encontraron cubierta de adornos también. La decoración no era toda igual, salvo en que todos los diseños representaban prendas de vestir, del tipo usado; probablemente, por los antiguos que habían construido la ciudad.

Había «kain sals», parecidos a chales; «kasuts» de aspecto bastante tosco, para los pies y numerosas prendas más. Se habían esculpido todas con exquisito cuidado.

Doc Savage y Lucile Copeland tiraron hacia la derecha contemplando la cima de la muralla, que no tardó en hacer un recodo. Vieron a cierta distancia, de cara al río, una puerta. Era alta y estrecha.

Doc concentró su atención en la muralla. Los artesanos que habían hecho las esculturas habían dado muestras de astucia. A pesar de lo basta que resultaba la superficie no había un solo punto que pudiera servir de apoyo a una mano o un pie.

—Probemos la puerta —decidió Doc.

La encontraron de construcción singular. Cerrábala una gigantesca losa de piedra que giraba sobre un eje introducido en su centro, para que pudiera cerrarse. En aquel momento se hallaba medio abierta, como invitándoles a entrar.

Doc dirigió una mirada a Lucile Copeland.

—¿Quiere usted correr el riesgo, de verdad?

—Sí; mi padre puede estar ahí dentro.

Entraron por la puerta de la mística ciudad del Hombre de las Mil Cabezas.

Habeas Corpus les pisaba los talones.

CAPÍTULO XX

PODER INVISIBLE

UNA vez pasada la puerta, fue como si se encontraran en un estrecho desfiladero de piedra. Altísimas murallas se alzaban a ambos lados, sin aspilleras ni hueco alguno en toda su extensión.

Las paredes estaban inclinadas hacia adentro, de forma que el espacio que las separaba por arriba era, mucho más estrecho que por abajo.

El extraño desfiladero medía cien metros de longitud por lo menos.

—Es un sistema de defensa —explicó Doc—. Los sitiadores que lograran echar abajo la puerta, hubieran tenido que pasar por este desfiladero. Los defensores podían disparar flechas o tirar piedras desde arriba.

El gigantesco hombre de bronce, sin más ropa que el pantalón, resultaba una figura tan llamativa como las fantásticas murallas.

Lucile Copeland seguía muy pegada a él, temblando un poco a medida que avanzaban. Doc escuchó atentamente y se volvió con frecuencia para mirar la puerta.

Pero no se oía el menor ruido. Hacía calor en aquel estrecho pasaje, porque el sol se hallaba ya en el cenit y brillaba, como una bola de fuego.

Los pies desnudos de Doc no hacían ruido alguno; pero las botas de la muchacha despertaban ecos que reverberaban contra las altas paredes con el mismo sonido que dos bolas de billar al chocar.

La deslumbradora luz del sol les cegó momentáneamente cuando salieron de entre aquellas paredes. Se protegieron los ojos con las manos.

Ante ellos, se veía un panorama de fulgurante esplendor. Su

extensión, sus colosales proporciones y sorprendente riqueza, les inmovilizaron unos segundos al contemplar los baluartes de piedra de algunas de las fantásticas construcciones que les rodeaban.

Eran aquellos edificios de arquitectura oriental, con tendencia a los minaretes, torres y aleros de fantasía. Los colores eran profusos y brillantes.

Su presencia no indicaba, pintura, sino incrustaciones de piedra de color.

Los efectos eran magníficos. Los colores no chocaban unos con otros, sino que se fundían, de manera que todo lo que les rodeaba formaba un mosaico que era una sinfonía en color.

—Es tan bello que no parece natural —dijo Lucile. Doc Savage nada dijo, sino que siguió mirando a un sitio y otro siempre alerta, porque tenía algo de amenazador, de abrumador, aquel silencio singular que envolvía a la extraña y fabulosa metrópoli.

—¡El silencio! —murmuró Lucile.

Y se acercó aún más a su compañero.

Había bocacalles a ambos lados, por cuyo centro pasaban canales llenos de agua, Evidentemente, se desviaba el agua, del río más arriba, haciéndola pasar por algún túnel subterráneo que la conducía a aquella avenidas acuáticas.

A ambos lados de los canales había anchos paseos bastante desgastados, como por el paso de hombres y de elefantes; pero no de vehículos.

El cerdo Habeas seguía pisándoles los talones, jadeando un poco, porque el calor era terrible. No parecía sentir gran interés por su fantástica vecindad.

No tardó en hacerse evidente que las calles eran como rayos de rueda que convergían en un foco central y fue hacia éste que echó a andar Doc Savage.

Como las avenidas no eran rectas, era imposible ver, que había en el punto central, el lugar a que al parecer, iban a parar todas las calles.

—¡Mire! —exclamó Lucile.

Señalaba las esculturas, que tenían los edificios a su alrededor, esculturas que eran aún más extrañas que todas las vistas anteriormente.

Éstas eran efigies de distintas partes del cuerpo humano: brazos,

piernas y torsos. Ascendían a centenares.

—Están hechas con verdadera maestría —murmuró Doc, pensativo—. La antigua civilización que...

Calló. Algo había afectado al cerdo.

Las patas de Habeas Corpus se habían puesto rígidas; El pelo se le había puesto de punta y tenía las enormes orejas derechas, como para recoger cualquier sonido.

—Ve o siente algo —susurró Lucile.

Doc se metió una mano en el bolsillo y sacó un estuche pequeño de metal que no había abandonado ni un momento. Lo abrió y sacó varias bolitas metálicas minúsculas que parecían parte de un cojinete de bolas.

La muchacha las miró con curiosidad cuando su compañero se las dio.

—¿Observa usted que cada una de ellas tiene una palanquita que puede moverse con la uña? —inquirió Doc.

La muchacha las examinó, respondiendo: —Sí.

—Son granadas cargadas con uno de los explosivos más potentes del mundo. Si se ve obligada a usarlas, tírelas lo más lejos posible. Si alguna de ellas cayera cerca de usted, el resultado sería verdaderamente catastrófico. Mueva la palanquita en el momento de ir a tirarlas.

—Usted cree...

—No lo sé. El cerdo está obrando igual que cuando se aproximó a esas pagodas.

—¿Supone usted —murmuró Lucile, estremeciéndose—, que presiente la presencia del Hombre de las Mil Cabezas?

Doc Savage observó que la muchacha estaba conteniendo su pánico mucho mejor de lo que era de esperar; conque decidió no dorar la píldora.

—No cabe la menor duda de que aquí se oculta algo siniestro y terrible —dijo—. Y no me refiero a Sen Gat ni a Evall. Hasta ellos parecen haber sido víctimas del Hombre de las Mil Cabezas.

Lucile Copeland miró a su alrededor, cono si la brillante luz solar y los hermosísimos edificios constituyeran el paisaje más horrible que hubiese visto en su vida..

—¡Ningún ser humano puede tener un millar de cabezas! —exclamó—. ¡Aunque sólo le vi un instante, fue horrible!

—¿Usted cree que es el producto material de algunas de esas creencias orientales en tales ogros? —inquirió Doc.

La muchacha se estremeció.

—Le digo a usted que le vi con mis propios ojos.

—Y yo estoy dispuesto a reconocer que algunos de los acontecimientos recientes tienen la apariencia de ser parte del misticismo y la magia de Oriente —le dijo Doc. Luego dedicó su atención al cerdo, diciendo:— ¡Anda y busca lo que te está molestando, Habeas!

El cerdo, sin embargo, no parecía saber otra cosa sino que le amenazaba algo terrible, porque dio vueltas al tuntún, corriendo primero en una dirección, luego en otra, como para indicar de dónde partía la amenaza.

—¿Será, acaso, que Habeas empieza a padecer de una especie de manía persecutoria? —se preguntó Doc, pensativo.

Siguiendo adelante, pisaron guijarros que tenían la blancura de perlas finas.

Una finura delicadísima caracterizaba las figuras esculpidas en relieve en los edificios —una exquisita perfección de detalle que elevaba el trabajo a la categoría de obra maestra.

De vez en cuando veían señales de antigüedad y de abandono. Sin embargo, en la forma de árboles —enormes «jatis» y <gethas>retorcidas— que crecían en las grietas de las piedras y, en algunos sitios, habían separado las piedras y hasta las habían derrocado.

Llegaron a una avenida estrecha, con puertas bajas a ambos lados. La mirada de Doc escudriñó estas aberturas.

La sombra del sol era sorprendentemente oscura, casi como si se hubiera derramado tinta sobre los blancos guijarros. Inesperadamente, Habeas Corpus empezó a emitir gruñidos de terror tras ellos.

Tan altos eran los ominosos sonidos, que despertaban singulares ecos que parecían salir de todas las aberturas de la calle.

—¡Aprisa! —exclamó Doc.

El hombre de bronce dio media vuelta y corrió a buscar la causa de los gruñidos del cerdo. La multitud de ecos lo hacía difícil.

Dobló el recodo de la calle que acababan de atravesar. Habeas debía de haberse rezagado.

Dio por fin con el lugar de donde salían los gruñidos, ¡un portal bajo! Se dirigió a él.

¡Aguarde en la calle! —le gritó a la muchacha.

Lucile Copeland, que se hallaba unos metros más atrás, exclamó:

—Pero usted....

—Si ocurre algo, dé usted un grito y volveré.

Entró en una habitación pequeña, que parecía una caja. Las paredes eran completamente lisas, desprovistas de todo adorno. Enfrente había una puerta.

Habeas parecía estar más allá.

Bajo los pies de Doc, el suelo parecía de cristal, agrietada aquí y allá por el tiempo. La puerta, por la que se metió de cabeza, era poco más que una hendidura estrecha, que perforaba una pared de cerca de un metro de grueso.

Los quejidos del cerdo cesaron bruscamente.

El hombre de bronce se encontró en la oscuridad y, como acababa de salir de la luz del sol, las tinieblas parecían doblemente intensas. Sacó la lámpara, de bolsillo.

El haz luminoso dio sobre Habeas Corpus, que yacía en el suelo, a un lado del cuarto. Estaba inmóvil. Tenía los ojos muy abiertos y fijos; pero no parecía ver.

Doc no avanzó inmediatamente. Se quedó detenido donde estaba, en el hueco de la puerta, y movió de un lado para otro la lámpara.

Al examinar la cámara de piedra, el asombro le conmovió hasta el punto que empezó a emitir aquel ruido, aquella nota tan extraña que le era peculiar.

El cuarto no tenía más puertas. En una pared, a mitad del camino entre el suelo y el techo, había una reja que tal vez sirviera para la ventilación. Estaba hecho de una losa de piedra llena de agujeros. Ninguno de ellos medía más de veinticinco milímetros de diámetro.

Las paredes, parecían macizas y tan lisas que era imposible que tras ellas se escondiera puerta alguna. Sin embargo, algo había dejado tendido al cerdo.

Doc avanzó, cogió al animal y lo examinó. No estaba muerto; pero parecía hallarse presa de un extraño estupor.

Fuera, en la calle, Lucile Copeland empezó a gritar con voz

horrorizada:

—«¡El Hombre de las Mil Cabezas!»

Se apagó su voz, como si la hubieran metido dentro de un cajón.

Doc Savage salió, corriendo. Llevaba el cerdo consigo. Pero, después de dar dos o tres saltos grandes, comprendió que algo raro le había ocurrido a él.

Sus gigantescos músculos parecían haberse aletargado; sintió una pereza, una flojedad repentina.

Se le doblaron las rodillas y sólo se salvó de caer del todo, haciendo presión con los nudillos contra el suelo. Luchó por levantarse. El sudor perló su metálica piel. Su respiración se hizo fatigosa.

Tenía cierta cualidad horriblemente sobrenatural aquello que le había ocurrido. Había llegado sin aviso alguno de ninguno de sus sentidos.

Nada vio ni oyó.

0… ¿hubo sonido? ¡Sí! Doc lo percibió entonces vagamente, una especie de susurro como el que produce un cuerpo al arrastrarse.

Era el mismo sonido que oyera en la Pagoda de los Pies. La muchacha también había hablado de un sonido así, al contar lo que le sucediera en la Pagoda de las Manos.

Con movimientos que se habían hecho infinitamente lentos, el hombre de bronce luchó para salir al aire exterior. No experimentaba dolor alguno; no sentía somnolencia.

Sus sentidos no parecían haber sido afectados Sólo existía aquella extraña languidez, como si una muerte singular y lenta se apoderara de él.

Después de lo que se le antojó un siglo aunque sabía que no podía haber sido más de un minuto —salió al calor del sol tropical.

¡La muchacha había desaparecido!

Doc salió al medio de la calle, mirando a derecha e izquierda. Por parte alguna se veía señal de Lucile Copeland; ningún grito, ningún movimiento suministraba el menor indicio acerca de su paradero.

Empezó a correr todo lo aprisa que pudo. Un niño pequeño hubiera podido seguirle con facilidad, tan lentos eran sus movimientos.

Respiró profunda y rápidamente y el sudor caló la poca ropa que

llevaba.

Echó atrás la cabeza y el resplandor del sol fue como una mano flamígera invisible que le asiera las facciones.

Después de haber corrido un buen rato, empezó a pasársele la languidez. Su tremenda naturaleza, había logrado vencer al poder invisible.

Mirando hacia atrás, observó que estaba dejando huellas húmedas sobre los blancos guijarros, de tanto que había sudado.

Siguió adelante. Pronto apareció un pequeño espacio abierto, un lugar en que se cruzaban varias calles. En el centro había un estanque redondo, lleno de un agua sorprendentemente clara, pero de un leve tinte azulado.

Se detuvo junto a él, ahuecó la mano y estuvo a punto de sacar con ella un poco de agua con que refrescarse; pero no tocó el líquido.

En lugar de eso, se arrancó un trozo del pantalón y lo metió en el agua.

Luego depositó el trapo sobre el parapeto del estanque, teniendo cuidado de que la humedad no le tocara la piel.

AL poco rato, el trapo empezó a volverse de un color azul muy oscuro.

Cuando lo tocó, se deshizo.

No necesitó más para comprender que aquel estanque representaba la muerte.

Se alejó de allí apresuradamente.

Habeas Corpus seguía vivo; Pero sin conocimiento como antes. Con tiras de su propia ropa, hizo una especie de honda para el cerdo y se lo echó al hombro.

Más abajo de la calle, había un edificio adornado con unas esculturas fantásticas e intrincadas que, a distancia, parecían ser de algún tipo poco corriente de serpiente; pero, al ser examinadas de cerca, resultaron excelentes delineaciones de los músculos del brazo humano.

Doc sólo les echó una ligera mirada; luego los asió y se puso a escalar la fachada.

Tenía la intención de viajar por los tejados, en adelante —camino que le había estado vedado mientras le acompañaba Lucile Copeland— A la muchacha le faltaban fuerza y agilidad para salvar

los espacios que había entre edificio y edificio.

Una vez en el tejado, miró a su alrededor. Le era posible ver toda la fabulosa metrópoli.. Su mirada se dirigió hacia el centro. Pero sufrió un desencanto. Por allí eran altos los edificios y le cortaban la vista.

Volvió hacia el lugar donde había desaparecido Lucile. Ahora que ya no sentía aquella extraña languidez era su propósito buscarla.

Una calle le cortaba el paso. Tomó carrera y dio un salto prodigioso, aterrizando en el tejado del edificio de enfrente.

La potencia y agilidad de que dio pruebas en aquel salto hubieran asombrado al que le viera; pero el gigante de bronce no estaba satisfecho, porque echaba de menos parte de su fuerza habitual.

Haciendo una breve pausa, ejercitó sus músculos hasta que el sudor volvió a empaparle, convirtiéndose casi en vapor, de cálido que era el sol.

Su propósito era sencillo a más no poder. El calor y el ejercicio se combinaban para conseguir el efecto de un baño turco, excelente medio de expulsar el veneno del cuerpo humano. Doc continuó. Cuando llegó a la vecindad del lugar en que desapareciera la muchacha, avanzó con mayor cautela, haciendo pausas frecuentes para escuchar y para hacer uso del olfato, en busca de olores desconocidos.

Una voz llegó hasta él tan inesperadamente que en tales circunstancias, a cualquier otra se le hubieran puesto los pelos de punta.

—¡Doc Savage! —gritaba—. ¡Por aquí!

CAPÍTULO XXI

EL OFRECIMIENTO DE SEN GAT

AL oír aquella llamada, Doc Savage quedó convencido de que lo que le ocurriera anteriormente le había, hecho perder parte de la agudeza de los sentidos. Debía de haber visto al otro antes de oírle.

Sen Gat le había llamado. Aquel oriental, alto, que parecía un cuervo negro, estaba agazapado en un tejado vecino. Aplanado, desgreñado, lleno de arañazos y de cardenales; daba lástima verle.

Lo que resultaba sorprendente, sin embargo, era que tenía intactas aún las uñas, dentro de sus estuches protectores.

Detrás de Sen Gat estaba, agazapado el siniestro Evall. También él había sufrido malos tratos, como lo indicaba su ropa desgarrada y la morada piel.

Si ello era posible, su aspecto era más siniestro que nunca.

Doc se movió hacia ellos, empujado por la curiosidad. Ninguno de los dos llevaba armas y no se veía a nadie más por allí. Al acercarse a ellos, Doc tomó nota de dos cosas:

Primera: a Sen Gat le abultaban enormemente los bolsillos.

Segunda: ambos hombres eran presa de un miedo horrible, como lo demostraba sus movimientos nerviosos, sus ojos saltones, su respiración intermitente.

Doc se detuvo. Una callejuela estrecha le separaba de la pareja.

—El llamarme no fue cosa muy prudente que digamos —observó, sombrío—. Tengo muchas cuentas que saldar con ustedes.

Sen Gat se estremeció; agitó sus grotescas uñas.

—Escuche… —empezó a decir.

—¿Dónde está Lucile Copeland? —preguntó Doc.

—¡«Baukan bagitu!» —exclamó Sen Gat, hablando en su lengua nativa de turbado que estaba—. ¡Oh, no! ¡No la hemos tocado!

—¿La han visto en esta ciudad?

El otro movió la cabeza, vehementemente.

—¡No la hemos visto! ¡Lo juro por todos mis antepasados!

—¿Por qué me llamó?

—¡Oh, hombre de bronce! ¡Que <Malik ul —Maut>, el ángel de la muerte, me lleve sino digo la verdad! ¡Grande es mi terror, hombre de bronce, porque la muerte se halla cerca de nosotros y lo único que pude salvarnos es lo que usted lleva!

—¿Qué?

—¡Los palos negros!

Doc oyó estas últimas palabras en silencio; pero, hasta cierto punto, le produjeron una desagradable sorpresa, porque demostraban que aquellos dos hombres no sabían que se los había entregado a Monk.

Por consiguiente, no podían haber estado en contacto con el químico.

Monk, pues, no había visto a Sen Gat; las horribles huellas de la ribera eran la única señal de su suerte.

—Dénos dos de ellos —suplicó Sen Gat—. Uno para mí y otro para Evall... para que podamos todos vivir.

—No tengo por qué preocuparme de ustedes —dijo Doc, secamente.

—Los palos no le salvarán a usted —lloriqueó Sen Gat.

Doc calculó el espacio que le separaba de los dos hombres. Podría salvarlo dando un gran salto.

—Conque no me salvarán, ¿eh? ¿Por qué no?

—¡Porque no sabe usted usarlos!

—Pero ustedes sí saben, ¿eh?

—Sí.

Doc Savage se puso de puntillas, miró y descubrió que había un agujero cuadrado en el tejado sobre el que se hallaban Sen Gat y Evall.

La presencia de la abertura explicaba su brusca aparición. Sin duda habían salido por ella.

Doc conservó la voz exenta de emoción.

—Antes de que discutamos más el asunto de los palos negros, es preciso que sepa lo que les ha ocurrido a ustedes.

Sen Gat y Evall se miraron. Luego, como obedeciendo a una

señal convenida, se estremecieron.

—Fue increíble —gimió Sen Gat—. Mis hombres y yo aterrizamos en nuestros aeroplanos. Oímos un ruido extraño. Luego nos ocurrió algo... inexplicable. Yo perdí el conocimiento y no lo recobré hasta hace poco rato en un cuarto de piedra. Sólo Evall estaba conmigo. No sé dónde estarán mis hombres.

Doc transfirió su mirada a Evall.

—¿Y usted?

El hombre simiesco se humedeció los labios con la lengua.

—Ya sabe usted cómo le di esquinazo en la balsa al acercarse Sen Gat. Fui río abajo y desembarqué en ese claro. Sen Gat y los otros aterrizaron para recogerme.

Doc no se dio cuenta de que Habeas Corpus empezaba a moverse a sus espaldas, prueba evidente que se le habían empezado a pasar al cerdo los efectos del misterioso ataque.

—Están ustedes omitiendo algo —les recordó a los dos hombres.

Sen Gat puso cara de ingenuo.

—Juro por mis numerosos e ilustres antepasados...

—Los palos negros —le interrumpió Doc:— ¿dónde se enteró de cómo se empleaban?

—Dénos dos de los palos negros y se lo diremos —murmuró Sen Gat.

Haciendo como si no hubiera oído, Doc preguntó:

—¿Qué fue de mis cinco ayudantes?

Sen Gat vaciló, mirándose las uñas.

—¿Cómo quiere que lo sepamos nosotros? —dijo.

—Debiera saberlo. Parece usted tener doble vista.

—No comprendo —respondió Sen Gat.

—Sabe que tengo los tres palos negros ¿Cómo lo averiguó?

—No lo sabíamos —repuso, después de reflexionar unos instantes—. Fue una estratagema para averiguar si usted los tenía.

El hombre de bronce no se dejó engañar.

—Son ustedes dos embusteros —dijo—. De lo que me han contado no es verdad ni la mitad.

Evall dijo algo en voz tan baja, que Doc no lo oyó. Ello pareció impulsar a Sen Gat a meter las manos en el bolsillo abultado.

Doc se quedó mirando con sorpresa lo que sacó. ¡Joyas! Eran piedras sin tallar de un tamaño moderado; diamantes y rubíes en su

mayoría, con su buena proporción de perlas.

—¡Un puñado de éstas por dos de los palos! —ofreció Sen Gat—. ¡Son auténticas!

Doc se quedó pensativo unos instantes.

—¿De dónde han salido? —preguntó.

Sen Gat vaciló.

—Eso es secreto mío.

—Conque este lugar contiene un botín como ése, ¿eh?

—Evidentemente; pero, ¿quiere cambiar dos...?

—Y usted sabía que existía semejante botín, antes de salir de Londres. Debe de haberlo sabido, puesto que ninguna otra cosa puede explicar sus locos deseos de llegar a esta ciudad, ¿Cómo lo supo? Maples no lo sabia.

—Yo soy hijo de la Indochina —respondió Sen Gat—. Me dediqué al comercio, durante muchos años, en esta selva..

—Y... ¿oyó hablar de esta ciudad?

—Sí. Había oído hablar muchas veces de ella. Conocí una vez a un hombre que había estado lo bastante cerca para ver... el lugar de donde salieron estas joyas. Sabía que no mentía.. Sabía que las joyas estaban aquí.

—¿Qué más sabe usted?

—Nada.

—¡Otro embuste!

Encogiéndose un poco, Doc dio un salto con el objeto de ver todo el agujero que había detrás de Evall y de Sen Gat.

Logró ver lo que se proponía. Lo que vio le produjo una sorpresa.

Sen Gat llevaba atada una fuerte cuerda de «sutera» al tobillo; Evall se hallaba en la misma situación. La extremidad de las cuerdas se perdía por el agujero.

—¿Quién les tiene a ustedes prisioneros? —inquirió Doc.

—¡«Karut»! —gritó Sen Gat desesperado—. ¡No diga tonterías! Llevábamos las cuerdas atadas a los tobillos cuando recobramos el conocimiento.

Era mentira, naturalmente, y Doc Savage tomó carrera para saltar.

Sen Gat y Evall alzaron las manos, angustiados. Les estaban tirando de las cuerdas, haciéndoles perder el equilibrio. Alguien

tiraba de ellos hacia el agujero. Ambos desaparecieron del tejado, pataleando.

Doc saltó, aterrizando en el otro tejado.

A su espalda, Habeas soltó un gruñido.

Los ojos dorados del hombre de bronce tenían la mirada fija en el agujero.

La luz del sol penetraba en el interior, iluminando un piso liso, paredes no menos lisas y una puerta. Un empinado tramo de escalera conducía del tejado al interior del cuarto. No se veía ni rastro de Sen Gat ni de Evall.

Doc se encontró envuelto en la oscuridad. Oyó débilmente, delante de él, ruido de pasos que corrían. Apretó a correr.

AL extremo opuesto del cavernoso pasillo un rayo de luz penetraba por un agujero del techo. Parecía un foco de teatro.

En su luz… ¡se encontraba el Hombre de las Mil Cabezas!

Doc Savage se paró en seco. Había corrido muchos peligros en su vida y visto cosas muy extrañas. Pero ninguna podía compararse con aquella.

El Hombre de las Mil Cabezas era una visión en extremo grotesca. Doc Savage era un gigante; pero aquel monstruo era más gigantesco aún.

Tenía una cabeza del tamaño común a cualquier ser humano normal; pero tenía otras cabezas; decenas, centenares de ellas… algunas eran del tamaño de una nuez. Le salían tres de la frente; otras de las mejillas, de los brazos, de los costados… Parecían horribles verrugas.

La única prenda de vestir que llevaba el Hombre de las Mil Cabezas era un paño por la cintura y este brillaba con fulgurante esplendor al darle la luz de aquel rayo de sol, porque estaba compuesto de piedras preciosas —zafiros, rubíes y perlas en su mayor parte— entretejidas con una malla de metal amarillo, que era, sin duda, oro.

Todo esto lo vió Doc en la primera ojeada, porque el Hombre de las Mil Cabezas dio, bruscamente, un salto hacia atrás y se perdió en la oscuridad del cuarto.

Doc saltó hacia delante. Habeas Corpus forcejeó y logró librarse de la honda que le sujetaba a la espalda del hombre de bronce. Pero, en lugar de huir, siguió a Doc Savage.

Metiéndose una mano en el bolsillo, Doc sacó una de las minúsculas bolas de metal cargadas con potente explosivo. Corrió la palanca. Lanzó la bola.

Se paró en seco y se aplastó contra el suelo, tiró de Habeas con una mano y se tapó la cara con la otra.

Se vió una llamarada y todo el edificio se conmovió. Bloques de piedra rechinaron unos contra otros. Parte del techo se hundió. El polvo de las rocas y las emanaciones del explosivo ascendieron en cegadora nube.

Doc se puso en pie y corrió adelante.

A unos dos metros de él, de pie junto a la pared, había una figura.

Doc corrió hacia ella.

A mitad de camino hizo un descubrimiento. Era demasiado tarde ya para pararse; pero no hizo el menor esfuerzo para agarrar la figura.

No pudo impedir, sin embargo, que su hombro la tocara, y la grotesca figura perdió el equilibrio. Al tocar el suelo se rompió en varios pedazos, que rodaron ruidosamente por el suelo.

No era más que una efigie de piedra del Hombre de las Mil Cabezas.

Al avanzar por el pasillo, Doc vió que había otras efigies iguales. Las examinó atentamente por si alguna de ellas resultaba ser la figura viva que buscaba. Pero no encontró vida en ninguna de ellas.

Se paró en seco. Sacó otra bola explosiva. La tiró.

Se hallaba en el centro de una gran cámara cuando oyó la especie de siniestro roce que presagiaba el misterioso embrujamiento o lo que fuera, de la fabulosa metrópoli.

Hubo una llamarada y una explosión enorme que repercutió por cámaras y corredores.

El polvo hizo estornudar a Habeas Corpus.

El ruido aquel, como de un cuerpo que se arrastrara, no había sido apagado por la explosión. Si acaso, resultaba aún más perceptible que antes.

Doc empezó a retroceder. Sacó la lámpara del bolsillo y la encendió; pero el polvo levantado por la explosión no le permitió ver lo que producía aquel ruido.

Intentó seguir adelante y pareció tambalearse. Procuró

mantenerse en pie y dio un traspié.

El ruido de roce pareció crecer en volumen. Doc comenzó a perder la facultad de coordinar.

Habeas Corpus cayó al cuelo y se quedó muy quieto.

Al poco rato Doc cayó al suelo también, se agitó un poco y luego se quedó inmóvil.

CAPÍTULO XXII

PRISIONERO

EL despertar del hombre de bronce fue lenta. Experimentaba cierta incomodidad y aturdimiento.

Doc Savage pudo levantarse al poco rato y examinar lo que le rodeaba. Le envolvían las tinieblas. Tuvo que limitarse a explorar mediante el tacto y empezó por examinar su propia persona.

Comprobó que se le había hecho un registro concienzudo. Le habían quitado toda la ropa, salvo el pantalón.

Cierto escozor por debajo de las uñas de los dedos de las manos y de los pies le hizo comprender que se las habían raspado para eliminar cualquier substancia química que pudiera ocultar en ellas.

Las manos le dijeron que le rodeaba una pared de piedra. El cuarto era redondo y las piedras estaban encajadas con tal maestría que no quedaba un hueco lo bastante grande ni para meter una uña.

Un salto hacia arriba, con los brazos extendidos, le dio a conocer que el techo se hallaba a cerca de tres metros de altura. Inició una inspección más minuciosa de las paredes, andando despacio, arrastrando las manos sobre la piedra, empujando, frecuentemente con todas sus fuerzas.

Había una abertura a unos dos metros del suelo. Medía cerca de un metro de lado, con unas tiras de piedra verticales, que parecían barrotes.

Colgándose de las mismas y metiendo los brazos, Doc no tropezó con nada..

Tiró de los barrotes de piedra. No cedieron en absoluto Continuó trabajando.

Colgándose del borde del agujero y haciendo una contorsión gimnástica logró introducir las piernas entre los barrotes y, después

de unos cuantos esfuerzos, entrelazar los pies al otro lado. Esta llave, parecida a la que los luchadores llaman «la tijera», le permitió ejercer una enorme presión de palanca.

Los tendones se le pusieron duros como el acero.

La piedra rechinó.

Cambiando un poco de postura, aplicó más presión y empezó a oscilar de un lado para otro. Eso obró el milagro.

Con el mismo ruido que un vidrio que se rompiese, uno de los barrotes cedió. Después de eso, no necesitó mucho tiempo para extraer las extremidades del mismo, practicando una abertura, suficientemente grande para darle paso al cuerpo. Salió.

Se deslizó a lo largo de un corredor intensamente oscuro y subió unos escalones.

Vió delante de él brillante luz solar.

Ante él se hallaba una especie de playa muy grande. En el centro de la misma había una construcción cuya simple vista le dejó parado unos instantes.

Era una pagoda también.

Doc la miró fijamente.

¡Una pagoda de cabezas!

La línea arquitectónica no era la de la pagoda normal, porque tenía la forma de una cabeza monstruosa y repulsiva. De la cabeza salían otras cabezas más pequeñas, a millares.

Aquellas cabezas menores explicaban por qué había tenido Calvin Copeland tantas ganas de llegar a la ciudad; cada una de ellas representaba una fortuna.

La abertura por la que Doc estaba atisbando no era lo bastante grande para dar paso a su cuerpo. Siguió adelante, llegó, por fin, a un agujero mayor y se agazapó dentro de él, escuchando y usando los ojos.

Inesperadamente, oyó sonidos: los primeros que se percibían, aparte del roce siniestro precursor de tantos trastornos físicos.

Pelo aquel ruido era tan irreal y espeluznante como el otro, porque era un murmullo bajo, un subtono palpitante que se iba haciendo mayor.

La cadencia tenía un ritmo determinado, un alza y una baja monótonas. No dejaba por eso de ser musical aquel gemido ondulante. Sin embargo, poseía cierta, calidad repulsiva y horrible.

Doc no se movió de su lugar, porque el ruido parecía estar acercándose.

Observó que el sol estaba bajo, haciendo que los extraños edificios proyectaran grotescas sombras. Dentro de una hora oscurecería, posiblemente antes, porque hay muy poco crepúsculo en los trópicos. El monótono zumbido creció de volumen y se dio cuenta de que no consistía en un tono determinado. Además, poseía, cierta calidad humana.

Comprendió, de pronto, que se trataba de un canto largo, entonado por voces humanas. Miró con atención para ver quiénes eran los que cantaban.

Unos cuarenta metros más allá dobló la esquina un Hombre de Mil Cabezas.

Luego apareció otro, un tercero, un cuarto, una larga hilera de ellos. Se parecían unos a otros notablemente.

En equilibrio sobre su monstruosa cabeza, cada uno de ellos llevaba un cesto. Eran éstos bastante grandes y tenían incrustaciones de oro y piedras preciosas. Las tapas, de bisagras, estaban fuertemente cerradas.

En el centro de la fantástica hilera de hombres cabezudos caminaba un hombre blanco. Largas, abundantes y canas eran su cabellera y su barba; delgado y demacrado su cuerpo.

Y andaba automáticamente. La carne parecía habérsele fundido debajo de la piel, dejando sólo los huesos y unos cuantos músculos que, más que tales, semejaban cordel. Miraba hacia delante, con mirada fija y sin esperanza.

Era Calvin Copeland.

Llevaba una delgada cuerda de «sutera» al cuello. Uno de los hombres de las mil cabezas la tenía agarrada por el otro extremo.

La odiosa procesión se fue acercando. Excepción hecha del blanco, todos los que componían la fila llevaban el paso. AL andar, cantaban. Eso era lo que había oído Doc.

Intentó distinguir las palabras. Tenía un conocimiento muy extenso de idiomas. Hablaba y comprendía la mayoría de los dialectos de Oriente.

Aquel idioma le resultaba incomprensible en parte, sin embargo, aun cuando algunas de las palabras pudiera no ser de origen «lrhas», idioma de los habitantes autóctonos de Indochina.

La cabalgata pasó por abajo. Dejó pasar a los primeros; pero cuando Calvin Copeland llegó a su altura, saltó sobre uno de las mil cabezas.

Alzó la mano, con el puño crispado. El otro lo vió venir y gritó. Su voz expresaba miedo. Cesó el grito como si le hubiera taponado la boca, y rodó por el suelo sobre sus cabezas.

Su cesto rodó por los guijarros. De su interior salió un ruido raro, semejante al que siempre había presagiado una pérdida de conocimiento.

Doc corrió hacia adelante y asió al hombre que sujetaba la cuerda atada a Calvin. Aquel monstruo comenzó a exhalar gritos de pavor también.

Doc tiró. Se oyó ruido de algo que se rasgaba, una convulsión entre las cabezas que cubrían el cuerpo del hombre y los horribles apéndices se desprendieron.

¡Las cabezas no eran de verdad! Eran de madera tallada y estaban sujetas fuertemente a un vestido muy ceñido que parecía piel humana.

EL hombre que se ocultaba bajo aquel disfraz era un enorme indígena negro.

Doc le dirigió un puñetazo a la cara. El otro se agachó y Doc no hizo más que rozarle dos cabezas que llevaba pegadas en la frente.

Volvió a descargar un puñetazo, dejándole sin sentido.

La velocidad había sido la principal característica de todos los movimientos de Doc. Los demás componentes de la procesión apenas tuvieron tiempo de dar la vuelta.

Se vieron barridos todos como por un ciclón, perdiendo el equilibrio. Sus cestos rodaron por el suelo y empezaron a emitir sonidos como de algo que se arrastrase.

Calvin Copeland miraba todo aquello, como atontado. De pronto pareció despertarse y su letargo desapareció.

—¡Corra! —gritó—. ¡No luche con ellos! ¡Corra!

Para asegurarse que ninguna de las cabezas que cubrían a aquellos hombres era verdadera, Doc Savage le arrancó la cubierta a otro indígena.

—¡EL mismísimo demonio está en esas cestas! —aulló Calvin—. ¡Huya!

—Siguiendo su propio consejo el explorador echó a correr por

una de las callejuelas.

Doc le siguió.

—¿Dónde está su hija.? —le preguntó.

Copeland quedó tan sorprendido que se hubiera parado en seco de no haberle cogido el otro del brazo, empujándole hacia adelante.

—¿Mi hija… Lucile.. aquí? —exclamó—. ¿Dónde? ¿La han atrapado?

Doc Savage, en lugar de contestar, volvió la cabeza, y miró hacia atrás. Los hombres de mil cabezas se estaban levantando y corriendo hacia sus cestos.

No emprendieron la persecución hasta haberlos recobrado.

—¿Cuál es el mejor lugar para dar batalla? —inquirió Doc.

—No existe tal sitio —respondió—. Esos demonios recorren la selva en muchas millas a la redonda. Hay centenares de ellos, todos miembros de la secta de las mil cabezas.

—¡Secta!

—Una secta de fanáticos. Adoran al Hombre de las Mil Cabezas.

—¿Existe, en realidad, semejante ser?

—No existe ningún hombre con mil cabezas —murmuró Copeland—. Sólo se trata de su fantástica e inexistente deidad.

CAPÍTULO XXIII

EL TERROR DE LOS CESTOS

DETRÁS de Doc Savage y de Calvin Copeland, los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas empezaron a dar enormes gritos que parecían de desencanto, porque estaban perdiendo terreno.

—Ojo! —advirtió Copeland—. ¡Hay más de ellos! Están diseminados por toda la ciudad.

—Los que le tenían a usted prisionero han sido los primeros que yo he visto —dijo Doc.

—No asoman. Son cobardes. Tienen pasajes secretos y senderos ocultos en la selva y rara vez salen a descubierto.

Doc iba con ojo avizor y, al poco rato, detuvo a Copeland. Había notado un movimiento delante de ellos.

—¿Qué ocurre? —preguntó Copeland.

Doc se lo dijo.

—Más vale que cambiemos de rumbo —gimió Copeland:— Nos cortarán el paso y nos rodearán con sus malditos cestos.

—¿Qué contienen esos cestos?

Antes de que pudiera contestar el explorador se oyó ruido a unos quince metros de distancia. Algo salió rodando de una puerta. Al principio parecía un rollo de cuerda. Estaba vivo, sin embargo, porque se desenrolló y se irguió. La parte superior parecía una capucha.

—¡Una cobra! —murmuró Doc.

—¡No es una cobra corriente! —exclamó Copeland, can voz ahogada—. ¡Atrás! ¡Atrás!

La coba era una de las más grandes que Doc había visto en su vida. El cuerpo de la serpiente era tan grueso, como su propia muñeca. El reptil acometió contra ellos y su cabeza se adelantó

varias veces como para atacar.

AL adelantarse, un chorro muy fino, casi parecía vapor, salió de su boca.

—¡Disparan su veneno! —exclamó Doc, comprendiendo.

—¡No son cobras corrientes, ya se lo dije! —exclamó el explorador, tosiendo, sin aliento ya—. Las crían estos demonios que adoran al Hombre de las Mil Cabezas.

Doc le empujó hacia una casa.

Iremos por los tejados —dijo.

—Eso es imposible —respondió Copeland:— el espacio entre los edificios es demasiado...

No acabó la frase, porque Doc, Savage le cogió, se lo metió debajo del brazo como si fuera un niño y empezó a ascender.

Llegaron al tejado y el gigante de bronce, llevando aún a Copeland debajo del brazo, corrió hacia el hueco entre dos edificios.

El explorador aulló: —¡Caerá usted...!

EL grito acabó en un sonido ahogado al encontrarse ambos en el aire.

Aterrizaron sanos y salvos en el otro tejado.

¿Quién... es usted? —inquirió Copeland, con voz embargada por la emoción.

—Doc Savage.

—¡Oh! —Copeland se humedeció los labios—. He oído hablar de usted en Inglaterra, en la India, en Siam... en todas partes. Siempre me he preguntado... qué aspecto tendría usted.

Doc, Savage se detuvo por fin, soltó al explorador y escudriñó los edificios vecinos con la mirada, por si descubría señal alguna de que se les perseguía.

Desde donde se encontraba le era posible ver la Pagoda de las Cabezas.

—Mi hija... ¿vamos a marcharnos sin ella? —inquirió Copeland, inquieto.

—No —le aseguró Doc—. ¡Pero tenemos que idear un plan, algún medio de combatir a esas cobras. ¿A qué distancia pueden proyectar su veneno?

—No muy lejos Sólo unos cuantos metros. Pero no es igual que el veneno corriente. Se parece más al gas. Hace perder el conocimiento.

—Eso —dijo Doc—, no parece cosa de cobras.

—Este tipo de cobra fue logrado por los hombres de este culto hace siglos, cuando ésta era una ciudad populosa. Eran tan horribles los reptiles, que los habitantes primitivos huyeron, dejando la ciudad en manos de los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas.

—Eso explica por qué fue abandonada la población —observó Doc.

—Desde hace siglos se ha impedido que se acerque extraño alguno a este lugar. Se ha conseguido gracias a esas cobras que proyectan veneno.

—¿Puede causar su veneno la muerte?

—Sólo proyectado en grandes cantidades.

Doc se quedó pensativo y, al propio tiempo, escuchó ciertos sonidos vagos le advirtieron que sus enemigos registraban la vecindad y era simple cuestión de tiempo ya el que les encontraran.

—Las cobras están enseñadas —murmuró Calvin—. Los miembros del culto este tienen una composición secreta, hecha de ciertos frutos y cortezas de árbol. Se beben la mezcla. La echan también en el agua, en que se bañan. Así se inmunizan contra sus efectos.

—¡Se inmunizan!

—Es como un suero. Les vacuna contra el vapor exhalado por los reptiles; por lo menos en parte.

—¿Cómo es que le conservaron a usted vivo?

—Iba a llegar a eso. Estos hombres guardan vivos a sus prisioneros todo el tiempo que pueden. Los emplean para enseñar a las cobras.

—Así, cuando salté yo sobre ellos, le llevaban a usted a…

—A la selva. Tenían la intención de ponerme en libertad y soltar luego a las serpientes para que me persiguieran. Los reptiles de esos cestos eran jóvenes… y no muy avezados aún.

—¿Le han hecho eso antes?

Copeland se estremeció.

—Varias veces. Con el tiempo, naturalmente, el veneno hubiese acabado por matarme. Entonces hubieran utilizado a los otros prisioneros.

—¿Los otros prisioneros?

—Tienen muchos prisioneros aquí —murmuró Copeland.

—¿Su esposa? —inquirió Doc.

—Está aquí.

—¿Quién más?

—El piloto y el mecánico que estaban conmigo la primera vez que vi la ciudad desde un aeroplano. Hay indígenas también, algunos de los cuales me acompañaban en mi segunda expedición.

—¿Dónde están?

—Los calabozos están cerca del lugar en que me encontró a mí. Son redondos y tienen aberturas de ventilación con barrotes de piedra. Tienen agujeros en el techo, por los que meten y sacan a los prisioneros y les dan la comida.

El hombre de bronce se puso en pie.

—Vayámonos —dijo.

Copeland se puso en pie y le temblaron las rodillas de debilidad.

—Me parece que las cobras hubieran acabado conmigo, esta vez —gimió:— estoy muy débil.

Avanzaron por los tejados Doc tomaba a Copeland en brazos cada vez que tenían que saltar de un edificio a otro.

Inesperadamente empezó a reverberar por toda la metrópoli el redoble de un tambor. A éste se unió otro a los pocos momentos; luego otro.

—¿Qué significa eso? —preguntó Doc.

Copeland movió negativamente la cabeza.

—Que me ahorquen sí lo sé —repuso.

El redoble de tambores fue apagándose después de un rato y se oyeron gritos. El número de hombres de mil cabezas parecía aumentar.

Doc, entendiendo algunas de las palabras gritadas, comprendió el significado del tamborileo.

—Han convocado a los que se hallaban en la selva —dijo.

—Si intentáramos abandonar la ciudad nos atacarían ahora con toda seguridad —conjeturó Doc—. ¿Dónde están los calabozos?

—Ahí delante —señaló Copeland.

Se hallaban cerca de la especie de plaza en la que se alzaba la Pagoda de las Cabezas.

—¡Maldita sea esa pagoda! —gimió Copeland—. ¡El oro!... ¡las piedras preciosas! Eso fue lo que me trajo aquí.

—¿Lo vió usted desde el aeroplano la primera vez que voló

sobre el lugar?

—Sí; no vi la menor señal de vida. Como es natural, creíamos que la ciudad estaba abandonada y que no teníamos más que llegar y llevarnos todo eso.

Doc y Copeland siguieron avanzando.

Los tejados eran de piedra, y en cada uno de ellos había una abertura circular, como la boca de un pozo. Las aberturas estaban cerradas con una especie de tapones.

Doc tiró de un tapón, pero se vió obligado a soltarlo para tirarle una piedra a un gigantesco moreno que intentaba acercarse con su cesto.

El hombre retrocedió, logrando esquivar el proyectil.

—¡Mi esposa… está aquí! —jadeó Copeland, luchando con la pesada roca.

Doc acudió en su ayuda y abrió el agujero. Apareció debajo un negro abismo.

—¡Señora Copeland! —gritó.

Y Copeland exclamó, a su vez: —¡Fayne!

Se oyó un movimiento en su interior.

Copeland corrió a un lado y volvió con una escala flexible, hecha de lianas, con travesaños de «jati». Evidentemente, era la que se usaba para que descendieran los prisioneros a su calabozo. EL explorador la metió por el hueco.

Unos instantes después salía su mujer, con movimientos lentos y angustiosos.

En la casa londinense de los Copeland, Doc Savage había visto, en un periódico, la fotografía de Fayne Copeland, madre de la exquisitamente hermosa Lucile. Pero la mujer que tenía delante era el espectro de la que viera en la fotografía.

Doc Savage dejó que Copeland le explicase la situación y corrió al siguiente tapón de piedra, arrancándolo.

Sen Gat y el simiesco Evall salieron. Miraron al gigante de bronce y su expresión cambió. Casi parecían dispuestos a volver a bajar.

El rostro siniestro de Sen Gat estaba surcado de lágrimas. Las sorprendentes uñas de una de sus manos habían sido rotas, lo que, con toda seguridad, motivaba su llanto.

—¡«Ma~afkan sahaya»! —gimió, lleno de terror—. ¡Mil

perdones! Cuando intentamos obtener de usted los palos negros sólo fue porque esos demonios de tantas cabezas nos obligaron. Las piedras preciosas que nos dieron...

Doc le pegó un empujón.

—¡Abra los otros calabozos!

—¡Hombre de bronce, sálveme y mis antepasados le bendecirán!

—¡Vamos! ¡Dése prisa.!

Sen Gat corrió al tapón de otro calabozo y luchó con él. Casi parecía hacerlo contento, pues había esperado que Doc le volvería a tirar dentro de su mazmorra.

Parte de su satisfacción desapareció cuando Lucile Copeland salió de la celda que había destapado.

Lucile, no teniendo la menor idea de lo ocurrido, creyó que Sen Gat tenía la intención de hacerle algún daño. Asió al oriental por su parte más vulnerable —las uñas que le quedaban intactas— y le dio un fuerte tirón.

Sen Gat dio un alarido. Dos de las uñas se partieron. Entonces la muchacha vió a Doc Savage, comprendió la situación y soltó a Sen Gat.

Evall aprovechó la ocasión para intentar huir. Corrió al borde del tejado y se preparó a saltar. Viendo varias cobras en la calle, sin embargo, lo pensó mejor, se retiró, y casi se cayó de la prisa que quiso darse por ayudar a sacar a los otros prisioneros.

Destaparon otro calabozo. Salieron dos hombres: el aviador y el mecánico que habían acompañado a Copeland en su primera expedición. Sus primeras palabras revelaron su identidad.

De otros calabozos salieron malayos e hindúes en su mayoría.

Maples, muy delgado, salió de uno de los pozos, ileso.

El siniestro Evall abrió uno de los calabozos y metió la escalera de lianas y «jati». AL no aparecer nadie, se inclinó para escudriñar el interior de la celda.

Dio un alarido y retrocedió, agarrándose la aplastada nariz, que chorreaba sangre. Un puño le había dado en pleno rostro. El dueño del puño aquel apareció enseguida.

Era el feísimo químico Monk.

CAPÍTULO XXIV

LA PAGODA ENJOYADA

DOC Savage había reconocido a Monk aun antes de que saliera por la abertura circular. Mejor dicho, había reconocido su puño, porque era dudoso que existiera otro puño tan velludo y de tan salientes nudillos en el mundo.

—¡Monk! —exclamó.

—¡Doc! —Monk exclamó a su vez. Luego asió a Evall—. ¡Voy a liquidarle el físico a este tipo!

—¡Mas tarde! —le dijo Doc—. ¿Dónde están los otros cuatro?

De evidente mala gana, Monk soltó a Evall, indicó varias celdas y luego ayudó a abrirlas.

Renny fue el siguiente en aparecer; luego Johnny y Long Tom, un poco más pálido que de costumbre si aquello era posible. Ham salió del último calabozo.

Debajo del brazo de Ham había un bulto de cerdas y pellejo, que tenía patas muy largas y orejas enormes.

—¡Maldita sea! —rugió Ham—. ¿Quién les metió la idea de tirar a este puerco en la misma celda que a mí?

—¡Habeas Corpus! —gritó Monk, quitándole su mascota a Ham.

En la excitación y la alegría de verse reunidos otra vez, el peligro parecía haberse alejado, haberse convertido en algo de menor importancia.

Pero, de pronto, un ominoso redoble de tambores pobló la singular ciudad y se alzaron gritos que fueron como una ducha de agua fría para los fugitivos.

Los cinco ayudantes de Doc, según se vió claramente enseguida, no tenían la menor idea de la situación en que se encontraban.

Miraron a su alrededor, enormemente aturdidos y, viendo a uno

de los negros con su traje de mil cabezas, sufrieron un violento sobresalto y poco faltó para que se les desorbitaran los ojos.

—¡Ham! —exclamó Monk—. ¿Ves tú lo que yo veo?

Ham afirmó, lentamente, con la cabeza.

—¡Por fin lo he encontrado!

—¿Estás loco? —dijo Monk—. ¿Qué has encontrado?

—Algo que tiene forma de hombre y es más feo que tú —respondió Ham.

Monk recibió la pulla con un gesto entre humorístico y seco; pero nada dijo, limitándose a echarle el guante a Evall y a exigirle que le explicara la naturaleza del monstruo que tenía tantas cabezas.

Evall, que tenía un miedo cerval a los puños del otro, se hizo un lío en su ansiedad por explicar que la aparición no era más que un negro enfundado en un traje lleno de cabezas.

Doc Savage, entretanto, estaba ocupado en abrir el resto de los calabozos, encontrando como único premio a su trabajo una serie de truhanes asiáticos, todos ellos secuaces de Sen Gat.

Renny le ayudó a sacarlos.

—Perdimos el conocimiento en un banco de arena, junto al río —explicó Renny— y despertamos aquí.

Doc movió, afirmativamente, la cabeza.

—Encontré vuestras huellas. Parecía como si se os hubiesen comido los cocodrilos. Pero los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas, después de haberos dejado sin conocimiento, os traerían aquí.

Durante los últimos momentos, no había cesado el ruido de los tambores.

Ahora empezó a amortiguarse hasta apagarse por completo. Por las afueras de la ciudad se oyeron muchos gritos. Ello indicaba que los hombres llamados de la selva por los tambores estaban llegando en gran número.

Monk, habiendo acabado de interrogar a Evall, miró a su alrededor, pensativo; luego se acercó a Doc y a Renny.

—Oíd —dijo:— hay un buen grupo de esos tipos cubiertos de cabezas y nos tienen rodeados. ¿No seria mejor que empezáramos a hacer algo?

Renny alargó sus enormes puños.

—¡Ataquémosles, Doc!

—Sería lo peor que podríamos hacer.

—¿Por qué?

—Las cobras.

La estupefacción que se reflejó en el semblante de Renny, así como en el de Monk, demostró palpablemente que no sabían una palabra de aquellos reptiles.

—¿Habéis oído vosotros alguna vez la antigua discusión acerca de sí una cobra puede proyectar su veneno o no? —inquirió Doc.

—He oído la discusión —asintió Monk—. Las serpientes <no> proyectan el veneno. Esa creencia puede derivar del hecho que los reptiles muerden tan aprisa, que la vista...

—Tendrás que cambiar de opinión —le advirtió Doc.

En breves palabras, les describió las serpientes con las que tenían que habérselas.

Long Tom, el pálido mago de la electricidad, se acercó.

—Doc; parece ser que nos tienen rodeados por competo —dijo.

El hombre de bronce movió, afirmativamente, la cabeza. Luego hizo una exploración por su cuenta, comprobando que su compañero tenía razón.

Doc estudió la Pagoda de las Cabezas, observando los pendientes escalones que conducían al edificio y la pequeñez relativa de las puertas.

Desde su otero, le era posible ver que el pavimento, arriba de los escalones, estaba compuesto de pequeñas piedras blancas que podrían ser arrojadas con facilidad para emplearlas como proyectiles.

—Podemos llegar a la pagoda —decidió.

—Yo opino, también, que eso es lo mejor que podemos hacer —asintió Renny.

Iniciaron el ataque en dirección a la pagoda inmediatamente, yendo Doc a la cabeza con las manos llenas de piedras. Los demás le siguieron.

Los escalones de la pagoda eran pinos. Algunos de los prisioneros, debilitados, tropezaron con dificultades para subirlos.

Una vez dentro del edificio, descubrieron que su estructura difería grandemente de las pagodas que habían encontrado en la selva.

Había mucho maderamen allí; madera dura y correosa de «jati» en su mayoría. Estaba toda primorosamente tallada y cubierta de planchas de metales preciosos machacados e incrustada de brillantes.

No había ninguna habitación grande allí adentro. El edificio era más bien un laberinto de cubículos, pasillos y cámaras minúsculas. Estas tenían forma irregular y Doc se dio cuenta de pronto de que representaban las cavidades del interior de la cabeza humana.

—¡Diseminaos y buscad armas! —ordenó.

Obedeciendo la orden del hombre de bronce, Johnny subió a un pasillo que, por su estrechez, parecía una gruta.

Llegó al nivel de los ojos de la pagoda de forma de cabeza, miró por ellos y vió que la superficie pavimentada que rodeaba la pagoda estaba ya llena de enemigos con sus respectivos cestos.

—¡Millares de ellos! —susurró Johnny, estremeciéndose.

Se sintió, de pronto, abrumado por la situación. Veía muy pocas probabilidades de salir del atolladero con vida. No tenían armas eficaces.

Verdad era que no faltaban piedras; pero, con la llegada de la oscuridad, que ya era inminente, no podían esperar conservar a todas las cobras a una distancia de quince metros o así, como era necesario para estar seguros.

Monk subió y se reunió con Johnny.

—Monk, tú eres químico —dijo Johnny con inquietud—. ¿Qué probabilidades hay de poder hacer unas máscaras antigás que tengan eficacia contra estos vapores venenosos?

—Puede decirse que ninguna. Acabo de consultarle a Doc sobre eso. Él cree que el maldito veneno ese surte efecto en cuanto toca la piel, así como al respirarlo. Tendríamos que taparnos de pies a cabeza para estar seguros.

—Tal vez esos demonios empleen esos disfraces cubiertos de cabezas en parte como protección contra el veneno —murmuró Johnny, pensativo.

—Es probable.

Abajo se oyó ruido de madera que se astillaba.

—Doc está arrancando madera para construir una barricada —explicó Monk—. Tal vez no sirva de gran cosa, pero proporciona a los otros algo de entretenimiento para que no piensen en el apuro

en que estamos. Los dos hombres atisbaron por los ojos de la pagoda y llegaron a tiempo para ver un acontecimiento interesante.

—¡Mira! —estalló Monk.

Un hombre moreno, con traje incrustado de cabezas se había adelantado.

En lugar de cesto, llevaba un arco corriente y sus correspondientes flechas, junto con un pedazo de madera encendida. Colocó una flecha en el arco, le aplicó la llama a la punta y la flecha empezó a arder.

Disparó el proyectil hacia la pagoda, intentando prender fuego a la barricada que Doc y sus compañeros alzaban.

—¡Son flechas cubiertas de alquitrán o algo así! —exclamó Monk.

—¡Que me superamalgamen! —exclamó Johnny.

Monk le miró.

—¿Qué te ocurre?

—¿Recuerdas esa llama misteriosa que cayó del ciclo y nos incendió el aeroplano?

—¡Qué si lo recuerdo! —contestó Monk, dando un resoplido—. Esa fue la cosa más extraña...

—Precisamente —asintió Johnny—. Nos volvimos a tiempo para ver la fecha en el aire o, mejor dicho, la llama sola, porque ésta ocultaba el resto de la flecha. Eso es lo que lo hizo parecer tan extraño.

—¡Pero el aparato era de metal!

—Uno de los hombres debió de acercarse y abrir las espitas de los depósitos de gasolina sin que le viéramos. Así quedaría todo explicado.

Monk y Johnny siguieron subiendo por las cavidades del cráneo de la pagoda en la esperanza de encontrar armas. La oscuridad era bastante densa.

Se abrió ante ellos una cámara grande.

—¡Eh! —aulló Monk—. ¡Fíjate!

Diseminadas por todo el cuarto había armas: no armas indígenas, sino rifles de caza y pistolas modernas.

No había dos de ellas iguales, lo que indicaba que habían sido propiedad de diversos exploradores desgraciados que se habían atrevido a acercarse demasiado a la fabulosa ciudad. Las minúsculas

pistolas super ametralladoras de los hombres de Doc estaban allí.

También había prendas de vestir y piezas de equipo de campaña.

—¡Aleluya! —rió Monk—. ¡Aquí es donde almacenaban las cosas que quitaban a sus prisioneros! ¡Qué suerte hemos tenido!

Dio un paso adelante para empezar a recoger armas. Monk se movió de pronto; sus velludas manos se extendieron y tiraron de Johnny hacia atrás y hacia abajo.

En el mismo instante, el ruido de un disparo sonó en el cuarto.

—¡Atrás! —gritó Monk.

Sonó otro disparo. Tampoco dio en el blanco. En la semioscuridad del cuarto vieron a una sombra que buscaba mejor posición para tirar con más tino.

—¡Sen Gat! —gimió Johnny.

—¡Sí! —asintió Monk, sin dejar de arrastrar al geólogo—. ¡Ese maldito oriental encontró el almacén antes que nosotros! Nos oyó venir y se escondió.

—¿Cómo vamos a...?

Johnny interrumpió la frase y corrió hacia la escalera más cercana, al salir Sea Gat del almacén e intentar tirotearles.

Sen Gat se había apoderado de una de las pistolas super ametralladoras. Su sonido palpitó con violencia. Las balas (eran de las que dejaban sin conocimiento nada más) salieron como un chorro.

Monk y Johnny bajaron más aún. Un instante después, Doc Savage se hallaba a su lado.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—¡Sen Gat... pistolas! —contestó Monk entre dientes—. Las armas estaban almacenadas ahí arriba y nuestro amigo fue el primero en encontrarlas.

—¡La cuadrilla de Sen Gat! —exclamó Doc—. ¡Es preciso que impidamos que se reúnan con su jefe!

Con toda la velocidad de que sus enormes músculos eran capaces, Doc bajó, nuevamente. Dadas las circunstancias, había permitido que los secuaces de Sen Gat trabajaran por su cuenta, ya que todos ellos tenían el mismo interés en escapar.

Llegó demasiado tarde.

Gritos de regocijo anunciaron que Sen Gat se había reunido con sus secuaces; una salva de disparos demostró que los había armado.

Estaban disparando, no contra el grupo de Doc, sino desde las ventanas superiores de la pagoda contra los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas.

Muchos de éstos cayeron, los demás retrocedieron, de forma que no tardó en quedar casi desierta la plaza.

—¡Savage! —gritó Sea Gat, con voz triunfal—. ¿Me oye?

—Sí.

—<¡Silo —lak dudok!>— rió el hombre —. ¡Siéntese, se lo suplico! Vamos a ser muy generosos y no hacerles daño alguno. Aguardarán ustedes sin armar jaleo.

—¡Maldita sea tu estampa! —rabió Monk.

Al parecer, el oriental oyó estas palabras, porque se echó a reír de nuevo y dijo —¡Si alguno de ustedes asoma la cabeza, recibirá un tiro en los sesos!

—Habla en serio —dijo Doc—. Más vale que no asome nadie.

—¡Es que se escapará! —bramó Renny.

—Estaremos mejor sin él —repuso Doc.

—Pero estaríamos aún mucho mejor si tuviéramos las pistolas — opinó Long Tom.

No tardaron en oírse grandes ruidos arriba, gritos y exclamaciones de triunfo.

Empezaron a caer escombros de la parte superior de la pagoda —fragmentos de roca y trozos de madera en su mayoría— pero una vez un rubí de enormes proporciones rodó escalera abajo, brillando bajo los últimos rayos del sol poniente.

Varios de los hombres de Sen Gat soltaron una maldición.

—Están saqueando —dijo Doc.

—Sí —gruñó Monk;— cosechan piedras preciosas y oro de la parte superior de la pagoda.

—¿De dónde saldrá todo eso? —murmuró Renny—. Me refiero a las piedras preciosas.

Johnny acercó los delgados dedos a la solapa de la que, normalmente, colgaba su monóculo —lupa. Los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas se lo habían quitado.

—Tomé nota de las engastaduras de las piedras —afirmó—. Juzgando por su estado y por la forma en que estaban talladas las piedras, es mi opinión que llevaban incrustadas ahí muchos siglos.

—¿Quieres decir con eso que las pusieron los que edificaron esta

ciudad? —inquirió Renny.

—Esa es mi opinión.

Doc Savage no tomó parte en la discusión, porque estaba vigilando las estrechas puertas. Había varias alrededor de la pagoda. Lo que le interesaba eran los movimientos de los indígenas portadores de los cestos.

Había centenares de fanáticos a la vista. Apenas se les distinguía a la luz crepuscular; pero ninguno de ellos se atrevía a ponerse a tiro de Sen Gat y sus secuaces.

De pronto se oyó a los orientales bajar la escalera en dirección a una de las puertas de atrás.

Doc y su grupo cogieron piedras inmediatamente y las tiraron; pero sin resultado, porque las armas de los secuaces de Sen Gat no les permitían asomarse.

Se vieron obligados a permanecer inactivos y ver a Sen Gat y a los suyos cruzar corriendo, la plaza, armas en mano y con un bulto lleno de botín cada uno de ellos. Marcharon en dirección al río.

Monk frunció el entrecejo con inquietud, al desaparecer el último de ellos en la oscuridad.

—Ahora sí que estamos metidos en un atolladero —murmuró.

CAPÍTULO XXV

CAMISETA NEGRA

SEN Gat y sus secuaces no estaban destinados a salir de la ciudad del Hombre de las Mil Cabezas tan fácilmente.

Surgió un gran tumulto todo alrededor de la pagoda, griterío y golpes de tambor. Grandes figuras cubiertas de cabezas empezaron a correr locamente, convergiendo en el grupo de los fugitivos.

Sonaron pistolas y rifles. Las super ametralladoras emitieron su singular bufido. Sen Gat dio órdenes en voz aguda y sus hombres gritaron, mezclándose con sus gritos los alaridos de sus víctimas.

Pero la forma en que el jaleo se alejaba de la pagoda indicaba que el grupo de Sen Gat hacia progresos en dirección al río que se deslizaba al pie de una de las murallas de la metrópoli.

—¿Habrá posibilidad de largarse ahora? —murmuró Renny.

Para poner a prueba semejante posibilidad, Doc Savage salió del edificio.

Su aparición fue como una señal para que multitud de figuras amenazadoras avanzaran hacia la plaza.

Éstas no se atrevieron a acercarse, temiendo, sin duda, que los que aún quedaban en la pagoda tendrían armas; pero había tantos —y todos ellos con su cesto,— que la huída resultaba imposible.

Un registro de las habitaciones superiores puso de manifiesto, por añadidura, que Sen Gat se había llevado todas las armas, junto con las piedras preciosas.

Calvin Copeland, su esposa y Lucile se hallaban muy juntos. No se habían separado ni un instante desde que se vieron, como si temieran perderse de vista otra vez.

Doc se acercó a ellos.

—Copeland —dijo.

—¿Qué?

—Hay una cosa que no aclaramos del todo… el asunto de los palos negros.

El explorador afirmó, con la cabeza.

—Si los tuviéramos, tal vez pudiésemos salir con bien de este trance.

—Se los di a Monk —explicó Doc—. Cuando le hicieron prisionero, se los quitarían con toda seguridad. ¡Qué eran?

—El antídoto que emplean los negros para inmunizarse contra los efectos del veneno de la cobra.

—¿Descubrió usted su naturaleza?

—Sí; la primera vez que visité esta región. Cuando mi piloto y mi mecánico fueron hechos prisioneros, hubo lucha. Cogí a uno de los hombres y llevaba un saquito lleno de hierbas y ciertas frutas de la selva. Conseguí apoderarme de él.

—Y ¿se lo llevó consigo a Inglaterra?

—Sí. En el fondo del saquito había también una bola de una substancia negra. Supuse, naturalmente, que se trataba del antídoto. En Inglaterra hice experimentos con hierbas y frutos hasta lograr hacer una composición igual. De ella hice los palos negros.

—Sigue pareciendo raro que no le hablara usted a nadie del antídoto o suero. Ni siquiera habló de la pagoda enjoyada ni de la ciudad perdida.

Copeland pareció algo cohibido.

—Le han dicho a usted ya que estaba enfermo y, en ciertos momentos, algo… ah… irracional cuando llegué a Inglaterra. Eso era debido a los efectos del veneno, junto con una fiebre que pillé al regresar a través de la selva.

—Lucile mencionó su estado —asintió Doc.

—Pues ésa es la explicación. Me hubieran creído loco. La cosa era demasiado fantástica.

—No dio usted pruebas de pensar muy racionalmente con eso —advirtió Doc.

—Ahora lo comprendo, en efecto —asintió el explorador—. Quizá estuviese un poco mal de la cabeza. Si no, puede que no hubiera guardado todo eso secreto. Además creo que me afectó el pensar en todas esas piedras preciosas. Tenía un miedo cerval a que se me adelantase alguien. Temía que alguno me robase los palos

negros.

Monk se acercó con la camisa abrochada hasta el cuello.

—¿He oído decir algo de los palos negros? —inquirió.

—Sí —contestó Doc:— de los palos negros que te di. Supongo que te los quitarían.

—Supones mal —rió Monk.

—¿Cómo?

—Estuve examinándolos. Deduje que se trataba de un compuesto y descubrí que el calor los fundía y que el líquido resultante era casi de la consistencia del agua.

—¿Qué hiciste con ellos?

Monk se desabrochó la camisa y enseñó la camiseta. Por regla general, ésta era de seda blanca. En aquel instante, sin embargo, era muy negra.

—Fundí los palos y sorbí el líquido con la camiseta —dijo—. Si quieres esa substancia negra, no tenemos más que calentarla y retorcerla.

Doc Savage se puso a trabajar rápidamente, construyendo un aparato para hacer fuego con unos palos y cordones de los zapatos de Monk.

Con él, hizo girar un palo puntiagudo sobre una piedra plana hasta que la fricción creó calor, luego un ascua que sopló cuidadosamente hasta lograr poner en marcha un fuego.

Una hoja de oro que Sen Gat se había dejado en el tejado, fue doblada y empleada como recipiente para la negra substancia.

No trabajaron en silencio, porque los gritos de los fanáticos seguían sonando fuera a una distancia mayor, en la dirección tomada por el grupo de Sen Gat, se oían gritos amortiguados.

Este último jaleo parecía estarse acabando. Se oían con menos frecuencia los disparos de los rifles y de las super ametralladoras.

Por fin, les disparos cesaron por completo.

—¿Habrá logrado huir Sen Gat? —murmuró Renny.

Maples, alto, delgado y silencioso, había tenido muy poca parte en los preparativos, pero ahora, que parecía haber alguna esperanza de escapar, se animó sorprendentemente y comenzó a ayudar.

—Buena idea —dijo Doc—. Cuando los hombres de los trajes llenos de cabezas vean qua sus serpientes nada pueden contra nosotros, tal vez se envalentonen lo suficiente para atacarnos.

Fue escurrida la camiseta de Monk y la substancia negra de que estaba saturada fue repartida entre todos.

—¿Cuánto tiempo crees tú que tarda en hacer efecto? —inquirió Monk.

Doc después de pensarlo bien respondió:

—Puesto que se asimila por vía digestiva, con media hora tal vez baste. Esperemos ese tiempo y luego lo pondremos a prueba. Uno de nosotros saldrá solo a ver qué pasa.

Aguardaron la media hora y, cuando llegó el momento de la prueba, hubo discusión sobre quién debía de ser el que la hiciera.

Doc, mediante el sencillo expediente de hacer caso omiso de cuanto dijeran los otros, se encargó de la prueba personalmente.

Salió de la pagoda y se acercó a una de las cobras que había en la plaza. La negra substancia que ingiriera le había mareado un poco, pero sin hacerle perder agilidad ni agudeza sensorial.

Cuando estuvo cerca de la cobra, experimentó un poquito más de mareo, algo así como una leve intoxicación. Volvió a la pagoda.

—Es suficiente —anunció. Emprendieron la marcha. Los cinco ayudantes de Doc y los más fuertes de los indígenas salvados, junto con el aviador y el mecánico de Copeland, ocuparon los lados de fuera. Por armas llevaban trozos de dura madera de «jati» y piedras del tamaño de pelotas.

—Hacía el río —insinuó Doc.

Monk soltó un gruñido.

—Los habrá a montones por ahí —dijo—. Los mismos que persiguieron a Sen Gat.

—Pero con toda seguridad, tendrán embarcaciones en el río. Si conseguimos apoderarnos de ellas serán nuestra salvación. Jamás podríamos adelantarles a través de la selva.

Se armó un gran tumulto a su alrededor. Sonaron tambores. Hombres cubiertos de cabezas corrieron a soltar sus cobras.

Cuando los reptiles no lograron causar efecto alguno en los del grupo de Doc, los indígenas parecieron estupefactos.

—¡Los hemos despistado! —exclamó Monk—. Están acostumbrados a que sus malditas serpientes se encarguen de todo. Cuando eso les falla, no saben ya qué hacer.

No cabía la menor duda de que los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas le tenían muy poca afición a la lucha, por ser muy

cobardes, como había dicho Calvin.

Sólo unos cuantos se aventuraron lo bastante cerca para tirar lanzas o disparar flechas y como era muy pequeño el número de esos proyectiles, resultaba muy fácil esquivarlos.

Bajaron por calles estrechas. El enemigo aumentó en número. Doc, Monk y Renny, los gigantes del grupo, se adelantaron para esgrimir las mazas.

Se abrieron paso a mazazos por entre la muchedumbre, que no dejaba de aullar.

Vez tras vez les fueron echadas serpientes El singular veneno no tenía más virtud que la de producirles una ligera sensación de náusea.

Con las mazas, derribaban a cuantos indígenas se atrevían a acercarse a ellos. Unas cuantas lanzas cayeron a sus pies. Las cogieron y las tiraron a su vez.

Renny, inclinándose bruscamente, recogió algo del suelo, lo miró, y soltó su exclamación favorita.

—¡Rayos!

Había encontrado una de las pistolas supera ametralladoras.

El significado de aquello no tardó en hacerse evidente. La pistola estaba cargada con las balas que sólo dejaban sin conocimiento.

Renny soltó unas cuantas ráfagas. Los indígenas cayeron a montones, sin conocimiento, y quedó abierto un camino.

Avanzaron todos. No tardaron en encontrar un rifle; luego pistolas y revólveres diseminados.

—¡Sen Gat no pudo llegar al río! —exclamó Renny—. ¡Las serpientes le alcanzaron!

Doc recogió apresuradamente las armas y las repartió. No le extrañaba gran cosa que los indígenas no las hubiesen cogido, porque conocía algo de la psicología de Oriente.

Sin duda los adoradores del Hombre de las Mil cabezas consideraban que las armas estaban contaminadas porque habían estado en manos de hombres impuros.

Solo podía tocarlas un ser puro cuando hubieran sido purificadas mediante ceremonias apropiadas.

Estando ya armados todos, fue mucho más fácil avanzar. Cruzaron en la oscuridad, disparando de vez en cuando nada más.

Copeland y su esposa se debilitaron. Doc les ayudó a seguir

adelante, cosa que le valió unas palabras de agradecimiento por parte de Lucile.

La calle se hizo más ancha; se convirtió en una de aquellas avenidas de aspecto veneciano, por cuyo centro bajaba un canal lleno de azulada agua.

—¡Oh! —murmuró Monk, dirigiéndose a ella—. ¡Con la sed que tengo yo!

—¡No, no! —gritó Copeland—. ¡Las aguas están todas envenenadas! Es otro de sus sistemas de alejar a los intrusos.

Un momento después, Doc señaló.

—¡Mirad! ¡Sen Gat y sus hombres!

Al parecer los secuaces de Sen Gat habían ido cargando con aquellos de sus compañeros que sucumbían a los efectos del veneno de las cobras, hasta que éstas habían dado fin a su huída.

Los cuerpos yacían en un ángulo de la calle, donde el grupo de Sen Gat se había retirado para su lucha final contra la despiadada suerte que les aguardaba.

Ocupaban posiciones raras y ninguno de aquellos cuerpos se movía.

Doc corrió hacia adelante, se detuvo a unos metros de los cuerpos y dio media vuelta.

—No dejéis que se acerquen las mujeres —ordenó.

Monk se aproximó, echó una mirada a los cuerpos, y exclamó:

—¡Centellas!

Los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas habían empleado mazas contra Sen Gat y sus hombres. Sen Gat, Evall, los demás, todos estaban allí.

A todos les habían hundido el cráneo.

—¡Uf! Si alguno se lo merecía, eran ellos; Pero el verlo le revuelve a uno las tripas.

Doc hizo un rápido examen mientras sus compañeros se encargaban de mantener a raya a los indígenas; pero todos ellos estaban bien muertos.

—Vámonos —dijo.

—Un momento —dijo Monk, señalando—. ¿Y todo eso?

En el ángulo de la calle en que yacían los cadáveres había una especie de nicho. En él reposaban numerosos bultos hechos de camisas y chaquetas, por los agujeros de algunos de los cuales se

veían brillar gemas.

Evidentemente eran los líos en que los orientales se habían llevado el producto de su saqueo.

—Son las cosas arrancadas de la pagoda —dijo Monk—. ¿Qué hacemos de ellas?

—¡Sólo a ti se te ocurre una pregunta tan estúpida como ésa! —exclamó, con brusquedad, Ham, corriendo hacia el fabuloso tesoro.

Empezó a recoger paquetes.

—Esos tipos de tantas cabezas no tienen derecho a esto, después de todo —decidió Monk, por su cuenta—. Sus antepasados se lo robarían a sus legítimos dueños con toda seguridad.

Doc Savage nada dijo; pero el hecho de que ayudara a transportar los bultos demostraba que estaba de acuerdo con Monk.

Poco trabajo les costó llegar al río, viéndose obligados tan sólo a descargar unas cuantas ráfagas con las pistolas super ametralladoras.

En las riberas del río se encontraron varias covachas amuralladas, dentro de las cuales había embarcaciones.

Eran estas «kapals», piraguas muy toscas, cuyo único sistema de propulsión se componía de «dayongs», que no resultaban muy eficaces como remos.

El botín de la pagoda fue embarcado en los <kapals>. Todos subieron a bordo, se distribuyeron los «dayongs», y empezaron a remar.

Se dirigieron río arriba hacia donde se encontraban los aeroplanos.

Durante un rato, los adoradores del Hombre de las Mil Cabezas les siguieron por la ribera. Por fin dejaron atrás a sus perseguidores. Después de eso, pareció que flojeaban los remeros.

—¡Más energía! —advirtió Doc—. Si llegan antes que nosotros a los aeroplanos de Sen Gat y los destruyen, seguiremos estando metidos en un atolladero.

Aquel peligro no llegó a tomar cuerpo, sin embargo, porque hallaron los tres aviones de Sen Gat intactos en el claro.

Doc Savage se apresuró a desenterrar las piezas de los motores que había escondido. Renny y Monk se encargaron de volverlas a montar.

—¿Cabremos todos en los aeroplanos? —inquirió Calvin

Copeland, con ansiedad.

—Sin la menor dificultad —le aseguró Doc—. Sen Gat compró aeroplanos de la mejor clase posible.

En la lejanía se oía el rumor de tambores y de gritos. El enemigo no se había dado aún por vencido.

Johnny, al escucharlo, hizo una violenta mueca.

—El percibir territorio de los Estados Unidos de Norte América, me producirá la más honda de las satisfacciones —declaró—. Allí, las cosas que ocurren no «parecen obra de magia…» Como ocurrió con aquella flecha encendida, por ejemplo.

Johnny, aunque era un sabio, no sabia leer en el porvenir, conque no podía saber cuán equivocado estaba. Porque un nuevo misterio les aguardaba en Norteamérica, uno que había de hacer que el enigma del Hombre de las Mil Cabezas le pareciera una cosa sin importancia a Johnny.

Sin tener el menor presentimiento de nada de esto, Johnny subió al aeroplano. Monk echó dentro su mascota, el cerdo Habeas Corpus.

Subieron los demás, se pusieron en marcha los motores y los aviones despegaron.

Volaron sobre la selva en formación de cuña.

Lucile Copeland se adelantó y se dejó caer en uno de los asientos de la carlinga, junto a Doc, que estaba haciendo de piloto.

—Papá quiere que le diga que nosotros no queremos parte alguna en las piedras preciosas procedentes de la Pagoda del Hombre de las Mil Cabezas —dijo.

—¡No diga usted tonterías! —respondió el hombre de bronce—. Todo eso se dividirá en dos partes. Una de ellas se distribuirá entre usted, su madre, su padre, Maples y los demás ex prisioneros. La otra mirad la entregaremos para que se construyan hospitales y escuelas en la Indochina.

La muchacha pareció aturdida.

—Pero… ¿qué van a sacar ustedes? —inquirió.

—Aunque parezca mentira —le respondió Doc Savage—, nosotros nos divertimos mucho corriendo esta clase de aventuras.

FIN

Título original: *The Thousand-Headed Man*